

Mayo de 1937

La barricada de la revolución

SELECCIÓN DE TEXTOS SOBRE LAS JORNADAS
DE MAYO DE 1937 EN BARCELONA



Mayo de 1937

La barricada de la revolución

SELECCIÓN DE TEXTOS SOBRE LAS JORNADAS
DE MAYO DE 1937 EN BARCELONA

Mayo de 1937

La barricada de la revolución

SELECCIÓN DE TEXTOS SOBRE LAS JORNADAS
DE MAYO DE 1937 EN BARCELONA

Reapropiación
EDICIONES

Colección Herejías

Mayo de 1937. La barricada de la revolución.
Selección de textos sobre las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona.

Reapropiación Ediciones
reapropiacionediciones@gmail.com
www.reapropiacionediciones.noblogs.org

Primera edición: mayo de 2018
Segunda edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-948884-0-3
Depósito legal: AS-02042-2018

Impreso en Book Print Digital. Hospitalet de Llobregat – Barcelona.

Zeki in æternum. Nuestro compañero, asesinado por el
mundo de la mercancía, siempre presente.

Alentamos la difusión y reproducción total o parcial
de este libro bajo cualquier medio.

ÍNDICE

Presentación a esta edición	9
Introducción	11
I. Hacia una nueva revolución (Los Amigos de Durruti)	19
Presentación	21
Hacia una nueva revolución	25
II. Las jornadas de mayo (Josep Rebull)	55
Presentación	57
Las jornadas de mayo	61
III. Plomo, metralla, cárcel (Bilan)	75
Presentación	77
El Frente Popular contra los obreros de Barcelona	81
IV. Las barricadas deben ser retiradas (Paul Mattick)	91
Presentación	93
Las barricadas deben ser retiradas	96
V. Las jornadas de mayo (G. Munis)	105
Presentación	107
Las jornadas de mayo	110

ÍNDICE

VI. De julio del 36 a mayo del 37 (Agustín Guillamón)	149
Presentación	151
De julio del 36 a mayo del 37	154

PRESENTACIÓN A ESTA EDICIÓN

Gran parte del contenido del presente libro fue editado por primera vez en una revista, en diciembre de 2013, por los miembros de la Biblioteca Subversiva Crimental. Con motivo del 80 aniversario de los acontecimientos de los que trata la obra, nuestra editorial decidió retomar ese material para editarlo en formato libro y darle un impulso en su difusión haciendo nuestra pequeña aportación en el esfuerzo colectivo de retomar lo que significaron las jornadas de mayo de 1937 y su importancia en el presente y en el porvenir.

Nuestra idea era tener acabada e impresa la obra para ese 80 aniversario pero nos surgieron algunos inconvenientes y problemas que retrasaron un año la edición.

Por otro parte, no se trata sólo de una simple reedición en libro de aquel material. Hemos añadido nuevo contenido incorporando un texto de Paul Mattick y otro de Josep Rebull, y hemos reelaborado tanto la introducción como ciertos pasajes de algunas de las presentaciones a los textos que en su día realizaron los compañeros de la Biblioteca Subversiva Crimental. Pensamos que con ello el contenido global de este trabajo ha sido mejorado.

REAPROPIACIÓN EDICIONES

Abril de 2018

INTRODUCCIÓN

La lucha de nuestra clase contra el capitalismo, por la comunidad humana, entendida como un cuerpo en movimiento, con la experiencia de los golpes recibidos, de las caídas... ha de servir necesariamente para hacernos más fuertes. Por esa razón se hace necesario no dejar que se borren nuestras cicatrices.

Si algo hay que reconocer a la burguesía es su capacidad para aprender de la historia y mejorar sus técnicas de lucha contra su clase antagónica, el proletariado. Se prepara golpe tras golpe, aprende del pasado, utiliza nuevas y viejas formas de domesticación y canalización de las luchas, y prepara los mecanismos represivos necesarios para afrontar cada periodo de luchas que inevitablemente se renueva cíclicamente y cuyo motor no se diferencia de las luchas del pasado: la contradicción entre las necesidades humanas y las de la economía, la contradicción cada vez mas devastadora entre la vida en este planeta y la muerte que inevitablemente deja a su paso la dictadura capitalista.

Apoderarse de las luchas del pasado, reescribir cada pasaje de la historia según los intereses del capital, ha sido siempre una preocupación primordial de la burguesía para mantener su dominación. Lo que no ha sido ocultado, ha sido tergiversado, desfigurando nuestras luchas para integrarlas en el horizonte capitalista.

Nos encontramos así con que las revueltas que hicieron temblar los cimientos del capitalismo eran luchas por la democracia, por el fin del feudalismo, por la liberación nacional; que el comunismo por el que dieron sus vidas las masas proletarias no consistía en el aniquilamiento del trabajo asalariado, la mercancía y el Estado, sino que su esencia era el capitalismo adornado con banderas rojas, hoces y martillos; que el anarquismo era un ideal surgido en los

cerebros de ciertos intelectuales, etc. La burguesía nos cuenta así, de su puño y letra, nuestra propia historia, maquillada y puesta al servicio de la dictadura democrática del Capital, adaptándola para el consumo responsable de las masas. La revolución social se convierte así en un reajuste entre la ganancia burguesa y el salario, es decir, el capitalismo ideal depurado de sus contradicciones con el que sueña el poder.

La llamada «guerra civil española» es un claro ejemplo de todo esto. Mucho se ha hablado y se ha escrito de la «revolución española», de las colectividades, de las «conquistas», de las «traiciones», de las milicias y de toda serie de cuestiones relacionadas con ese inmenso y generoso proceso revolucionario que se desarrolló en España en la década de los treinta del siglo xx.

Sin embargo, casi la totalidad de este vasto material proviene, de una u otra forma, de las diversas expresiones e ideologías que contribuyeron a tumbar la enorme fuerza social que ese movimiento contenía. Nos estamos refiriendo no sólo a las posiciones más toscas realizadas por nuestro enemigo de clase (como pueden ser toda la propaganda franquista, republicana o estalinista) y que pese a todo siguen siendo las ideas dominantes, sino a las más sutiles y que son más peligrosas pues se nos presentan como revolucionarias.

Efectivamente, sigue siendo dominante en todas partes que lo que hubo en España fue exclusivamente una guerra entre franquistas y republicanos. Sin embargo, también sigue siendo dominante oponer a esta visión otra visión del enemigo, otra serie de mitos y de falsificaciones que impiden precisamente reapropiarnos de las lecciones fundamentales de ese episodio de lucha. Y esto es lo más peligroso y trágico pues no hace más que balancearnos entre falsas oposiciones. Denunciar al Frente Popular y su política exculpando a la CNT o al POUM que fueron parte de él, criticar la militarización de las milicias obviando el proceso de sometimiento de las mili-

cias a la guerra imperialista, criticar «la destrucción estalinista de las conquistas de la revolución» sin criticar su destrucción por la trampa antifascista, afirmar que los «comunistas» reprimieron a los «anarquistas», reducir el problema a un problema de dirigentes, elogiar las colectividades obviando la continuidad de las relaciones de producción capitalistas... forma parte de toda una concepción que se guía por una política de falsificación histórica. Sin romper con esta visión de la historia estamos abocados a defender intereses que no son los nuestros.

Las lecciones a extraer de la lucha de clases en España en la década de los treinta son amplias y notoriamente importantes. Si hemos decidido centrarnos en una fecha como mayo del 37, dentro de esa década de luchas, es porque es en ese momento donde de forma más cristalina se contraponen las dos barricadas que forman la lucha por la revolución social, donde con mayor claridad el proletariado se posiciona enfrentado a todos y esbozando su autonomía de clase. La derrota que sufrió el proletariado en este enfrentamiento pone punto y final a la fuertísima oleada de luchas internacionales que comenzaron en el año 1917, y abre la puerta a la masacre de la «Segunda Guerra Mundial», en las que el proletariado dará su sangre y será masacrado por las banderas de sus enemigos.

Para este libro sobre las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona, hemos decidido seleccionar seis textos que consideramos fundamentales, todos ellos situados en la barricada de la revolución. Situamos dichos textos entre los mejores análisis, descripciones y/o balances realizados sobre estos acontecimientos, y sin duda todos contienen lecciones muy importantes para la lucha del proletariado por abolirse como clase, por abolir definitivamente todas las clases sociales y constituir la comunidad humana.

«El Frente Popular contra los obreros de Barcelona» extraído de la revista *Bilan*, escrito en mayo de 1937, y *Hacia una nueva revolución* de la Agrupación de Los Amigos de Durruti, escrito en julio de 1937,

se han seleccionado por ser las posiciones más claras que se expresaron en el calor de la batalla.

«Las barricadas deben ser retiradas: el fascismo de Moscú en España» de Paul Mattick, y «Las jornadas de mayo» de Josep Rebull no estaban incluidos en la primera edición en revista de este trabajo y aprovechando esta edición en libro nuestra editorial ha enmendado el error. El primer texto, aparecido en la revista *International Council Correspondence* en agosto de 1937, es una denuncia rotunda de la práctica del estalinismo y del Frente Popular, incluyendo la CNT. El segundo texto corresponde a un militante del POUM crítico con su partido y que hace una importante descripción de los acontecimientos y del papel que asumieron las distintas organizaciones.

«Las jornadas de mayo de 1937» extraído del libro *Jalones de derrota, promesas de victoria* de G. Munis, escrito entre 1942-1946, es un lúcido análisis de lo que se jugaba en el 37, realizado por un protagonista de esa década de enfrentamientos sociales.

Por último incluimos un texto escrito en este milenio, «De julio del 36 a mayo del 1937» cuyo autor es Agustín Guillamón, que entre otras cosas ha dedicado y dedica gran parte de su vida a desenterrar aspectos fundamentales de la confrontación en la década de los treinta en España. Sin duda este texto es un material valioso, pues se presenta como un balance sintético del desarrollo de los acontecimientos desde julio del 1936 hasta mayo del 1937.

Se han incluido, además, presentaciones a estos textos, que son el producto de las discusiones que tuvieron lugar mientras se preparó este material, que deben entenderse como una contribución crítica al balance de las derrotas de nuestra clase. Discusiones que esperamos continúen y sean ampliadas y profundizadas.

No pretendemos contemplar esta historia como quien mira un cuadro, *Mayo de 1937*, que hubiera sido pintado en un momento concreto en ese preciso instante, se trata de comprender estos

hechos como una etapa en el movimiento por abolir las relaciones sociales capitalistas, que tiene su continuación en el presente.

Si esta experiencia, esta parte de nuestra historia, ha sido tan ocultada, enterrada, manipulada, aunque también mitificada y convertida en leyenda, es precisamente por la importancia que cobra para entender la complejidad del enemigo al que nos enfrentamos, y las lecciones que aporta de cara a combatirlo contando con un arma imprescindible, toda la experiencia acumulada.

Anteriormente otros compañeros han entendido y expresado la importancia de estos hechos y la necesidad de reapropiarnos de las derrotas del pasado, aprendiendo de ellas de cara a reemprender la lucha. Como expresaron en 1973 los compañeros del MIL, a través de su editorial, Ediciones Mayo del 37, en la introducción al texto de Camilo Berneri *Entre la revolución y las trincheras*:

El capital se enfrentaba al período de decadencia del sistema recurriendo a dos formas estratégicas aparentemente opuestas, pero al servicio de unos mismos intereses: en unos países, jugando la carta del fascismo (Alemania, Italia, Portugal..); en otros, jugando la carta de la democracia y reuniendo entorno al programa del capital (New Deal, intervención directa del Estado en la economía) a todas las clases sociales (frentes populares). En España, la burguesía intentó al mismo tiempo las dos estrategias: por una parte el autoritarismo fascista (Sanjurjo 1932, Gil Robles 1933-1935, Franco 1936); por otra parte la «república democrática», el frentepopulismo, la unión sagrada —en torno al programa político del capital— de la burguesía «avanzada», de las capas medias y de las organizaciones obreras, desde la UGT y los estalinistas hasta la propia CNT-FAI [...].

Es este doble juego de la burguesía española lo que explica que la insurrección franquista del 18 de julio de 1936 fuera algo más que un simple pronunciamiento militar, y que gozara indiscutiblemente de la complicidad tácita de la República del Frente Popular. Sin embargo, la respuesta absolutamente espontánea e irresistible de la clase obrera logró modificar la situación en 24 horas, sacando de su pasividad a las organizaciones obreras y rompiendo la sórdida hostilidad de la burguesía republicana que, según el propio Alcalá-Zamora, no

habría pensado en resistir a Franco sino hubiera sido impulsada a ello por las masas.

Los hechos hablan claro. Precisamente a partir del 19 de julio el proletariado, conjugando su lucha armada con la huelga general, logra llevar la lucha social a su más alto punto de tensión. Sólo a partir del 28 de julio, con la extinción completa de la huelga general, la aterro- rizada burguesía republicana puede volver a pensar en adaptarse a la nueva situación, legalizando los hechos consumados: expropiacio- nes, reparto de tierras, control obrero, depuración del ejército y de la policía, etc., siempre y cuando estas conquistas acepten quedar supe- dadas a las necesidades de la guerra antifranquista y el dejar así de lado, con el pretexto de la guerra, la necesaria destrucción del poder político de la burguesía: el Estado capitalista. Para garantizar la revo- lución no basta con que las masas estén armadas y hayan expropiado a los burgueses: es preciso que destruyan de arriba abajo el Estado capitalista y organicen su propio sistema, es preciso que sean capa- ces de combatir las ideas representadas por los líderes estalinistas y reformistas con el mismo rigor con que atacan a los capitalistas indi- viduales y a los líderes de los partidos burgueses. A partir de mayo 37, toda tentativa revolucionaria que no sepa ser fiel a tal experiencia se condena pura y simplemente a la inexistencia. Asaltar el Estado, en- frentarse sin vacilaciones a la contrarrevolución estalino-reformista: tales son los rasgos distintivos de la revolución que se avecina¹.

Y en 2007, con motivo del 70 aniversario de estos acontecimien- tos, Proletarios Internacionalistas publicó un volante del que ex- tractamos una parte que nos sirve de síntesis de lo ocurrido:

España, mayo de 1937; la transformación de la guerra de clases en guerra imperialista va dando sus últimos pasos. Las estructuras del Estado que habían mordido el polvo el 19 de julio ante el torrente re- volucionario, se encuentran ya a principios de mayo reconstruidas casi en su totalidad. La sagrada familia PSOE-PC-CNT y demás apéndices juegan el papel central de esta reconstrucción en la llamada zona re- publicana. Cataluña representa el último bastión donde el proletaria- do aún no ha sido sometido. El Estado decide que es el momento de intervenir.

1. El texto completo se puede encontrar en la página web <http://www.mil-gac.info>

Se provoca al proletariado irrumpiendo el 3 de mayo en los locales de telefónica en Barcelona que está en manos de obreros afiliados a CNT. La reacción generada en las calles deja a todos los burgueses pálidos. En un abrir y cerrar de ojos toda Barcelona y demás pueblos y ciudades catalanas se cubren de barricadas, como si ocultadas desde el 19 de julio, un mecanismo secreto las hubiera sacado de golpe a la superficie. El gobierno republicano envía por un lado a dirigentes de la CNT y UGT para tratar de calmar y desarmar a los insurrectos, mientras, por otro lado moviliza a cinco mil guardias de asalto y tres navíos de guerra dispuestos a lanzarse sobre las barricadas. Será la CNT seguida por el POUM quien asuma el papel principal.

El pensamiento que desde meses atrás roía la mente y los nervios del proletariado en España se confirmaba. La CNT desde el otro lado de la barricada, auxiliada por el POUM, llamaba a los combatientes a retirarse. Desde todos los medios a su alcance (manifiestos, periódicos, comités, históricos combatientes como García Oliver o Federica Montseny...) se insistía en volver al trabajo, en abrazarse con los estalinistas, o en irse a casa a reflexionar. Mientras, los enfrentamientos comenzaban a dejar numerosa sangre obrera en la barricada.

No es de extrañar que, como decía Munis, en numerosas barricadas no se hablara de otra cosa que de fusilar a García Oliver mientras se quemaba el periódico Solidaridad Obrera que martilleaba con propaganda de colaboración antifascista. Sólo pequeños grupos como la Agrupación de los Amigos de Durruti y la Sección Bolchevique-Leninista quisieron impulsar y extender la lucha, pero poco a poco las barricadas van siendo abandonadas cuando no son sangrientamente retiradas. Como martillazos resonaba la propaganda gubernamental de la defensa de la democracia contra la dictadura armada de los obreros. Mucho antes, la CNT, adelantándose a las jornadas de mayo y preparando su colaboración abierta con toda la socialdemocracia del frente popular, así como su estreno en el gobierno republicano, ya había planteado públicamente la alternativa de o dictadura anarquista o colaboración antifascista, eligiendo rápidamente la segunda. En realidad se trataba de o dictadura proletaria o dictadura democrática, o imposición armada del proletariado contra la contrarrevolución o imposición armada de la contrarrevolución contra el proletariado. En mayo del 37 se planteó en toda su crudeza esta alternativa y venció la última. Represión, desaparición, explotación, asesinato y cárcel, pasa-

ron a ser moneda corriente desde entonces contra los revolucionarios. La revolución estaba vencida y la burguesía podía regocijarse viendo la carnicería entre el polo fascista y el antifascista, capitalistas los dos. Si en Rusia fue el partido bolchevique el que aplastó la revolución, en España fue la acción conjunta del gobierno republicano PSOE-CNT-PC en un lado y Franco en el otro. Pesó mucho en el proletariado la ideología antifascista así como la incapacidad por parte de las pequeñas organizaciones revolucionarias de romper el aislamiento de la lucha y de plantear claramente las rupturas y los objetivos. [...]

Siempre tendremos presente que luchas como mayo del 37 servirán a la revolución social sólo si estructuramos esa experiencia histórica y la expresamos conscientemente en nuestra práctica como clase revolucionaria.

Sea fascista o antifascista ¡La dictadura del capital es la democracia!»².

Con los textos que presentamos y las pequeñas aportaciones críticas que les hacemos pensamos que queda expuesta la crítica a ciertas ideologías y organizaciones que se oponen a nuestra lucha. Aquellos que defienden que el Estado es una maquina o un instrumento que puede utilizarse ayer para explotar al proletariado, mañana para su emancipación, así como aquellos que afirman que se puede cambiar el mundo sin destruir el poder, sin imponer la revolución, encuentran en esta experiencia histórica su negación práctica y la demostración cristalina de sus consecuencias. Esa es una lección fundamental de los acontecimientos. Otras ideologías como el sindicalismo, el obrerismo, el democratismo, la autogestión, el antifascismo, el frentepopulismo... que hoy siguen encuadrando al proletariado que intenta luchar en todo el mundo contra las cada vez más inhumanas condiciones de vida que le impone el capital, demuestran en ese episodio, como en general lo demuestran a lo largo de la historia, su papel contrarrevolucionario y su carácter burgués.

2. Se puede consultar el texto completo en la página web de los autores: <http://www.proletariosinternacionalistas.org>

I

HACIA UNA NUEVA REVOLUCIÓN

**AGRUPACIÓN DE
LOS AMIGOS DE
DURRUTI**



Portada del folleto *Hacia una nueva Revolución* de la edición de 1938

PRESENTACIÓN

La Agrupación de Los Amigos de Durruti fue un grupo creado en marzo de 1937 como respuesta a la militarización de las milicias llevada a cabo por el gobierno burgués de la República. En el grupo, constituido por militantes de la CNT, confluían proletarios que se negaban a colaborar con el gobierno del Frente Popular y milicianos que se oponían a la militarización de las milicias. Pronto se convirtió en un polo de reagrupamiento de sectores descontentos con la política de la CNT y con el avance de la contrarrevolución. Mediante mítines, octavillas, folletos y un periódico, *El Amigo del Pueblo*, o intervenciones en actos públicos (como el boicot a una intervención de Federica Montseny durante un mitin en La Monumental) trataron de contraponerse a la orientación colaboradora que dictaba la CNT.

Al estallar las jornadas de mayo, donde el proletariado tomó de nuevo las calles con las armas en la mano para enfrentarse a la contrarrevolución, asumieron un papel protagonista en las barricadas. Pronto se percataron de la indecisión que se extendió en plena confrontación y de la falta de una dirección revolucionaria, lo que les llevó a lanzar una famosa octavilla que también reproducimos, en la que llamaban a la creación de una Junta Revolucionaria, al fusilamiento de los culpables, desarme de todos los cuerpos armados, etc. Pese a sus esfuerzos por desplegar la potencia que contenían las jornadas de mayo, no pudieron consolidar una dirección revolucionaria, y las barricadas fueron vaciándose poco a poco, entre llamamientos de la CNT y el POUM a abandonar la lucha.

La CNT, así como otros miembros del Frente Popular, les tildó de «agentes provocadores» con lo que ello suponía en esos momentos en el que el terror estalinista se extendía. No tardaron en responder a esas acusaciones en una editorial de *El Amigo del Pueblo* titulada «Nosotros, agentes provocadores e irresponsables, propugnamos»,

en la que planteaban unas medidas alternativas a la línea que marcaba la CNT. En otros textos expresaron una conclusión sobre la que insistieron: la revolución necesita un programa y fusiles para defenderla¹. Fueron los prolegómenos del folleto que presentamos a continuación, *Hacia una nueva revolución*, escrito a finales de 1937² por Jaime Balius, militante central de Los Amigos de Durruti, y publicado de forma clandestina en enero de 1938 por la Agrupación.

En el folleto se analizan los prolegómenos al 18 de julio subrayando cómo el triunfo del Frente Popular en el mes de febrero de 1936 no consiguió esta vez aplazar por mucho tiempo la explosión de la guerra de clases en España, así como que tras el golpe del 18 de julio, el gobierno negó las armas al proletariado, no como se ha repetido hasta la saciedad, porque el presidente, Casares Quiroga fuera un inútil, o no hiciese caso de las advertencias previas y se tomara a broma el golpe de estado, sino porque evidentemente la República temía más al proletariado en armas que a los militares golpistas, ya que sus intereses y los de los militares estaban contrapuestos a los del proletariado. De no haber sido por que éste salió a la calle y asaltó cuarteles y se hizo con armamento, el golpe no hubiera sido más que un traspaso de poderes.

Es importante destacar la descripción que hacen del 19 de julio como revolución inconclusa, ya que el proletariado tras vencer en la calle a los militares, renunció, siguiendo las directrices de la CNT, a destruir el Estado burgués, sometiéndose a la unidad antifascista y a la colaboración con el gobierno evaporándose poco a poco

1. Tras el texto principal de Los Amigos de Durruti, hemos incluido también el artículo «Una teoría revolucionaria», pues consideramos que en el mismo la Agrupación subraya algunas lecciones importantes de los acontecimientos de mayo.

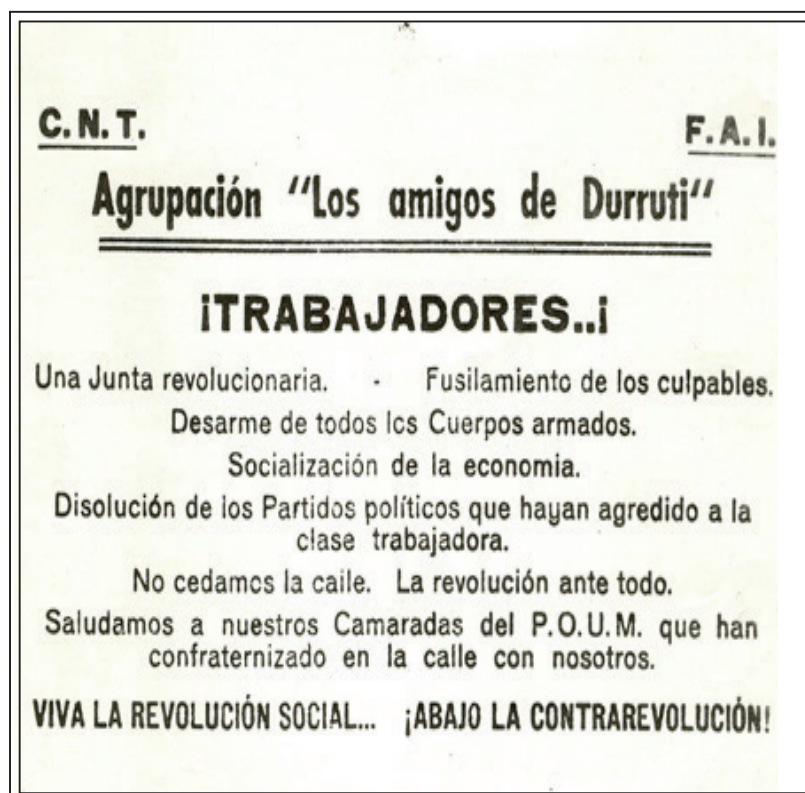
2. No publicamos el texto completo, sino lo que consideramos más cualitativo. Se puede acceder al texto completo en la reedición que hizo el Colectivo Etcétera en 1997 disponible en su web: http://www.sindominio.net/etcetera/publicaciones/con_otros/con_otros.html

la perspectiva revolucionaria. La denuncia que hacen del colaboracionismo y el frentismo con la burguesía es tajante. Para ellos la CNT, que llevaba años propugnando la revolución, no supo qué hacer debido a la falta de un programa optando por el colaboracionismo, por dar fuerza a una burguesía que no la tenía, alimentando a la contrarrevolución que se impondrá definitivamente tras la derrota del proletariado en las jornadas de mayo.

Desgraciadamente Los Amigos de Durruti nunca rompieron con la CNT, ni siquiera se lo plantearon, pensando que era posible que diera un vuelco hacia posiciones revolucionarias, achacando sus errores a la falta de programa y a «traiciones» de ciertos dirigentes, y no al propio programa práctico que defendía la CNT y a la naturaleza propia del sindicato en el que se había convertido la CNT. Sin duda, era consecuencia de una no ruptura con ciertas concepciones de la socialdemocracia que les apresaba en una perspectiva sindicalista de la revolución y de la sociedad a venir que se refleja en el programa que exponen en el texto. Hay que tenerlo en cuenta en la lectura del texto y comprender cómo influye en el mismo, especialmente en algunas de sus reivindicaciones (como en lo que concierne a la Junta Revolucionaria). Es evidente que esta debilidad programática que conlleva la confianza en el sindicato, depositando esperanzas en el viraje revolucionario de la CNT, debilitó sin duda alguna su tentativa de impulsar esa dirección revolucionaria necesaria en ese momento, delegando en una esperanza el triunfo de la revolución.

Como se comprueba en el texto, estos límites que apuntamos no impidieron a la Agrupación ser uno de los escasos grupos organizados que trataron de resistir a la contrarrevolución, desarrollando críticas importantes. Hay una conclusión fundamental para el desarrollo de la revolución social que extrajeron de la derrota. Frente a la absurda y lamentable disyuntiva en el seno de la CNT, tras la victoria en julio del 36, sobre la moralidad de imponer una

dictadura anarquista, y la decisión final de renunciar a ella, manteniendo la dictadura del capital, estos dedujeron que las revoluciones son totalitarias o son derrotadas, entendiendo por totalitarias el que afecten a la totalidad de las relaciones sociales que crea el capitalismo, a la destrucción por la fuerza del capital y del Estado y a la creación de estructuras que velen por el mantenimiento del orden revolucionario. Esta conclusión tiene una gran importancia histórica y política retomando una posición invariable de la revolución: llegado el momento clave sólo hay dos opciones, o dictadura del capital o dictadura de la revolución. La conclusión a la que llegaron Los Amigos de Durruti sin duda deberá estar presente en el proletariado si no quiere volver a repetir ese error.



Octavilla difundida durante las jornadas de mayo del 37.

HACIA UNA NUEVA REVOLUCIÓN

La tragedia de España no tiene límites. Es inútil que las plumas más vibrantes pretendan diseñar el dolor de este pueblo que lleva grabados en sus cuerpos y en sus mentes los horrores de un pasado y de un presente.

No podrán nuestros escritores reflejar con exactitud el calvario de esta raza que parece talmente que haya nacido para sufrir.

Este cuadro de dolor, este aguafuerte español halla su máxima algidez en febrero de 1936. En esta fecha, el suelo español era un inmenso presidio. Miles de trabajadores yacían tras rejas.

Nos hallamos en las puertas de julio. Es necesario recordar los acontecimientos que constituyeron la antesala del levantamiento militar.

La política del bienio negro estaba en quiebra. Gil Robles no había satisfecho las apetencias de sus acólitos. Una pugna había aflorado entre Alcalá-Zamora y el jefe de Acción Popular. El jesuitismo respaldaba al Presidente de la República. Era su nuevo candidato; no en balde había levantado bandera en pro de la reforma constitucional y en pro de la religión. La vida de las Cortes era incierta. Los radicales estaban divorciados del bloque de las derechas, pues se sentían alejados del pesebre nacional. Las sesiones tumultuosas matizaban la jarana de una política baja, repugnante y criminal.

El proletariado empezaba a manifestarse de la forma que estaba más a su alcance. Los mítines monstruosos celebrados en el Stadium de Madrid, en Baracaldo y en Valencia, congregaron inmensas multitudes. Es de lamentar que aquellas demostraciones de tesón y de rebeldía sirviesen a la postre para revalorizar a una figura vetusta y reaccionaria como en el caso presente de Azaña. Y el error se paga más tarde con creces. Alcalá-Zamora se cree árbitro

de la situación. Disuelve las Cortes. Sus testaferros son Franco, Goded, Cabanellas, Queipo de Llano, Mola. Elige para la consumación de sus planes a un bandolero de las finanzas, Portela Valladares.

Los resortes estatales le faltan al cacique gallego. A pesar de los pucherazos electorales y del encasillado de gobernación, el resultado de las elecciones de febrero no satisface las ansias de la Santa Sede.

Alcalá-Zamora viendo frustradas sus combinaciones, brinda a Portela la declaración del estado de guerra. Portela no se atreve. Se da cuenta de que el pueblo español está en la calle. Aconseja la entrada de Azaña. Y acierta. El político del bienio rojo será un sedante momentáneo. Es lo que pretendía la reacción en aquellos momentos. Un compás de espera, para ir preparando la sublevación de los generales adictos a la Plaza de Oriente.

El triunfo electoral de febrero no abrió los ojos a los socialistas. Aquellas protestas ciclópeas de la población penal, aquel entusiasmo para liberar a los presos del gran drama de octubre, no les sugirió nada nuevo. Siguieron la clásica pauta. Nuevas Cortes. Nueva elección de Intendente de la República. Ocultaron al pueblo los propósitos dictatoriales de Alcalá Zamora y sus intenciones de entregar el mando a los militares.

Pero el proletariado poseía una dura experiencia de los bienios transcurridos. Se lanza a la calle. Teas incendiarias prenden fuego a los centros religiosos. Las cárceles claman a través de los muros. La ciudad y el campo bullen por un igual. La idiotez de la social democracia aplaza la eclosión popular. Afortunadamente el cerrilismo de las derechas, que no supieron apreciar en su verdadero valor el papel contrarrevolucionario de Azaña y de Prieto, plantea al cabo de cinco meses el problema en la calle.

De febrero a julio se producen sendos disturbios. Volvió a derramarse sangre de trabajadores. La huelga del ramo de la construc-

ción de Madrid y un choque ocurrido en Málaga revelan el cretinismo de los políticos de febrero.

Las derechas inician un plan descarado de ataque a la situación que emana de unas elecciones teñidas de una dosis sentimental. Los fascistas asesinan a mansalva, provocan algaradas. Se vislumbra que la España negra tramaba algo. Se hablaba con insistencia de una asonada militar.

No había duda. El proletariado estaba pisando el vestíbulo de julio. Los gobernantes se encogían de espaldas. Entre el fascismo y el proletariado preferían a los primeros. Y para despistar, el traidor número uno, Casares Quiroga, amenazaba desde el banco azul a las derechas incitándolas a que salieran a la calle.

La muerte de Calvo Sotelo precipitó los acontecimientos. Se rumoreaba, con visos de verosimilitud, que los militares se echarían a la calle de un instante a otro. ¿Se previnieron los gobernantes? Franco disponía de mando en Canarias, Goded en las Baleares, Mola en Navarra... ¿Por qué no se licenció inmediatamente a la tropa? ¿Por qué no se armó, sin pérdida de tiempo, al pueblo? ¡Los fascistas también contaban con poderosos auxiliares en los sitios gubernamentales!

El día 17 de julio vino a descifrar el enigma en que estábamos rebatiendo desde fechas ha. En las Baleares, en Marruecos, en Canarias, la oficialidad se hallaba en franca revuelta.

¿Qué medidas se tomaron para atajar la sublevación? ¿Qué hizo el gobierno de este canalla, de este Casares Quiroga? Encerrarse en la inercia más absoluta. Esconder al pueblo la gravedad de la situación. Ordenar una severa censura. Negar las armas al proletariado.

Del día 17 al 19 de julio, había tiempo suficiente para reducir a los militares. Prevalció una actitud suicida y sospechosa en alto grado. Casares Quiroga es cómplice de Mola. Lo mantuvo en Pamplona a pesar de haberse declarado en franca rebeldía desde las

elecciones de febrero y a pesar de dar amparo a todos los conspiradores de derechas.

La traición de las izquierdas es evidente. No se dio armas al pueblo porque los demócratas burgueses temían al proletariado. Y así fue posible que múltiples localidades, que siempre habían demostrado una potencialidad proletaria, cayesen fácilmente en poder de los fascistas. En Zaragoza la negativa del gobernador Vera Coronel, que entretuvo con entrevistas a los representantes de la clase trabajadora, facilitó el triunfo fascista. Y en Valencia, cuando en España entera se estaba luchando, todavía se toleraba la permanencia de las fuerzas sublevadas en los cuarteles.

En esta hora histórica, anegados de sangre, acusamos, sin eufemismos, a los políticos republicanos que, por su aversión a la clase trabajadora, favorecieron de una manera abierta al fascismo. Acusamos a Azaña, a Casares Quiroga, a Companys, a los socialistas, a todos los farsantes de esta República que surgida de un sainete abrioleño ha destrozado los hogares de la clase trabajadora. Y esto ocurre por no haberse hecho la revolución en su debido tiempo.

Las armas las fue a buscar el pueblo. Se las ganó. Las conquistó con su esfuerzo propio. No se las dio nadie. Ni el Gobierno de la República ni la Generalidad dieron un solo fusil.

El 19 de julio, el proletariado se aposentó en la calle como en las grandes jornadas. Días antes había actuado sigilosamente de vigía en las calles de las poblaciones españolas. En la capital catalana se remembraron días de gloria y de lucha.

El primer armamento lo sacaron los trabajadores catalanes de unos buques surtos en el fondeadero barcelonés. Del Manuel Arnús y del Marqués de Comillas, se sacaron las primeras armas.

Al amanecer del 19 de julio, los militares se echaron a la calle. El pueblo catalán arremetió contra ellos. Asaltó cuarteles y luchó hasta acabar con el postrer reducto fascista.

El proletariado catalán salvó del fascismo a la España proletaria. La Cataluña proletaria se convertía en el faro alumbrador de toda la península. No importa que el agro español esté en poder de los fascistas. Los trabajadores de los centros industriales rescataremos a nuestros camaradas del cautiverio que les ha caído en suerte.

En Madrid ocurrió exactamente lo mismo. Tampoco les dieron armas. Las ganaron en la calle. El proletariado bregó. Asaltó el Cuartel de la Montaña. Venció a los militares. Y con escopetas, y como pudo, se dirigieron los trabajadores a la Sierra de Guadarrama para cortar el paso al general Mola que, al frente de las brigadas de Navarra, se disponía a conquistar la capital castellana.

En el Norte, en Levante y en diversas localidades de Aragón, de Andalucía y de Extremadura se derrotó al fascismo. Pero en el resto de la península los obreros estaban desarmados y tuvieron que enfrentarse con los propios gobernadores de izquierda que facilitaron el golpe de la hez española.

A Casares Quiroga le sucedió el gobierno de Martínez Barrios. El político que torpedeó las constituyentes de abril ocupaba el Poder para pactar con los fascistas y entregarles el mando. La rápida reacción de la clase trabajadora impidió que se fraguase una de las traiciones más infames, que si no se llegó a cometer fue debido a que no hubo tiempo para ello. De esta maniobra vil han de responder los políticos con sus cabezas, empezando por Azaña.

La atmósfera pesimista de los primeros instantes, el propósito de rendición que anidaba en los centros oficiales, fue rápidamente contrarrestado por la bravura del proletariado. A Martínez Barrios le sustituye Giral.

Hemos relatado los aspectos de carácter anecdótico. Pero es preciso detenerse unos instantes más en julio, y es necesario

examinar qué clase de revolución fue la de aquellas memorables jornadas.

Se ha teorizado mucho en torno de julio. Los burgueses demócratas y los marxistas aseguran que la explosión popular de julio ha de catalogarse como un acto de legítima defensa que realizó el proletariado al verse acosado por su mayor enemigo. En torno de esta tesis se argumenta que no puede considerarse julio como una manifestación típicamente revolucionaria y de clase.

La tesis de nuestros antípodas es falsa. Las revoluciones se producen en una fecha imprevista pero siempre están precedidas de un largo periodo de gestación. En abril se cerró un paréntesis y se abrió otro. Y este segundo paréntesis, lo encabezó precisamente, en abril, la clase trabajadora y todavía sigue en las avanzadillas de la revolución. De no haberse lanzado el proletariado a la calle en julio, lo hubiese practicado fechas más tarde, pero no hubiese desistido de su noble empeño de redimirse del yugo burgués.

La pequeña burguesía sustenta que en las jornadas de julio nos encontramos todos los sectores en la vía pública. Pero les hemos de recordar que si la CNT y la FAI no hubiesen acudido a los lugares de peligro se hubiera repetido la astracanada del octubre barcelonés.

En Cataluña predominan los trabajadores que están organizados en la CNT. Los que niegan esta realidad es que desconocen o se empeñan en ignorar la historia de la CNT en el suelo catalán.

La revolución de julio fue una revolución impulsada por los trabajadores y, por lo tanto, de clase. La pequeña burguesía actuó de apéndice y nada más. Tanto en la calle como en teoría.

Pero existen razones de tanto o más peso. El recuerdo de las conmociones de tipo político que capitaneó el capitalismo en los siglos XVII, XVIII y XIX se ha esfumado y desvanecidas, además, las ilusiones democráticas pequeño burguesas por los resultados habidos en los ensayos precedentes —1873, abril, febrero— en España

no cabía otra revolución que la de tipo social que amaneció esplendorosa en julio.

La experiencia de abril es definitiva. Bastaba para que no incurriésemos en nuevos errores. No nos referimos exclusivamente a la represión de que fuimos objeto. Nos ceñimos a la trayectoria disparatada que patrocinaron los marxistas.

¿Cómo se comprende que en la revolución de julio se hayan repetido los desaciertos que hemos criticado centenares de veces? ¿Cómo es que en julio no se propugnó por una revolución de clase? ¿Cómo es que las organizaciones obreras no asumieron la máxima responsabilidad del país?

La inmensa mayoría de la población trabajadora estaba al lado de la CNT. La organización mayoritaria, en Cataluña, era la CNT. ¿Qué ocurrió para que la CNT no hiciese su revolución que era del pueblo, la de la mayoría del proletariado?

Sucedió lo que fatalmente tenía que ocurrir. La CNT estaba huérfana de teoría revolucionaria. No teníamos un programa correcto. No sabíamos hacia dónde íbamos. Mucho lirismo pero, en resumen de cuentas, no supimos qué hacer con aquellas masas enormes de trabajadores; no supimos dar plasticidad a aquel oleaje popular que se volcaba en nuestras organizaciones y, por no saber qué hacer, entregamos la revolución en bandeja a la burguesía y a los marxistas, que mantuvieron la farsa de antaño y, lo que es mucho peor, se ha dado margen para que la burguesía volviera a rehacerse y actuase en plan de vencedora.

No se supo valorizar la CNT. No se quiso llevar adelante la revolución con todas sus consecuencias. Se temieron las escuadras extranjeras alegando que los barcos de la escuadra inglesa enfilaban el puerto de Barcelona.

¿Es que se ha hecho alguna revolución sin tener que afrontar innúmeras dificultades? ¿Es que hay alguna revolución en el

mundo de tipo avanzado que haya podido eludir la intervención extranjera?

Partiendo del temor y dejándose influenciar por la pusilanimidad no se llega nunca a la cima. Solamente los audaces, los decididos, los hombres de corazón, pueden aventurarse a las grandes conquistas. Los temerosos no tienen derecho a dirigir las multitudes, ni a salir de casa.

Cuando una organización se ha pasado toda la vida propugnando por la revolución, tiene la obligación de hacerla cuando precisamente se presenta una coyuntura. Y en julio había ocasión para ello. La CNT debía encaramarse en lo alto de la dirección del país, dando una solemne patada a todo lo arcaico, a todo lo vetusto, y de esta manera hubiésemos ganado la guerra y hubiéramos salvado la revolución.

Pero se procedió de una manera opuesta. Se colaboró con la burguesía en las esferas estatales en el preciso momento que el Estado se cuarteaba por los cuatro costados. Se robusteció a Companys y a su séquito. Se inyectó un balón de oxígeno a una burguesía anémica y atemorizada.

Una de las causas que más directamente ha motivado la yugulación de la revolución y el desplazamiento de la CNT es el haber actuado como sector minoritario a pesar de que en la calle disponíamos de la mayoría.

En esta tesitura minoritaria, la CNT no ha podido hacer valer sus proyectos, viéndose constantemente saboteada y envuelta en las redes de la política turbia y falaz. Y en la Generalidad, y en el Municipio, disponía de menos votos que los otros sectores, siendo así que el número de afiliados de nuestras organizaciones era muy superior. Y además, la calle la ganamos nosotros. ¿Por qué la cedimos tan tontamente?

Por otra parte, afirmamos que las revoluciones son totalitarias por más quien afirme lo contrario. Lo que ocurre es que diversos aspectos de la revolución se van plasmando paulatinamente, pero con la garantía de que la clase que representa el nuevo orden de cosas es la que usufructúa la mayor responsabilidad. Y cuando se hacen las cosas a medias, se produce lo que estamos comentando, el desastre de julio.

En julio se constituyó un comité de milicias antifascistas. No era un organismo de clase. En su seno se encontraban representadas las fracciones burguesas y contrarrevolucionarias. Parecía que enfrente de la Generalidad se había levantado el comité susodicho. Pero fue un aire de bufonada. Se constituyeron las patrullas de control. Eran hombres de las barricadas, de la calle. Se tomaron las fábricas, las empresas, los talleres, y se arrebató la presa al latifundismo. Se crearon comités de defensa de barriada, municipales, comités de abastos.

Han transcurrido dieciséis meses. ¿Qué resta? Del espíritu de julio, un recuerdo. De los organismos de julio, un ayer.

Pero queda en pie todo el tinglado político y pequeño burgués. En la Plaza de la República de la capital catalana persiste la mañana de unos sectores que sólo pretenden vivir a espaldas de la clase trabajadora.

3 de mayo

Ha sido en el perímetro catalán en donde se ha esforzado más la contrarrevolución en aplastar las esencias revolucionarias de julio. La Cataluña industrial, por su configuración económica, permitía concentrar grandes masas de trabajadores educados en un ambiente clasista, de fábrica, de taller. Esta idiosincrasia de los centros fabriles es de un alto sentido halagüeño para la consecua-

ción de las reivindicaciones revolucionarias. La población laboriosa de Cataluña dio vida en julio a una nueva tónica social. Resurgió un proletariado indómito que poseía el adiestramiento de largos años de lucha en los cuadros confederales. La revolución social en Cataluña podía ser un hecho. Además, este proletariado revolucionario podía haber servido de contrapeso a un Madrid burocrático y reformista y la influencia de una Vizcaya católica.

Pero los acontecimientos tomaron otro giro. En Cataluña no se hizo la revolución. La pequeña burguesía, que en las jornadas de julio se escondió en las trastiendas, al percatarse de que el proletariado era nuevamente víctima de unos líderes sofistas se aprestó a dar la batalla.

Lo chocante del caso es que al hablar de mesocracia nos hemos de referir a los marxistas que han arramblado con todos los tenderos y con los 120.000 votantes de la Lliga.

El socialismo en Cataluña ha sido funesto. Han nutrido sus filas con una base adversa a la revolución. Han capitaneado la contrarrevolución. Han dado vida a una UGT mediatizada por el G.E.P.C.I. Los líderes marxistas han entonado loas a la contrarrevolución. Y en torno del frente único han esculpido frases, eliminando primeramente al POUM y más tarde han intentado repetir la hazaña con la CNT.

Las maniobras de la pequeña burguesía aliada de los socialistas-comunistas, culminaron en los sucesos de mayo.

Distintas versiones han corrido acerca de mayo. Pero la verídica es que la contrarrevolución pretendía que la clase trabajadora saliera a la calle en un plan de indecisión para aplastarla. En parte, lograron sus propósitos por la estulticia de unos dirigentes que dieron la orden de alto el fuego y motejaron a los Amigos de Durruti de agentes provocadores cuando la calle estaba ganada y eliminado el enemigo.

La contrarrevolución sentía un interés evidente de que el orden público pasase a depender del Gobierno de Valencia. Se logró gracias a Largo Caballero y es de remarcar que en aquel entonces la CNT disponía de cuatro ministros en las esferas gubernamentales.

También se ha señalado que la pequeña burguesía había tramado un plan de intervención extranjera con la excusa de unos disturbios. Se aseguró que las escuadras extranjeras dirigían su proa a Barcelona, de divisiones motorizadas del ejército francés que estaban a punto de intervenir en los puestos fronterizos. Y a esto puede agregarse la labor conspiradora de determinados políticos que se encontraban en la capital francesa.

El ambiente estaba enrarecido. Se rasgaban los carnets de la CNT. Se desarmaba a los militantes de la CNT y de la FAI. Se producían continuados choques que no desembocan en sucesos de mayor gravedad por pura casualidad. Las provocaciones que hubimos de soportar los trabajadores fueron múltiples. Las bravatas de la mesocracia emergían a la superficie sin tapujos ni rodeos.

La muerte de un militante socialista —de Roldán— fue aprovechada para celebrar una manifestación monstruo en la que tomó parte toda la chusma contrarrevolucionaria.

Todas las anomalías eran achacadas a la CNT. De todos los desmanes se culpaba a los anarquistas. La escasez de los artículos alimenticios era atribuida a los comités de abastos.

El día 3 de mayo se produjo la explosión. El comisario de orden público Rodríguez Salas —con el visto bueno de Aguadé— irrumpe al frente de una sección de guardias de asalto en la Telefónica e intenta desarmar a los camaradas de la CNT, a pesar de que en la Telefónica existía un control de las dos sindicales.

La hazaña del provocador Rodríguez Salas —del PSUC— fue un toque de clarín. En pocas horas se levantaron barricadas en todas las calles de la ciudad de Barcelona. Empezó el crepitar de los fusi-

les, sonó el tableteo de las ametralladoras, retumbó en el espacio el estampido de los cañones y de las bombas.

La lucha se decidió en pocas horas a favor del proletariado enrolado en la CNT que como en julio defendía sus prerrogativas arma al brazo. Ganamos la calle. Era nuestra. No había poder humano que nos la pudiese disputar. Las barricadas obreras cayeron inmediatamente en nuestro poder. Y poco a poco el reducto de los contrincantes quedó circunscrito a una parte del casco de la población —el centro urbano— que pronto se hubiese tomado de no haber ocurrido la defección de los comités de la CNT.

Nuestra Agrupación, al percatarse de la indecisión que se había manifestado en el curso de la lucha y de la falta de dirección tanto callejera como orgánica, lanzó una octavilla y más tarde un manifiesto.

Se nos tildó de agentes provocadores porque exigíamos el fusilamiento de los provocadores, la disolución de los cuerpos armados, la supresión de los partidos políticos que habían armado la provocación, amén de la constitución de una Junta revolucionaria, de recabar la socialización de la economía y de reclamar todo el poder económico para los sindicatos.

Nuestra opinión expuesta en aquellos instantes álgidos, a través de la octavilla y del manifiesto, radicaba en que no se abandonasen las barricadas sin condiciones pues se iba a producir el primer caso en la historia de que un ejército victorioso cediese el terreno al contrincante.

Se necesitaban garantías de que no seríamos perseguidos. Pero los capitostes de la CNT aseguraban que los representantes de la organización en la Generalidad velarían por la clase trabajadora. No obstante, ocurrió la segunda parte de lo que había acaecido horas antes en Valencia.

Se abandonaron las barricadas sin que se nos hiciera caso. A medida que fue serenándose el horizonte catalán se fueron conociendo los desmanes cometidos por los marxistas y por la fuerza pública. Teníamos razón. El camarada Berneri fue sacado de su domicilio y muerto a tiros en plena calle; treinta camaradas aparecieron horriblemente mutilados en Sardañola; el camarada Martínez, de las Juventudes Libertarias, perdió su vida de una manera misteriosa en las garras de la Checa y un crecido número de camaradas de la CNT y de la FAI fueron vilmente asesinados.

Hemos de recordar que el profesor Berneri era un culto camarada italiano de esta Italia antifascista que nutre las islas de deportación, los cementerios y los campos de concentración y, a la par que sus camaradas antifascistas, no podía permanecer en la Italia de Mussolini.

Una intensa ola represiva siguió a estos asesinatos. Detenciones de camaradas por las jornadas de julio y de mayo; asaltos de sindicatos, de colectividades, de los locales de los Amigos de Durruti, de las Juventudes Libertarias, del POUM.

Un suceso ha de remarcarse. La desaparición y muerte de Andrés Nin. Ha transcurrido más de medio año y el Gobierno todavía ha de aclarar el pretendido misterio que rodea el asesinato de Nin. ¿Se sabrá algún día quién ha muerto a Nin?

Después de mayo la contrarrevolución se sintió más fuerte que nunca. Las potencias extranjeras ayudaron a esta reacción mesocrática. A los pocos días se constituye el Gobierno Negrín que nació con dos objetivos: el aniquilamiento de la fracción revolucionaria del proletariado y la preparación de un abrazo de Vergara. Y en Cataluña se constituyó un gobierno de Secretarios de partidos políticos y de organizaciones sindicales hasta que Luis Companys arrojó de la Generalidad a los representantes de la CNT.

Los sucesos de mayo tienen unas características muy distintas a las de julio. En mayo el proletariado se batió con un espíritu netamente de clase. No cabía duda de que la clase trabajadora quería radicalizar la revolución.

Por más que la prensa reaccionaria trate de empañar la naturaleza de mayo, pasará a la historia como un gesto rápido y oportuno del proletariado que sintiendo amenazada la revolución salió a la calle a salvarla y a revalorizarla.

En mayo estábamos a tiempo de salvar la revolución. Quizás muchos se arrepientan en estos históricos momentos de haber hecho cesar el fuego. Y si no, que claven la vista en las cárceles abarrotadas de trabajadores.

La Agrupación Los Amigos de Durruti cumplió con su deber. Fuimos los únicos que estuvimos a la altura de las circunstancias. Supimos prever los resultados.

Nunca podrá olvidarse mayo. Fue el aldabonazo más fuerte que ha propinado la clase trabajadora en los pórticos burgueses. Los historiadores, al hablar de las jornadas de mayo, tendrán que hacer justicia al proletariado catalán que sentó en aquellas jornadas los jalones de una nueva etapa que ha de ser proletaria, cien por cien.

El colaboracionismo y la lucha de clases

En el movimiento obrero español, como en general ha ocurrido en todos los países, se van manifestando dos tendencias. La colaboracionista y la que no admite transacciones de ninguna especie con el adversario.

En nuestro suelo, el socialismo, con su apéndice sindical la UGT, ha encarnado el clásico papel de los reformistas, el cliché de los

obreros renegados o bien de los intrusos en las organizaciones obreras que tienden exclusivamente a uncir el proletariado al carro de la burguesía.

Son notorias las manifestaciones de Indalecio Prieto en el bienio rojo, a propósito de la huelga de ferroviarios que caracteriza la entrada del colaboracionismo: soy antes ministro que socialista, exclamaba don Inda en aquella ocasión.

La revolución española ha adolecido de la influencia notoria que han poseído los reformistas en las directrices de la misma. No se ha querido interpretar el sentido social y de clase que transpiraron las jornadas de julio.

La lucha de clases que siempre había sido patrocinada por la CNT ha pasado a ser plato de segunda mesa por una retahíla de cuestiones que han perjudicado enormemente el curso de la revolución. Y al constatar este abandono, no solamente hemos de lamentar la desfiguración revolucionaria sino que también constatamos la pérdida de posiciones de carácter orgánico por no haber mantenido precisamente los derroteros de la revolución en un terreno clasista y haber conculcado el sindicalismo revolucionario.

Los sindicatos son los órganos que representan de una manera genuina el espíritu de clase de los trabajadores en su eterna pugna con el capitalismo. Si relegamos a segundo término los sindicatos, forzosamente el proletariado ha de sentirse perjudicado en sus propios intereses.

La colaboración es funesta en todos momentos. No se ha de colaborar con el capitalismo, ni desde fuera del Estado burgués ni dentro de las mismas esferas gubernamentales. Nuestro papel como productores se halla en los sindicatos, fortaleciendo los únicos estamentos que han de subsistir después de una revolución que encabecen los trabajadores.

La lucha de clases no es óbice para que en los momentos actuales los trabajadores sigan luchando en los campos de batalla y trabajando en las industrias de guerra. Pero sí ha de tenerse en cuenta que al plantearse un nuevo movimiento se ha de proceder con un sentido de clase y dando la debida prioridad a los sindicatos.

Al margen de los sindicatos no puede existir otro organismo económico que restrinja sus facultades. Y frente a los sindicatos no puede mantenerse un Estado, mucho menos reforzarlo con nuestras propias fuerzas. La lucha con el capital sigue en pie. Subsiste una burguesía en nuestro propio terruño que está en concomitancia con la burguesía internacional. El problema es el mismo que años atrás.

Mantengamos la personalidad de los sindicatos. Sigamos la trayectoria señalada por la CNT en su peculiar forcejeo con la burguesía indígena como fue siempre norma antes del 19 de julio.

Los colaboracionistas son aliados de la burguesía. Los individuos que propugnan tales concomitancias no sienten la lucha de clases ni tienen la menor estima por los sindicatos.

En ningún instante ha de aceptarse la consolidación de nuestro adversario.

Al enemigo hay que batirlo. Y si en determinadas ocasiones se efectúa una pausa, no ha de convertirse esta disgresión social en una posición de franca ayuda al capital.

Entre explotadores y explotados no puede haber el menor contacto. Sólo en la lucha se ha de decidir quién se impondrá. O los trabajadores o los burgueses. Pero de ningún modo ambos a la vez.

El porvenir está en manos de la clase trabajadora. Los parias no tenemos nada que perder y en cambio podemos ganar nuestra emancipación, que es el porvenir de la familia obrera.

Rompamos las cadenas. Fortalezcamos los sindicatos. Mantengamos el espíritu de la lucha de clases.

Nuestra posición

Es un momento de concretar. Vamos a hacerlo con arreglo a cada uno de los problemas que plantea la situación presente.

Ante el problema de la guerra somos partidarios de que el ejército esté absolutamente controlado por la clase trabajadora. No nos merecen la menor confianza los oficiales procedentes del régimen capitalista. Se han producido numerosas deserciones y la mayoría de los desastres que hemos encajado es debido a traiciones evidentes de los mandos. Y por lo que atañe al ejército, propugnamos por un ejército revolucionario y dirigido exclusivamente por los trabajadores; y en el caso de emplear algún oficial ha de estar bajo un control riguroso.

Reclamamos la dirección de la guerra para los trabajadores. Tenemos motivos suficientes para ello. Las derrotas de Toledo, de Talavera, la pérdida del Norte y la de Málaga, denota una falta de competencia y de honradez en las esferas gubernamentales por las siguientes razones:

El Norte de España se podía salvar adquiriendo el stock de material bélico que para hacer frente al enemigo se requería. Y para eso había medios. Las reservas de oro del Banco de España permitían abarrotar el suelo español de armamento. ¿Por qué no se hizo? Había tiempo para ello. No ha de olvidarse que el control de No Intervención no empezó a contar hasta el cabo de unos meses de haber estallado la conflagración española.

La dirección en los asuntos bélicos ha sido un desastre. La actuación de Largo Caballero es funesta. Es el responsable de que el frente de Aragón no haya dado el rendimiento apetecido. Su opo-

sición a que se armase el sector aragonés ha impedido que Aragón se salvase de las garras del fascismo y al mismo tiempo que se pudiera descongestionar los frentes de Madrid y del Norte. Y fue Largo Caballero quien manifestó que dar armas al frente aragonés era tanto como entregarlas a la CNT.

Somos enemigos de la colaboración con los sectores burgueses. No creemos que se pueda abandonar el sentido de clase.

Los trabajadores revolucionarios no han de desempeñar cargos oficiales ni han de aposentarse en los ministerios. Se puede colaborar mientras dure la guerra en los campos de batalla, en las trincheras, en los parapetos y produciendo en la retaguardia.

Nuestro lugar está en los sindicatos, en los lugares de trabajo, manteniendo el espíritu de rebeldía que aflorará en la primera ocasión que se presente. Es este el contacto que hemos de mantener.

No ha de participarse en las combinaciones que urden los políticos burgueses de consuno con las cancillerías extranjeras. Es tanto como fortalecer a nuestros adversarios y apretar más el dogal capitalista.

No más carteras. No más ministerios. Volvamos a los sindicatos y al pie de los útiles de trabajo.

Propugnamos la unidad del proletariado. Pero entiéndase bien, esta unidad ha de realizarse entre trabajadores y no con burócratas o con enchufistas.

En el instante actual es factible una inteligencia de la CNT con la fracción revolucionaria de la UGT. Y no creemos realizable una entente con la UGT de Cataluña ni con los prietistas.

La socialización de la economía es indispensable para el triunfo de la guerra y para el encauzamiento de la revolución. No puede perseverar la desligazón actual. Ni puede conceptuarse beneficio-

so que los distintos centros de producción no marchen de una manera coordinada.

Pero han de ser los trabajadores quienes lo realicen.

El problema religioso ni debe removerse. El Pueblo ya dijo su última palabra. No obstante, parece que se tiende a abrir de nuevo los templos. La puesta en vigor de la libertad de cultos y las misas celebradas, nos da pábulo para suponer que los gobernantes se olvidan de las grandes jornadas incendiarias.

La distribución de los productos ha de racionarse de una manera absoluta. No puede tolerarse que los trabajadores no puedan comer mientras que los acaudalados hallan comida en los restaurantes controlados por la propia clase trabajadora.

Se ha de socializar la distribución, junto con un racionamiento riguroso.

La burocracia ha de desaparecer. Los miles de burócratas que han llegado a Barcelona revelan una de las mayores plagas que sufrimos. En lugar del burócrata ha de haber un trabajador. Y como burócrata entendemos el holgazán, el individuo de café.

Supresión absoluta de la burocracia.

Los sueldos fabulosos han de desaparecer inmediatamente. Es un escarnio que los milicianos cobren diez pesetas diarias y en cambio existen sueldos cuantiosos que los cobran los burócratas Azaña y Companys, que perciben los sueldos de antaño.

Nosotros queremos que se implante el salario familiar. Y que se acabe de una vez esta irritante desigualdad.

La justicia ha de ejercerla el pueblo. No puede consentirse la desviación surgida en este terreno. De los primeros tribunales de clase se ha caído en unos organismos integrados por los magistrados de carrera. Y volvemos a estar como antes. Y ahora se suprimirán los jurados.

La Justicia proletaria solamente pertenece a los trabajadores.

El agro español se ha de encauzar en un sentido socializador. El sabotaje de las colectividades ha entorpecido enormemente la vida de nuestro suelo y ha favorecido la especulación. El intercambio de la ciudad con el campo acercará los campesinos a la clase proletaria. Y se vencerá esta mentalidad del trabajador del campo que está habituado a cultivar un coto determinado.

Los problemas culturales, como cualquier otro aspecto referente a cualquier actividad del país, sea de carácter social, cultural o económico, incumbe de una manera cerrada a los trabajadores, que son quienes han forjado la nueva situación.

El orden revolucionario lo ejercerán los obreros. Exigimos la disolución de los cuerpos uniformados que no son ninguna garantía para la revolución. Los sindicatos han de avalar a los encargados de velar por el nuevo orden que queremos implantar.

Por lo que atañe a la política internacional no aceptaremos ningún armisticio. Y por lo que se refiere a la propaganda de nuestra revolución entendemos que ha de efectuarse en los centros de producción del extranjero y no en las cancillerías, y mucho menos en los cabarets.

A los trabajadores extranjeros se les ha de hablar en un lenguaje revolucionario. Hasta ahora se ha empleado un léxico democrático. Se ha de inculcar a las organizaciones obreras, de todo el mundo, que es necesario que se muevan; que saboteen los productos fascistas; que se nieguen a embarcar materias primas o material bélico para los asesinos del pueblo español. Y que se manifiesten en la calle, que exijan de sus gobiernos respectivos que se dé un

trato de justicia a la causa que estamos defendiendo que es la causa del proletariado mundial.

Nuestro programa

Las revoluciones no pueden ganarse si están ausentes de unas directrices y objetivos inmediatos. En la revolución de julio hemos podido constatar esta falla. La CNT, a pesar de tener la fuerza, no supo cincelar la gesta que con un carácter de espontaneidad se manifestó en la calle. Los mismos dirigentes se encontraron sorprendidos ante unos acontecimientos que para ellos habían de catalogarse como algo imprevisto.

No se supo qué camino seguir. Faltó una teoría. Habíamos pasado una serie de años moviéndonos en torno de abstracciones. ¿Qué hacer? Se preguntarían los dirigentes de aquella hora. Y se dejaron perder la revolución.

En estos instantes supremos no hay que vacilar. Pero hay que saber adónde se va. Y este vacío lo queremos llenar nosotros, pues entendemos que no se puede repetir lo que ocurrió en julio y en mayo.

En nuestro programa introducimos una ligera variante dentro del anarquismo. La constitución de una Junta Revolucionaria.

La revolución, a nuestro entender, necesita de organismos que velen por ella y que repriman, en un sentido orgánico, a los sectores adversos que las circunstancias actuales nos han demostrado que no se resignan a desaparecer si no se les aplasta.

Puede que haya camaradas anarquistas que sientan ciertos escrúpulos ideológicos pero la lección sufrida es bastante para que nos andemos con rodeos. Si queremos que en una próxima revolución no ocurra exactamente lo mismo que en la actual, se ha de

proceder con la máxima energía con quienes no están identificados con la clase trabajadora.

Hecho este ligero preámbulo vamos a trazar nuestros puntos programáticos.

I. Constitución de una Junta Revolucionaria o Consejo Nacional de Defensa. Este organismo se constituirá de la siguiente manera: los miembros de la Junta Revolucionaria se elegirán democráticamente en los organismos sindicales. Se tendrá en cuenta el número de camaradas desplazados al frente que forzosamente habrán de tener representación. La Junta no se inmiscuirá en los asuntos económicos que atañen exclusivamente a los sindicatos.

Las funciones de la Junta Revolucionaria son las siguientes:

- a) Dirigir la guerra.
- b) Velar por el orden revolucionario.
- c) Asuntos internacionales.
- d) Propaganda revolucionaria.

Los cargos serán renovados periódicamente para evitar que nadie tenga apego al mismo. Y las Asambleas sindicales ejercerán el control de las actividades de la Junta.

II. Todo el poder económico a los sindicatos. Los sindicatos han demostrado desde julio su gran poder constructivo. Si no se les hubiese relegado a un papel de segunda fila, hubieran dado un gran rendimiento. Serán las organizaciones sindicales quienes estructuren la economía proletaria.

Teniendo en cuenta las modalidades de los sindicatos de Industria y las federaciones de Industria, podrá además crearse un Consejo de Economía con el objeto de coordinar mejor las actividades económicas.

III. Municipio Libre. En la España que precedió a las dinastías extranjeras se defendían con gran tesón las prerrogativas municipales. Esta descentralización permite evitar que se levante un nuevo armazón estatal. Y aquel esbozo de libertades que sucumbió en Villalar resurgirá en la nueva España que patrocina el proletariado. Y se resolverán los llamados problemas catalán, vasco...

Los Municipios se encargarán de las funciones sociales que se escapan de la órbita de los sindicatos. Y como vamos a estructurar una sociedad netamente de productores serán los propios organismos sindicales quienes irán a nutrir los centros municipales. Y no habiendo disparidad de intereses no podrán existir antagonismos.

Los Municipios se constituirán en federaciones locales, comarcales y peninsular. Los sindicatos y los Municipios establecerán relaciones en el área local, comarcal y nacional.

Hacia una nueva revolución

El descenso de la revolución de julio ha sido rápido. Ninguna de las revoluciones que se consideran como el arquetipo de las conmociones sociales sufrió un declive tan vertiginoso.

No puede teorizarse en torno de la sucesión escalonada de hechos porque la revolución ya no existe. Es forzoso abrir nuevamente brecha en la cantera inagotable de la España proletaria. Hay que volver a empezar.

Las revoluciones se repiten en nuestro país con mucha frecuencia. Algunas veces se intentan sin ambiente y sin posibilidades de triunfo. El momento psicológico e insurreccional se ha de saber escoger. De la elección acertada depende el éxito.

No es fácil hacer profecías. ¿Quién es capaz de adivinar cuándo será posible un nuevo julio o bien un nuevo mayo? No obstante, presumimos que en España volverán a producirse acontecimientos.

Si la guerra sigue en un terreno desfavorable se habrá de echar por la borda a todos los políticos que están buscando la manera de pactar una tregua y un abrazo. Buena prueba de ello es el sabotaje a la guerra, a las industrias de guerra y el maremágnum de abastos, amén de la carestía de los artículos alimenticios que patrocinan los gobernantes para crear un ambiente favorable a sus planes de yugulación.

Puede ocurrir que se pacte un abrazo. Será una ocasión para oponerse a ello con las armas. Y en el caso de que se gane la guerra, a la vuelta de los camaradas del frente se reavivarán los problemas que en la actualidad tienen de sí una agudeza enorme. ¿Cómo se resolverán?

¿Cómo se convertirá la industria de guerra en una industria de paz? ¿Se dará trabajo a los combatientes? ¿Se atenderá a todas las víctimas? ¿Se resignará la oficialidad a renunciar a sus prebendas? ¿Se podrán reconquistar los mercados?

Los tres momentos que hemos descrito matizan distintas posiciones. No podemos predecir cual de ellas prevalecerá. No obstante, el problema radica en preparar un nuevo levantamiento para que el proletariado asuma de una manera neta la responsabilidad del país.

No se nos puede motejar de nerviosos. El momento actual no tiene nada de revolucionario. La contrarrevolución se siente con arrestos para cometer toda clase de desmanes. Las cárceles están repletas de trabajadores. Las prerrogativas del proletariado están en franco declive. A los obreros revolucionarios se nos da un trato de inferioridad. El lenguaje de los burócratas, con uniforme o sin él, es intolerable. Y no repitamos lo de los asaltos a los sindicatos.

No queda otro camino que el de una nueva revolución. Vayamos a su preparación. Y en el fragor de la nueva gesta nos volveremos a encontrar en la calle los camaradas que hoy batallan en los frentes, los camaradas que yacen tras rejas y los camaradas que en la hora actual aún no han perdido la esperanza de una revolución que rinda justicia a la clase trabajadora.

A la consecución de una nueva revolución que dé satisfacción completa a los obreros de la ciudad y del campo. A la consecución de una sociedad anarquista que dé satisfacción a las aspiraciones humanas.

¡¡Adelante, camaradas!!



Portada del periódico *El Amigo del Pueblo*

UNA TEORÍA REVOLUCIONARIA

El giro que han tomado los acontecimientos después de los sucesos de mayo es realmente aleccionador. En la correlación de las fuerzas que se manifestaron en la calle durante las jornadas de julio se ha producido una sensible transformación.

Aquel poderío gigantesco que giraba en torno de la CNT y de la FAI, un año ha, ha sufrido un notable relajamiento. No se trata de que las masas obreras se hayan divorciado del sentir revolucionario que es algo inherente a la organización confederal y específica. Los trabajadores continúan abrazando el mismo frenesí de las primeras jornadas.

La trayectoria descendente ha de atribuirse exclusivamente a la ausencia de un programa concreto y de unas realizaciones inmediatas, y que por este hecho hemos caído en las redes de los sectores contrarrevolucionarios, en el preciso momento en que las circunstancias se desenvolvían netamente favorables para una coronación de las aspiraciones del proletariado. Y al no dar libre cauce a aquel despertar de julio, en un sentido netamente de clase, hemos posibilitado un dominio pequeño-burgués que de ninguna de las maneras podía producirse si en los medios confederales y anarquistas, hubiese prevalecido una decisión unánime de asentar el proletariado en la dirección del país. Pero no ha habido una visión de las incidencias vividas. En julio no interpretamos aquella hora grandiosa. Tuvimos miedo. Los cañones de las escuadras extranjeras infundieron pusilanimidad a un crecido porcentaje de militantes. Cedimos terreno a los sectores que más tarde se han enfrentado con las organizaciones típicamente revolucionarias con pretensiones de un destacado cariz reaccionario.

No consideramos que los fracasos haya que achacarlos exclusivamente a los individuos. Tenemos sendas pruebas de que la in-

moralidad ha contribuido enormemente al deslunchamiento de fechas atrás.

Pero lo que verdaderamente ha contribuido, es decir, ha decidido la pérdida sensible de una revolución que sólo se podía escapar de las manos de unos incapaces, es la omisión de una directriz que hubiera marcado de una manera inconfundible el camino a seguir.

La improvisación siempre ha dado resultados pésimos. Nuestra presunción de que las concreciones sociales se forjan sin que exista una determinante que vele celosamente por la salvaguarda de las premisas de la revolución, es un tanto desplazada. Y en julio el determinante eran la CNT y la FAI, cometiéndose la simpleza de que una revolución de tipo social podía compartir sus latidos económicos y sociales con los factores enemigos. Y éste fue el error máximo, pues hemos dado calor a la pequeña burguesía, que se ha vuelto airada contra la clase trabajadora cuando por efecto de los derroteros de la guerra ha hallado un firme sostén en las llamadas potencias democráticas.

En mayo se volvió a plantear el mismo pleito. De nuevo se ventilaba la supremacía en la dirección de la revolución. Pero los mismos individuos que en julio se atemorizaron por el peligro de una intervención extranjera, en las jornadas de mayo volvieron a incurrir en aquella falta de visión que culminó en el fatídico «alto el fuego» que, más tarde, se traduce, a pesar de haberse concertado una tregua en un desarme insistente y en una despiadada represión de la clase trabajadora. La causa la hemos señalado. Pruebas tenemos muchas. A los pocos días de julio, algunos militantes que han participado en las formaciones híbridas afirmaban públicamente que se había de renunciar al comunismo libertario. Pero lo que no se puede comprender es que después de esta negación, no se presentase inmediatamente una afirmación clara y categórica.

De manera que, al despojarnos de un programa, léase comunismo libertario, nos entregamos por entero a nuestros adversa-

rios, que poseían y poseen un programa y unas directrices. Desde este instante se perfiló nuestro desplazamiento, pues dábamos razón a los partidos que tan sañudamente habíamos combatido y a quienes entregamos en bandeja una resolución que nadie nos podía regatear. La falta de sentido de clase también ha coadyuvado a la etapa de descenso que estamos presenciando. A través de determinados discursos se han lanzado expresiones de un calibre contrarrevolucionario. Y en nuestras intervenciones hemos ido a remolque de la mesocracia, siendo así que había de ser la organización mayoritaria de julio la que había de disponer, en un sentido absoluto, de la cosa pública. Y a los partidos pequeñoburgueses había que aplastarlos en julio y en mayo. Opinamos que cualquier otro sector, en el caso de disponer de una mayoría absoluta como la que poseíamos nosotros, se hubiera erigido en árbitro absoluto de la situación.

En el número anterior de nuestro portavoz precisábamos un programa. Sentamos la necesidad de una Junta Revolucionaria, de un predominio económico de los Sindicatos y de una estructuración libre de los Municipios. Nuestra Agrupación ha querido señalar una pauta por el temor de que en circunstancias similares a julio y mayo, se proceda de una manera idéntica. Y el triunfo radica en la existencia de un programa que ha de ser respaldado, sin titubeos, por los fusiles.

No obstante, el cúmulo de errores cometidos, es presumible que más tarde o más temprano se volverá a manifestar el proletariado. Pero lo que se ha de procurar es que en la ocasión inmediata no vuelvan a prevalecer los timoratos y los incapaces que nos han situado en un terreno que está erizado de sumas dificultades.

Las revoluciones sin una teoría no siguen adelante. Los Amigos de Durruti hemos trazado nuestro pensamiento, que puede ser objeto de los retoques propios de las grandes conmociones sociales,

pero que radica en dos puntos esenciales que no pueden eludirse. Un programa y fusiles.

Mantengamos el criterio apuntado en los sindicatos, en los lugares de trabajo. Hagamos prevalecer nuestros propósitos. Sin nerviosismos estériles, sin precipitaciones contraproducentes, preparemos a la clase trabajadora para que sepa escalar de una vez al lugar que le corresponde y que por falta de una teoría revolucionaria se ha perdido lastimosamente.

II
LAS JORNADAS DE
MAYO

JOSEP REBULL

PRESENTACIÓN

Josep Rebull fue un militante del POUM que se presentó crítico y en proceso de ruptura con la orientación de este partido. Desde la célula 72, que agrupaba a doce militantes de dicha organización, se realizaron críticas importantes a la dirección de la misma. Junto con otras expresiones constituía lo que se llamó la izquierda del POUM. Pese a que aspectos nefastos propios de la ideología leninista siempre estuvieron presente en él, sus posiciones sobre los acontecimientos en España y en especial sobre las jornadas de mayo, se colocaron en el terreno de los intereses del proletariado.

El texto que presentamos fue escrito el 29 de mayo de 1937 y publicado bajo la firma de Célula 72 Distrito V en el nº2 del *Órgano de discusión para el II Congreso del Comité Local de Barcelona del POUM*. En el mismo, el autor hace una detallada descripción de los hechos que llevan inexorablemente a las jornadas de mayo del 37 en Barcelona, así como lo acontecido en las mismas y las consecuencias que implicó la derrota del proletariado tras el final de las hostilidades.

Un aspecto que da un especial interés al presente texto es precisamente quién es su autor y las posiciones que se desprenden del mismo. Josep Rebull no deja de ser un militante del POUM que, analizando los hechos, constata en la práctica la nula actuación a favor de la revolución de la organización a la que pertenece. Por otra parte, aunque considera que el POUM va a remolque de los acontecimientos, no deja de señalar que estos van hacia una sola dirección, el fortalecimiento de la contrarrevolución. Llega así a la conclusión de que el fortalecimiento de las posiciones burguesas y la agudización de la represión contra el proletariado sólo es posible con la colaboración de la CNT. Al mismo tiempo, recalca que la acusación contra el POUM de dirigir el movimiento de mayo del 37 es un honor inmerecido.

Otro aspecto a destacar es cómo Rebull evidencia la falsedad del argumento, tantas veces esgrimido, que justifica la colaboración con el Frente Popular y el Estado republicano por miedo a la intervención extranjera de las supuestas potencias no intervencionistas, dejando claro que la intervención de esas potencias es un hecho cotidiano desde el principio. Todas las decisiones del gobierno republicano, la Generalitat y las fuerzas policiales de choque que representan los estalinistas están dirigidas e influenciadas por los designios de esas potencias capitalistas. El programa máximo de liberalismo a ultranza y de aplastamiento del proletariado dentro de la república española es el programa de Francia e Inglaterra, pero es Stalin el que garantiza su ejecución. La amenaza de los barcos de guerra de Francia e Inglaterra próximos al puerto de Barcelona, listos para intervenir en las jornadas previas y durante la insurrección proletaria de mayo de 1937, complementaban la acción estalinista como un todo. Bajo esta perspectiva se puede comprender que la actitud de las organizaciones «radicales» dentro del Frente Popular no puede ser considerada más que parte de ese todo: la contrarrevolución. Así, de un plumazo, se carga en su descripción todo el mito de la unidad antifascista y de los países antifascistas que ayudan a la República. El Frente Popular es un instrumento político de la reacción dentro del cual se «abraza» al proletariado preso de las organizaciones supuestamente proletarias.

Pese a la ideología leninista del autor del texto, los acontecimientos le llevan a reconocer que las posiciones revolucionarias están expresadas en grupos fuera de las organizaciones formales, ya sea por comités locales o expresadas por militantes que en la práctica desobedecen a sus organizaciones y luchan por la revolución. Los Amigos de Durruti, los comites de defensa y de barrio (cenetistas), militantes del POUM y de la CNT que actúan contra la órdenes de sus organizaciones, etc. En definitiva, todos los proletarios que levantan las barricadas en mayo de 37 son expresiones de la revolución.

Sin embargo, una lectura atenta puede percibir que el texto de Rebull, aunque choca con la dirección trazada por la CNT y el POUM, se plantea desde una visión táctica separada de lo programático. Al no exponer que la práctica colaboracionista realizada por la CNT y el POUM es secretada por el programa contrarrevolucionario al que se plegaron ambas organizaciones y, por tanto, no es una mera cuestión táctica, ni producto de «traiciones», ni de «falta de valentía», ni de «ir a remolque»... su texto crítico se presenta parcial. No profundiza en el programa político y los mecanismos internos que dominan en la CNT y el POUM que convierten a ambas organizaciones en meros instrumentos del Estado. Esto pesa negativamente en su análisis dándole un carácter muy inmediatista sobre la situación, centrándose y separando las cuestiones tácticas de las estratégicas (programáticas). De ahí que finalmente el texto en sí no plantea una ruptura programática.

A pesar de este límite, sus reflexiones acerca del arte de la insurrección, aplicado al momento en cuestión, son incluso más coherentes que las posiciones expresadas por Los Amigos de Durruti o por la Sección Bolchevique-Leninista. En lugar de reivindicar la confusa Junta Revolucionaria CNT-FAI-POUM, reivindica una verdadera dirección centralizada que emane de los distintos elementos que participan en la insurrección. Afirma que es desde las barricadas desde donde tiene que estructurarse la dirección del movimiento en contraposición al Estado republicano. Comités de barricada, que posteriormente contactan con los comités de barrio y de defensa ya existentes, impulsando una organización propia que tienda a organizar la insurrección proletaria sin ambigüedades. Claro que toda esta exposición está salpicada de concepciones leninistas. Por ejemplo al poner en primer lugar al centro de este proceso a los militantes del POUM. O al afirmar que la estructuración de los comités de barricada, de barrio y otras expresiones militantes del proletariado, sería el primer paso para crear un «auténtico partido bolchevique». Es evidente que su apología del papel asumido por

el partido bolchevique en 1917 es un producto de su fe en el mito bolchevique. Por la misma razón utiliza el desafortunado ejemplo de julio de 1917 para defender que el refrenamiento por parte de un partido revolucionario de una tentativa insurreccional del proletariado puede estar justificado por cuestiones tácticas, pero no era a su juicio aplicable para mayo del 37. Efectivamente, en julio de 1917 los bolcheviques son capaces de contener la insurrección, pero ese freno en absoluto favoreció al proletariado como afirma Rebull, sino que fue uno de los pocos apoyos que le sirvieron al gobierno de Kerensky para mantenerse en pie a duras penas. Los bolcheviques, igual que la CNT y el POUM, frenaron al proletariado insuflando fuerza al Estado. Incluso creemos no equivocarnos al afirmar que la comparación es además bastante desacertada, pues la justificación de ese accionar por parte de los bolcheviques es mucho más difícil de tragar que la de los segundos, pues los primeros, a diferencia de los segundos, se encontraban en pleno movimiento ascendente del proletariado. Pero estos matices y valor de las justificaciones no tienen importancia, lo importante y fundamental es comprender que en ambos casos la acción de esas organizaciones supuso que se colocaran del lado del Estado.

Para acabar, queremos insistir en que el texto de Rebull tiene una gran importancia para entender y profundizar en lo que se jugaba en mayo del 37, independientemente de los límites que hemos subrayado. Puede que no fuera capaz de trazar una ruptura programática con el POUM, pero se colocó en los acontecimientos y con sus reflexiones del lado de la revolución. Sólo hay que leer el texto para darse cuenta de la importancia que tienen una gran cantidad de temas que plantea y desarrolla, algunos de las cuales no hemos tenido espacio para subrayar en esta presentación.

LAS JORNADAS DE MAYO

Antecedentes

Desaparecido el segundo poder en su forma organizada, es decir, desaparecidos los órganos nacidos en julio en oposición al Gobierno burgués, la contrarrevolución, representada actualmente por los partidos pequeñoburgueses y reformistas, ha sucesivamente atacado —primero con cautela y después en forma agresiva— las posiciones revolucionarias del proletariado, principalmente en Cataluña, por ser la región en que más impulso había recibido la revolución.

La potencia de la clase trabajadora estaba neutralizada, en parte, ante estos ataques; por un lado, por la dictadura contrarrevolucionaria de los dirigentes de la UGT en Cataluña, y, por otro lado, por la colaboración de la CNT en los gobiernos burgueses de Valencia y de Barcelona.

No obstante este handicap, el proletariado ha ido convenciéndose —diferenciándose de sus dirigentes reformistas, colaboradores de la burguesía— de que únicamente su acción enérgica en la calle podía cortar los avances de la contrarrevolución. Los choques armados producidos en diversos lugares de Cataluña durante el mes de abril, fueron el preludio de los sucesos de mayo en Barcelona.

La lucha estaba planteada (y sigue planteada), en términos generales, entre la revolución y la contrarrevolución, en las siguientes condiciones, por lo que respecta a Cataluña:

Los sectores revolucionarios CNT-FAI y POUM contaban con la mayor parte del proletariado en armas, pero han carecido, desde

julio acá, de objetivos concretos y de una táctica eficaz. La revolución perdió por eso su iniciativa.

Los sectores contrarrevolucionarios PSUC-Esquerra, sin tener una base tan amplia —casi inexistente en julio—, han seguido, desde el primer momento, objetivos bien determinados y han llevado una táctica en consecuencia. Mientras la CNT —fuerza numéricamente decisiva— se ha ido enmarañando en el laberinto de las instituciones burguesas, hablando al mismo tiempo de nobleza y lealtad en el trato, sus adversarios y colaboradores han venido preparando cuidadosamente, y ejecutando por etapas, todo un plan de provocación y desprestigio, cuya primera fase era la eliminación del POUM. Tanto éste como la dirección de la CNT, ante estos ataques —primero solapados y después descaradamente al descubierto—, se han situado a la defensiva. Han permitido, pues, a la contrarrevolución, que tomara la ofensiva.

Es en estas condiciones que se producen los acontecimientos de mayo.

La lucha

La lucha iniciada el 3 de mayo fue provocada, episódicamente, por las fuerzas reaccionarias del PSUC-Esquerra, al tratar de apoderarse de la Telefónica en Barcelona. La parte más revolucionaria del proletariado respondió a la provocación tomando posesión de la calle y fortificándose en ella. La huelga se extendió como reguero de pólvora y con una amplitud absoluta.

A pesar de nacer decapitado, este movimiento no puede en manera alguna calificarse de «putsch». Se puede afirmar que casi todas las armas en manos de los obreros estuvieron presentes en las barricadas. El movimiento fue acogido, durante los dos primeros días, con simpatía por la clase obrera en general —prueba de

ello la amplitud, rapidez y unanimidad de la huelga—y sumió a la clase media en actitud de expectante neutralidad, influida, naturalmente, por el terror. Los obreros pusieron en juego toda su combatividad y entusiasmo, hasta constatar la falta de coordinación y objetivo final del movimiento, en cuyo momento cundió la vacilación y la desmoralización en varios sectores combatientes. Únicamente a base de estos factores psicológicos, puede comprenderse que los mismo obreros dejaran de llegar, contra las órdenes de sus dirigentes, hasta el mismo Palacio de la Generalidad, del cual estaban a pocos metros.

Al lado del Gobierno sólo se encontraban una parte de las fuerzas de Orden Público, los stalinistas, Estat Català, Esquerra —fuerzas estas últimas escasamente combativas—. Algunas compañías de Orden Público se declararon neutrales, negándose a luchar contra los obreros, y otras se dejaron desarmar. Las Patrullas de Control estuvieron en su aplastante mayoría al lado del proletariado.

No existió un centro director y coordinador por parte de las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, la ciudad quedó en tal forma en manos del proletariado que desde el martes podían hacerse perfectamente los enlaces entre los diferentes focos obreros. Únicamente alguno de estos quedó aislado; pero hubiese bastado una ofensiva concentrada sobre los centros oficiales para quedar, sin gran esfuerzo, la ciudad completamente en poder de los obreros.

La lucha se mantuvo, en general, a la expectativa por ambas partes. Las fuerzas del Gobierno por no contar con efectivos para llevar la iniciativa. Las fuerzas obreras por carecer de dirección y de objetivos.

Como factores ajenos a la ciudad y que podían de un momento a otro incorporarse a la lucha, estaban las fuerzas del frente, dispuestas a venir sobre la capital —fuerzas de los sectores revolucionarios que habían empezado ya por cortar el camino a la División

Carlos Marx— y las fuerzas que enviaba el Gobierno de Valencia, las cuales no tenían ciertamente la llegada muy segura. A partir del miércoles había frente a Barcelona varios buques franceses e ingleses, probablemente dispuestos para la intervención.

Las fuerzas proletarias fueron dueñas de la calle cuatro días y medio: del lunes tarde hasta el viernes. Los órganos de la CNT asignaron al movimiento la duración de un día—el martes. Los órganos del POUM le asignaron la duración de tres días. Es decir, cada uno hace terminar el movimiento coincidiendo con su respectiva orden de retirada. Pero, en realidad, los obreros se retiraron **después** de las órdenes, por falta de una dirección que les señalara una salida progresiva, y, sobre todo, ante la traición de los dirigentes confederales: unos, declarando patéticamente desde la radio; otros colaborando con Companys, según propia declaración de éste: «El Gobierno disponía de pocos medios de defensa, de muy pocos, y no porque no lo hubiera previsto, pero no podía remediarlo. A pesar de ello, ha contenido sin vacilaciones la subversión, con estas únicas fuerzas, asistidas por el fervor popular y con conversaciones iniciadas en la Generalidad con diferentes delegados sindicales, y con la asistencia de algunos delegados de Valencia, iniciándose el retorno a la normalidad (*Hoja Oficial*, 17 de mayo).

Tal fue, pues, en líneas generales, la insurrección de mayo.

Los dirigentes de la CNT

El proletariado llegó a este movimiento de una manera espontánea, instintiva, sin una dirección firme, sin objetivo positivo concreto para avanzar decisivamente. La CNT-FAI, al no explicar a la clase trabajadora claramente el significado de los hechos de abril, dejaron ya decapitado el movimiento al nacer.

No todos los dirigentes confederales estuvieron al principio contra el movimiento. Los Comités de la localidad de Barcelona no sólo lo apoyaron, sino que intentaron coordinarlo desde el punto de vista militar. Pero esto no podía hacerse sin tener previamente objetivos de carácter político a realizar. La duda y la vacilación de estos Comités se tradujeron, en la práctica, en una serie de instrucciones ambiguas y equívocas, término medio entre la voluntad de la base y la capitulación de los comités superiores.

Únicamente éstos —Comités Nacional y Regional— expresaron una decisión firme: la retirada. Esta retirada, ordenada sin condiciones, sin obtener el control del Orden Público, sin la garantía de batallones de Seguridad, sin órganos prácticos de frente obrero, y sin una explicación satisfactoria a la clase trabajadora, poniendo en el mismo saco a todos los elementos en lucha —revolucionarios y contrarrevolucionarios— queda como una de las mayores capitulaciones ante la burguesía y como una traición al movimiento obrero.

Dirigentes y dirigidos no habrán de tardar en tocar las graves consecuencias, si la formación del Frente Obrero Revolucionario no se lleva a la realidad.

La dirección del POUM

Fiel a su línea de conducta desde el 19 de julio, la dirección del POUM fue a remolque de los acontecimientos. A medida que éstos iban produciéndose, nuestros dirigentes iban suscribiéndolos, a pesar de no haber tomado parte ni arte ni en la declaración del movimiento ni en su encauzamiento ulterior. No puede titularse como encauzamiento la consigna —con retraso y en malas condiciones de difusión— de Comités de Defensa, sin decir ni una palabra acerca del papel antagónico de estos Comités frente a los Gobiernos burgueses.

Desde el punto de vista práctico, todo el mérito de la acción queda en favor de los comités inferiores y de la base del partido. La dirección no editó ni un solo manifiesto, ni una sola octavilla, en los primeros días, para orientar al proletariado en armas.

Cuando —lo mismo que los que luchaban en las barricadas— nuestros camaradas dirigentes se dieron cuenta de que el movimiento no iba concretamente a la consecución de ningún objetivo final, dio la orden de retirada. Después del curso de los acontecimientos, sin la decisión de dirigirlo desde el principio, y ante la capitulación de los dirigentes confederales, la orden de retirada tendía evidentemente a evitar la masacre.

Con todo y esta falta de orientación por parte de nuestros dirigentes, la reacción les presenta como directores e impulsores del movimiento. Es, desde luego, un honor que se les hace, del todo inmerecido, a pesar de que ellos lo rechacen apelando a que se trata de una calumnia.

El Frente Popular

Para todos aquellos que creían en el Frente Popular como la salvación de la clase trabajadora, este movimiento ha sido altamente aleccionador. Movimiento provocado precisamente por los componentes del FP y aprovechado por ellos para reforzar el aparato represivo de la burguesía, ha quedado como la prueba más contundente de que el FP es un frente contrarrevolucionario que, al impedir el aplastamiento del capitalismo —causa del fascismo— prepara el camino a éste, mientras reprime por otro lado todo intento de llevar la revolución hacia adelante.

La CNT, apolítica hasta el 19 de julio, cayó —al entrar en la arena política— en la trampa del Frente Popular, habiendo de costar esta desgraciada experiencia, nuevos ríos de sangre proletaria.

Para las posiciones políticas del POUM anteriores al 19 de julio, esta diferenciación brutal del FP, constituye un triunfo teórico, puesto que lo había previsto y prevenido.

Con respecto al stalinismo, por primera vez se ha desenmascarado como enemigo abierto de la revolución proletaria, habiéndose situado al otro lado de la barricada, luchando contra los obreros revolucionarios y en favor de la burguesía del FP, del cual es el stalinismo el creador y principal valedor.

En el futuro, la clase obrera no puede tener ya ninguna duda acerca del papel reservado al FP en cada país.

El peligro de intervención

El temor de ciertos sectores durante el movimiento de mayo sobre el peligro de intervención armada de parte de Inglaterra y Francia, indica una falta de comprensión del papel jugado hasta la fecha por dichas potencias.

La intervención anglo-francesa contra la revolución proletaria española ya existe desde hace meses, de forma más o menos encubierta. Esta intervención consiste en el dominio ejercido por dichos imperialismos, a través del stalinismo, sobre los gobiernos de Valencia y Barcelona; consiste en la reciente lucha —siempre a través del stalinismo— dentro del gobierno de Valencia, que terminó con la eliminación de Largo Caballero y de la CNT; consiste, en fin, en los acuerdos de «no-intervención» sólo observados y cumplidos cuando de favorecer al proletariado hispano se trata. La intervención abierta mediante envíos de buques de guerra y tropas de ocupación sólo cambiaría la forma de intervención. Esta intervención, abierta o encubierta, habrá que vencerla o nos vencerá.

Al igual que cualquiera revolución obrera, la nuestra no sólo tiene y tendrá necesidad de eliminar a nuestros explotadores nacio-

nales, sino también la ineludible de luchar por la derrota de toda tentativa intervencionista del capitalismo internacional. No puede haber revolución victoriosa sin afrontar y vencer este aspecto de la guerra. Pretender soslayarlo, equivale a renunciar a la victoria, pues nunca los imperialistas dejarán voluntariamente de tratar de intervenir en nuestra revolución.

Una justa política internacional por parte de los revolucionarios españoles puede despertar en nuestro favor al proletariado de aquellos países que quieran movilizarlo contra el proletariado español, e incluso revolverlo contra su propio gobierno. Tal es el ejemplo de la revolución rusa de 1917.

Discusión del movimiento

Planteado el movimiento espontáneamente, podían tomarse principalmente dos posiciones sobre la marcha:

a) Considerarlo como un movimiento de protesta, en cuyo caso había que señalar rápidamente un plazo corto y tomar las medidas en consecuencia para evitar sacrificios inútiles. En julio de 1917, los dirigentes bolcheviques se esforzaron en detener el movimiento prematuro del proletariado de la capital y no por eso mermó su prestigio, pues supieron justificar la resolución tomada.

b) Considerar el movimiento como decisivo para la conquista del Poder, en cuyo caso el POUM, en tanto que único partido marxista revolucionario, había de haberse puesto de una manera resuelta, firme, inquebrantable, a la dirección del movimiento para coordinarlo y dirigirlo. Para ello no bastaba, naturalmente, esperar encontrarse por casualidad constituido en Estado Mayor de la revolución, sino que era preciso actuar rápidamente, ampliar el frente de lucha, extenderlo por todo Cataluña, proclamar sin rodeos que el movimiento iba dirigido contra el Gobierno reformista, aclarar

desde el primer momento que los Comités de Defensa y su Comité Central debían constituirse sin dilación, constituirlos, fuese como fuese, para pasar a ser los órganos de poder frente al gobierno de la generalidad, y atacar sin demora los lugares estratégicos aprovechando las largas horas de desconcierto y de pánico que atravesaron nuestros adversarios.

Pero si el temor manifestado en la dirección del Partido a enfrentarse con los dirigentes confederales desde el comienzo — después era tarde—, es un caso de renuncia a costa del partido, es decir, contrario a las primeras medidas adoptadas al estallar el movimiento y contrario a la independencia política del POUM, la posible excusa de que el partido no estaba en condiciones de asumir la dirección no es menos contraria a los intereses del mismo, puesto que el POUM solamente podrá jugar el papel de verdadero partido bolchevique tomando la dirección y no precisamente declinando por «modestia» la orientación resuelta de los movimientos de la clase trabajadora. No es suficiente para el partido que se llama de la revolución estar al lado de los trabajadores en lucha, sino que es preciso situarse en vanguardia.

De no haber titubeado, de no haber esperado una vez más el criterio de los elementos trentistas de la dirección confederal, el POUM, aún en el caso de derrota, de persecución y de ilegalidad hubiese salido enormemente fortalecido de esta batalla.

El único grupo que intentó tomar una posición de vanguardia fue el de Los Amigos de Durruti, que sin adoptar consignas totalmente marxistas, tuvieron y tienen el indiscutible mérito de haber proclamado que luchaban —e invitaron a luchar— **contra el gobierno de la generalidad.**

Los resultados inmediatos de esta insurrección obrera representan una derrota para la clase trabajadora y un nuevo triunfo para la burguesía seudodemocrática. Pero una actuación más eficaz, más práctica en la dirección de nuestro partido, podría haber

resultado una victoria cuando menos parcial de los obreros. En el peor de los casos se podría haber organizado un Comité Central de Defensa, a base de las representaciones de las barricadas. Para esto hubiese bastado celebrar primero una asamblea de delegados de cada barricada del POUM y alguna que otra de la CNT-FAI, para nombrar un Comité Central provisional. Este Comité provisional, mediante un pequeño manifiesto podría haber luego convocado a una segunda reunión invitando a delegaciones de grupos que no estaban representados en la primera asamblea, a fin de establecer un organismo central de defensa. En el caso de haber estimado también una retirada, habría sido posible conservar este Comité Central de Defensa, como órgano embrionario del doble poder, es decir, como un Comité provisional del Frente Obrero Revolucionario, que mediante su democratización por medio de la creación de Comités de Defensa en los lugares de trabajo y en los cuarteles, habría podido continuar la lucha con más ventaja que ahora contra los gobiernos burgueses.

Pero no podemos excluir una variante infinitamente más favorable. Una vez constituido el Comité Central de Defensa, en la forma indicada, habría sido quizás posible la toma del Poder político. Las fuerzas burguesas —desmoralizadas y rodeadas en el centro de Barcelona— podrían haber sido vencidas mediante una ofensiva rápida y organizada.

Naturalmente, este poder proletario en Barcelona, habría repercutido en todo Cataluña y muchos lugares de España. Todas las fuerzas del capitalismo nacional e internacional se habrían apresado para destruirlo. Su destrucción habría sido inevitable, sin embargo, si no se hubiese fortalecido inmediatamente por los medios siguientes: a) la rápida resolución del POUM para actuar como vanguardia marxista revolucionaria, capaz de orientar y dirigir el nuevo poder en colaboración con los otros sectores activos de la insurrección; b) la organización del nuevo poder a base de los Conse-

jos de obreros, campesinos y combatientes, o lo que es lo mismo, a base de Comités de Defensa democráticamente constituidos y debidamente centralizados; c) la extensión de la revolución por toda España, mediante una rápida ofensiva en Aragón; d) la solidaridad de los obreros de los demás países. Sin estas condiciones la clase obrera catalana no habría podido mantenerse por mucho tiempo en el poder.

Digamos, para finalizar este apartado, que las hipótesis aquí formuladas tienden a aportar datos a la discusión general que las jornadas de mayo están destinadas a suscitar durante largo tiempo en los medios revolucionarios.

Conclusiones

1.- La clase obrera continúa en una situación defensiva en condiciones peores que antes de la insurrección de mayo. Podría haber iniciado su ofensiva en mayo, si la traición y la capitulación no hubiesen determinado una derrota parcial, que no significa una derrota definitiva para la actual Revolución. Los trabajadores poseen más armas que antes de las jornadas de mayo, y si no se dejan arrastrar a una lucha prematura por la provocación, podrán estar nuevamente en condiciones de tomar la ofensiva al cabo de unos meses.

2.- El no haber sabido tomar el poder en julio planteó una segunda insurrección: la de mayo. La derrota sufrida ahora, hace ineludible una nueva lucha armada ante la cual tenemos el deber de prepararnos. Mientras no sea derrocado el Estado burgués, contra el cual tenemos que dirigir nuestra lucha revolucionaria, la insurrección armada del proletariado continúa siendo una cosa del futuro.

3.- El movimiento de mayo ha demostrado el verdadero papel de los dirigentes anarcosindicalistas. Como todos los reformistas de todas las épocas han sido —consciente o inconscientemente— los instrumentos de la clase enemiga dentro de las filas obreras. La revolución en nuestro país sólo puede triunfar a través de la lucha simultánea contra la burguesía y contra los dirigentes reformistas de todos los matices, incluso CNT-FAI.

4.- Se ha visto que no existe un verdadero partido marxista de vanguardia en nuestra revolución y que queda todavía por forjarse este instrumento indispensable para la victoria definitiva. El partido de la revolución no puede tener una dirección vacilante y en continua expectativa, sino una dirección firmemente convencida de que hay que ir delante de la clase obrera, orientarla, impulsarla, vencer con ella. No puede situarse solamente a base de los hechos consumados, sino que debe tener una línea política revolucionaria que sirva de base a su acción e impida las adaptaciones oportunistas y las capitulaciones. No puede basar su acción en el empirismo y la improvisación, sino que debe utilizar en su favor los principios de la técnica y organización modernas. No puede permitirse las más leves ligerezas en la cima, porque éstas se proyectan dolorosamente amplificadas en la base, siendo el germen de la indisciplina, de la falta de abnegación, de la pérdida de fe en los menos fuertes en el triunfo de la revolución proletaria.

5.- Queda demostrada una vez más, la necesidad ineludible del Frente Obrero Revolucionario, que sólo puede constituirse a base de una lucha a fondo contra la burguesía y su Estado simultáneamente a la lucha contra el fascismo en los frentes. Si las direcciones de las organizaciones obreras revolucionarias no aceptan dichas bases —que ciertamente pugna con su actuación de julio acá— entonces deberá promoverse la formación mediante la presión desde abajo.

6.- Ninguna de las lecciones aprendidas podrá ser útil, si el proletariado, y sobre todo el Partido marxista revolucionario, no se entrega a un intenso trabajo práctico de agitación y organización. Hasta la misma lucha contra las amenazas y restricciones de la clandestinidad requiere una actividad incansable si no queremos ser aplastados irremediablemente. El criterio de que el Partido no será sumido en la clandestinidad solamente puede admitirse como el propósito de una nueva adaptación y una nueva renuncia a la lucha revolucionaria en estos momentos, quizás decisivos.

III
PLOMO, METRALLA,
CÁRCEL

BILAN

B I L A N

Bulletin théorique mensuel de la
Fraction italienne de la Gauche communiste

N° 41

Plomb, Mitraille, Prison : **Ainsi répond le Front Populaire aux ouvriers** **de Barcelone osant résister à l'attaque capitaliste**

PROLETAIRES!

Le 19 juillet 1936, les prolétaires de Barcelone, **AVEC LEURS POINGS NUS**, écrasèrent l'attaque des bataillons de Franco, **ARMES JUSQU'AUX DENTS**.

Le 4 mai 1937, ces mêmes prolétaires, **MUNIS D'ARMES**, laissent sur le pavé bien plus de victimes qu'en juillet, lorsqu'ils doivent repousser Franco et c'est le gouvernement antifasciste — comprenant jusqu'aux anarchistes et dont le **POUM** est indirectement solidaire — qui déchaîne la racaille des forces répressives contre les ouvriers.

Le 19 juillet, les prolétaires de Barcelone sont une force invincible. Leur lutte de classe, affranchie des liens de l'Etat bourgeois, se répercute au sein des régiments de Franco, les désagrège et réveille l'instinct de classe des soldats: c'est la greve qui enrayer fusils et canons de Franco et qui brise son offensive.

L'histoire n'enregistre que des intervalles fugitifs au cours desquels le prolétariat peut acquérir son autonomie entière vis-à-vis de l'Etat capitaliste. Quelques jours après le 19 juillet, le prolétariat catalan arrive à la croisée des chemins: ou bien il entrait dans la **PHASE SUPERIEURE** de sa lutte en vue de la destruction de l'Etat bourgeois ou bien le Capitalisme reconstituait les mailles de son appareil de domination. A ce stade de la lutte où l'instinct de classe ne suffit plus et où la **CONSCIENCE** devient le facteur décisif, le prolétariat ne peut vaincre que s'il dispose du capital théorique accumulé patiemment et avec acharnement par ses fractions de gauche érigées en partis sous l'explosion des événements. Si, aujourd'hui, le prolétariat espagnol vit une aussi sombre tragédie, c'est dû à son immaturité à forger son parti de classe: le cerveau qui, **SEUL**, peut lui donner force de vie.

En Catalogne, dès le 19 juillet, les ouvriers créent spontanément, sur leur terrain de classe, les organes autonomes de leur lutte. Mais, immédiatement, surgit l'angoissant dilemme: ou engager à fond la **BATAILLE POLITIQUE** pour la destruction totale de l'Etat capitaliste et parachever ainsi les succès économiques et militaires, ou bien laisser debout la machine oppressive de l'ennemi et lui permettre alors de dénaturer et de liquider les conquêtes ouvrières.

Les classes luttent avec les moyens qui leur sont imposés par les situations et le degré de tension sociale. En face d'un incendie de classe, le Capitalisme ne peut même pas songer à recourir aux méthodes classiques de la légalité. Ce qui le me-

PRESENTACIÓN

El presente texto fue publicado en junio de 1937 en el número 41 de la revista *Bilan* de la Fracción de la izquierda italiana. Este grupo internacionalista pertenece a ese conjunto de expresiones organizadas del proletariado que vivieron durante el periodo 1920-1940 y que se conocen comúnmente como *Izquierda Comunista*. Nombre inadecuado por diversas cuestiones que no es el lugar de abordar. Es imprescindible subrayar la importancia de todas estas expresiones organizativas, que con sus diferentes límites y no rupturas con ciertas ideologías, se inscriben en la historia de la lucha de clases como un factor fundamental en el proceso de constitución del proletariado en fuerza revolucionaria. El ocultamiento de su historia, de sus posiciones, responde a la necesidad por parte del capital y toda su falsa oposición de destruir las organizaciones del proletariado y en especial las que mayor amenaza representan. La historia de estas expresiones es parte del proceso del proletariado delimitando su terreno de clase y contraponiéndose a sus enemigos, especialmente a los que se infiltran en su barricada.

La férrea defensa del comunismo denunciando el carácter capitalista de la URSS, luchando en los inicios de la III internacional contra su transformación en una herramienta de los intereses imperialistas de dicho país, contraponiéndose a los frentes populares, al parlamentarismo, al centrismo, al troskismo, denunciando el carácter burgués del fascismo y del antifascismo... marcan la vida de estas organizaciones con mayor o menor profundidad.

Dentro de todas estas expresiones la Fracción de la izquierda italiana jugó un papel importante, pese a no desprenderse de un fuerte peso leninista que arrastraba desde sus orígenes y con el que nunca fue capaz de romper en su totalidad, quedando prisionera de la influencia de esta ideología, razón que oscurece la aportación que este grupo hará a la historia de la lucha de clases. Efectivamen-

te, pese a que esta organización va delimitándose cada vez más frente a muchas de las ideologías del enemigo (como por ejemplo con el troskismo, al que crítica al principio de forma parcial para más adelante delimitar claramente su contraposición a éste), no conseguirá deshacerse por completo de algunos de los límites que arrastró desde sus inicios. Así por ejemplo, su posición respecto al sindicalismo, las ambigüedades sobre el Estado y el partido, o su concepción sobre cómo se constituye la dirección revolucionaria, y toda una serie de cuestiones importantes de la revolución, reflejan su incompleta ruptura con el leninismo. Claro que esta terrible debilidad no puede ocultar uno de los análisis más profundos que se hicieron de la economía rusa y su continuidad capitalista, poniendo en primer plano, no a la burocracia, como los trotskistas o los consejistas, sino las relaciones de producción, poniendo de relieve la no destrucción del valor, la continuidad capitalista en la URSS. Su crítica al gestionismo, así como al antifascismo, son sin duda los legados más importantes que conviene tener siempre presentes y que posibilitaron a esta organización ser una de las que con mayor claridad vio el desarrollo de los acontecimientos en España durante el 36-39.

El documento sobre mayo del 37 que presentamos tiene un gran valor precisamente por la claridad con la que defienden a contracorriente las posiciones revolucionarias en pleno desarrollo de la guerra en España. La defensa de estas posiciones no se concretará sin embargo, sin una fuerte polémica interna. Entre su militancia se enfrentarán quienes querían ir a España para alistarse en las milicias del POUM y de la CNT pues allí veían el futuro de la revolución social internacional (la minoría), y quienes se oponían a ello (la mayoría). La polémica fue virulenta y publicada en *Bilan* y *Prometeo*. La minoría emprendía el camino hacia la escisión rompiendo toda disciplina orgánica y partiendo hacia Barcelona para enrolarse en las milicias, constituyéndose en sección autónoma. La mayoría trató de agotar hasta el final la polémica para delimitar

al máximo las posiciones hasta que excluyó a la minoría tras calificarla como «un reflejo del Frente Popular en el seno de la Fracción». Los miembros de la minoría estuvieron en España hasta que a principios de 1937 las milicias fueron militarizadas e integradas formalmente en el Estado.

Pasados dos meses, pocos días después de que el delegado de la Fracción italiana en España, Aldo Lecci, regresara a Francia, se desencadenarían las jornadas de mayo. La fracción comprobó en estos trágicos sucesos la confirmación de todo su análisis. Inmediatamente publicó el texto que presentamos difundiendo rápidamente en Francia, Bélgica e Italia e incluyéndolo en el nº41 de *Bilan* de mayo-junio del 37.

En el texto podemos comprobar la claridad con la que desde *Bilan* se posicionan contra el Frente Popular, categorizan la actuación de las alas radicales de ese frente, el POUM y la CNT, como parte del Estado burgués, definen como parte del Estado burgués no sólo los órganos más claros de la burguesía como la Generalitat, sino órganos más encubiertos como «el Comité de Milicias, las industrias socializadas o los sindicatos obreros gerentes de los sectores esenciales de la economía». Sin duda alguna todas las enseñanzas que rescata *Bilan* de la lucha en Barcelona son de una relevancia fundamental para el proletariado mundial en la lucha por la abolición del capitalismo. No podemos estar de acuerdo con lo que *Bilan* afirma en el texto respecto al partido, nefasta influencia leninista. Evidentemente tampoco podemos asimilar el anarquismo a la ideología y práctica social de la CNT ni con un supuesto ideal, tal y como hace *Bilan* lo que le induce a afirmar su hundimiento en España. En esto la fracción italiana hace lo mismo que muchos otros compañeros respecto al comunismo, asociarlo a la contrarrevolución. Precisamente fue la contrarrevolución escondida bajo la bandera de la anarquía y del comunismo la que aplastó al movimiento revolucionario del proletariado, único portador del comunismo, de

la anarquía. Sin embargo, *Bilan* no deja de expresar en el texto una defensa a ultranza de la revolución y la más clara denuncia y delimitación de los enemigos declarados y encubiertos.



Proletarios asesinados tras las jornadas de mayo por la contrarrevolución

PLOMO, METRALLA, CÁRCEL...

... Esa es la respuesta del Frente Popular a los obreros de Barcelona que han osado resistir el ataque capitalista.

¡PROLETARIOS!

El 19 de julio los proletarios de Barcelona, con sólo sus puños desnudos, aplastaron el ataque de los batallones de Franco, armados hasta los dientes.

Ahora, en las jornadas de mayo de 1937, cuando sobre los adoquines han caído muchas más víctimas que cuando en julio rechazaron a Franco, ha sido el gobierno antifascista—incluyendo hasta los anarquistas y del que el POUM es indirectamente solidario—quien ha desencadenado la chusma de las fuerzas represivas contra los trabajadores.

El 19 de julio, los proletarios de Barcelona son una fuerza invencible. Su lucha de clase, liberada de las ataduras del Estado burgués, encuentra eco en los regimientos de Franco, los desagrega y despierta el instinto de clase de los soldados: es la huelga la que encasquilla los fusiles y cañones de Franco y rompe su ofensiva.

La historia sólo registra intervalos fugaces durante los cuales el proletariado puede adquirir su total autonomía respecto al Estado capitalista. Pocos días después del 19 de julio, el proletariado catalán llega a la encrucijada: o se decide por entrar en la fase superior de su lucha con la finalidad de destruir el Estado burgués, o permite que el capitalismo reconstituya las mallas de su aparato de dominación. En ese preciso momento de la lucha, cuando el instinto de clase ya no es suficiente y en el que la conciencia se transforma en factor decisivo, el proletariado no puede vencer sino a condición de disponer del capital teórico, paciente y encarnizadamente acu-

mulado por sus fracciones de izquierda, transformadas en partidos por la fuerza de los acontecimientos.

Si hoy en día el proletariado español vive sumergido en tal tragedia, la causa es su falta de madurez para forjar su partido de clase: el único cerebro que le puede dar la fuerza de vivir.

En Cataluña, desde el 19 de julio, los obreros crean de modo espontáneo, en su propio terreno de clase, los órganos autónomos de su lucha pero, inmediatamente, surge el angustioso dilema: comprometerse a fondo en la batalla política para la destrucción del Estado capitalista y completar de ese modo los éxitos económicos y militares, o dejar en pie la máquina opresora del enemigo y permitirle, entonces, desnaturalizar y liquidar las conquistas obreras.

Las clases luchan con los medios que les vienen impuestos por las situaciones y el grado de tensión social. Ante un incendio de clase, el capitalismo no puede ni siquiera pensar en recurrir a los métodos clásicos de la legalidad. Lo que lo amenaza es la independencia de la lucha proletaria que condiciona la otra etapa revolucionaria hacia la abolición de la dominación burguesa. Por consiguiente, el capitalismo debe rehacer la malla de su control sobre los explotados. Los hilos de esa malla que antes eran la magistratura, la policía, las prisiones, se transforman, en la situación extrema de Barcelona, en los Comités de Milicias, las industrias socializadas, los sindicatos obreros gerentes de los sectores esenciales de la economía, etc.

Así, en España, la Historia plantea nuevamente el problema que, en Italia y en Alemania, había sido resuelto mediante el aplastamiento del proletariado: los obreros conservan para su clase los instrumentos que se han creado en el ardor de la lucha, a condición que los orienten contra el Estado burgués. Los obreros están armando a sus futuros verdugos si, faltándoles la fuerza para destruir al enemigo, se dejan entrapar nuevamente en la red de su dominación.

La milicia obrera del 19 de julio es un organismo proletario. La «milicia proletaria» de la semana siguiente es un organismo capitalista adaptado a la situación del momento. Y para realizar su plan contrarrevolucionario, la burguesía puede contar con los Centristas, los Socialistas, la CNT, la FAI, el POUM, ya que todos hacen creer a los obreros que el Estado cambia de naturaleza cuando el personal que lo dirige cambia de color. Disimulado en los pliegues de la bandera roja, el capitalismo afila pacientemente la espada de la represión que, el 4 de mayo, está ya preparada por todas las fuerzas que, el 19 de julio, habían roto el espinazo de clase del proletariado español.

El hijo de Noske y de la Constitución de Weimar es Hitler; Mussolini es el hijo de Giolitti y del «control de la producción»; el hijo del frente antifascista español, de las «socializaciones», de las «milicias proletarias», es la matanza de Barcelona del 4 de mayo de 1937.

Y, solo, el proletariado ruso replicó a la caída del zarismo con el octubre de 1917, porque solo logró construir su partido de clase a través del trabajo de las fracciones de izquierda.

¡PROLETARIOS!

Fue a la sombra de un gobierno del Frente Popular como Franco pudo preparar su ataque. Fue a través del camino de la conciliación como Barrios intentó formar, el 19 de julio, un ministerio que pudiera realizar el programa conjunto del capitalismo español, bajo la dirección de Franco o bajo la dirección mixta de la derecha y la izquierda fraternalmente unidas. Pero la revuelta obrera de Barcelona, de Madrid, de Asturias, obligó al capitalismo a desdoblarse su Ministerio, a distinguir claramente las funciones unidas por la indisoluble solidaridad de clase, entre el agente republicano y el agente militar.

Allí donde Franco no logró imponer su victoria inmediata, el capitalismo llama a los obreros para que le sigan en «la lucha contra el fascismo».

Sangrienta emboscada que los obreros han pagado con millares de cadáveres al creer que, bajo la dirección del gobierno republicano, podrían aplastar al hijo legítimo del capitalismo: el fascismo. Partieron hacia los collados de Aragón, las montañas del Guadarrama y de Asturias, para luchar en favor de la victoria de la guerra antifascista.

Todavía una vez más, como en 1914, la hecatombe del proletariado es el camino por el que la Historia subraya en caracteres sangrientos la oposición irreductible entre Burguesía y Proletariado.

¿Fueron los frentes militares una necesidad impuesta por las situaciones? ¡No!

¡Fueron una necesidad para el capitalismo con la finalidad de sitiar y destruir a los obreros! El 4 de mayo de 1937 es la prueba evidente de que, después del 19 de julio, el proletariado tenía que combatir contra Companys y Giral, al igual que contra Franco. Los frentes militares no podían sino cavar la tumba de los trabajadores porque representan los frentes de la guerra del capitalismo contra el proletariado. Contra esa guerra, los proletarios españoles, al igual que sus hermanos rusos que les dieron el ejemplo de 1917, sólo podían replicar desarrollando el derrotismo revolucionario en los dos campos de la burguesía; el republicano y el «fascista». Transformando la guerra imperialista en guerra civil con la finalidad de lograr la destrucción total del Estado burgués.

La fracción italiana de izquierda ha estado apoyada únicamente, en su trágico aislamiento, por la corriente solidaria de la Liga de los Comunistas Internacionalistas de Bélgica, que acaba de fundar la fracción belga de la izquierda comunista internacional. Sólo esas dos corrientes han dado la alarma mientras que se proclamaba,

por todas partes, la necesidad de salvaguardar las conquistas de la Revolución, de vencer a Franco para mejor derrotar a Largo Caballero en una segunda etapa.

Los últimos sucesos de Barcelona confirman trágicamente nuestra tesis inicial y demuestran la crueldad, sólo igual a la de Franco, con la que el Frente Popular, flanqueado por los anarquistas y el POUM, se ha abatido sobre los obreros insurrectos del 4 de mayo.

Las vicisitudes de las batallas militares han sido otras tantas ocasiones por parte del Gobierno republicano para reforzar su dominio sobre la clase oprimida. No habiendo una política proletaria de derrotismo revolucionario, tanto los éxitos como las derrotas militares del ejército republicano han sido únicamente las etapas de la sangrienta derrota de clase de los obreros. En Badajoz, en Irún, en San Sebastián,... la República del Frente Popular aporta su contribución a la matanza concertada del proletariado, al mismo tiempo que aprieta las filas de la Unión Sagrada, ya que es necesario un ejército disciplinado y centralizado para ganar la guerra antifascista. La resistencia de Madrid facilita, por el contrario, la ofensiva del Frente Popular capaz ahora de deshacerse de su criado del día anterior, el POUM, para mejor preparar el ataque del 4 de mayo.

De manera paralela, en todos los países, la guerra de exterminio llevada a cabo por el capitalismo español, alimenta la represión burguesa internacional, y los asesinatos fascistas y «antifascistas» de España acompañan a los asesinatos de Moscú y de Clichy. También los traidores reúnen a los obreros de Bruselas alrededor del capitalismo democrático, sobre el ara sangrienta del antifascismo, en el momento de las elecciones del 11 de abril de 1937.

«Armas para España»: ese ha sido el principal eslogan que ha resonado en los oídos de los proletarios. Armas que han disparado contra sus hermanos de Barcelona. La Rusia Soviética, al colaborar en el aprovisionamiento de armas para la guerra antifascista, tam-

bién ha servido al entramado capitalista para la reciente carnicería. A las órdenes de Stalin, el cual despliega su rabia anticomunista el 3 de marzo, el PSUC de Cataluña toma la iniciativa de la matanza.

Otra vez todavía, como en 1914, los obreros se sirven de las armas para matarse los unos a los otros, en vez de utilizarlas para la destrucción del régimen de opresión capitalista.

¡PROLETARIOS!

Los obreros de Barcelona han tomado nuevamente, el 4 de mayo de 1937, el camino que iniciaron el 19 de julio, y del que el capitalismo los había podido separar apoyándose en las múltiples fuerzas del Frente Popular. Provocando la huelga por todos lados, incluso en los sectores presentados como «conquistas de la revolución», se han enfrentado contra el bloque republicano-fascista del capitalismo. Y el gobierno republicano ha respondido con el mismo salvajismo con el que actuó Franco en Badajoz e Irún. Si el Gobierno de Salamanca no ha explotado esta conmoción del frente de Aragón para impulsar un ataque es porque ha intuido que su cómplice de izquierda ejecutaba admirablemente su papel de verdugo del proletariado.

Agotado por diez meses de guerra, de colaboración de clase, de la CNT, de la FAI, del POUM, el proletariado catalán acaba de sufrir una terrible derrota. Pero esa derrota también es una etapa con vistas a la victoria de mañana, un momento de su emancipación, porque significa el acta de defunción de todas las ideologías que habían permitido al capitalismo la preservación de su dominio, a pesar del sobresalto enorme del 19 de julio.

¡No! Los proletarios caídos el 4 de mayo no pueden ser reivindicados por ninguna de las corrientes que, el 19 de julio, los impulsaron fuera de su terreno de clase para precipitarlos en el abismo del antifascismo.

Los proletarios caídos pertenecen al Proletariado y sólo al Proletariado. Representan las membranas del cerebro de la clase obrera mundial, del partido de clase de la revolución comunista.

Los obreros del mundo entero se inclinan ante todos los muertos y reivindican sus cadáveres contra todos los traidores, tanto los de ayer como los de hoy. El proletariado del mundo entero saluda a Berneri como uno de los suyos y su inmolación en aras del ideal anarquista es, asimismo, una protesta contra una escuela política que se ha derrumbado durante los acontecimientos de España.

¡Porque es bajo la dirección de un gobierno con participación anarquista, cuando la policía ha repetido en el cuerpo de Berneri la hazaña que Mussolini logró en el cuerpo de Matteotti!

La carnicería de Barcelona es el signo precursor de represiones todavía más sanguinarias contra los obreros de España y del mundo entero. Pero también es el signo precursor de las tempestades sociales que, mañana, se desatarán contra el mundo capitalista.

El capitalismo, en sólo diez meses, ha tenido que agotar los recursos políticos con los que contaba para dedicarse a demoler al proletariado, poniendo obstáculos al trabajo que éste cumplía para fundar su partido de clase, arma para su propia emancipación y para la construcción de la sociedad comunista. Centrismo¹ y Anarquismo, uniéndose a la Socialdemocracia, han alcanzado el término de su evolución en España, del mismo modo en que la guerra redujo al estado de cadáver a la Segunda Internacional, después de 1914.

En España, el capitalismo ha provocado una guerra de dimensiones internacionales: la guerra entre fascismo y antifascismo

1. *Bilan* utiliza el término «centristas» para referirse a los estalinistas. Nosotros creemos que es más correcto ver el centrismo en el POUM o en la CNT y no en el estalinismo, que era claramente un partido burgués para los obreros. [Nota de la editorial].

que, a través de la forma extrema de la lucha armada, anuncia una tensión aguda de las relaciones de clases en la arena internacional.

Los muertos de Barcelona desbrozan el terreno para la construcción del partido de la clase obrera. Todas las fuerzas políticas que han llamado a los obreros a la lucha en favor de la revolución comprometiéndolos en una guerra capitalista, todas sin excepción han cambiado de trinchera, y ante los obreros del mundo entero se abre el horizonte luminoso en el que los obreros de Barcelona han escrito, con su propia sangre, la lección de clase ya trazada por la sangre de los muertos de 1914-1918: la lucha de los obreros es proletaria sólo a condición de dirigirse contra el capitalismo y su Estado; sirve los intereses del enemigo si no se dirige contra éste a cada momento, en todos los campos, en todos los organismos proletarios que las situaciones hacen nacer.

El proletariado mundial luchará contra el capitalismo incluso cuando éste pase a la etapa de represión de sus criados de ayer. Porque es la clase obrera, y jamás su enemigo de clase, quien tiene la responsabilidad de ajustar cuentas a los que han expresado un momento de su lucha para la emancipación de la esclavitud capitalista.

La batalla infernal que el capitalismo español ha iniciado contra el proletariado abre un nuevo capítulo internacional de la vida de las fracciones de todos los países. El proletariado mundial, que debe continuar su lucha contra los «constructores» de Internacionales artificiales, sabe que sólo puede fundar la Internacional proletaria a través de la conmoción mundial de la relación de clases que abra el camino de la Revolución comunista, y únicamente de esta manera. Ante el frente de la guerra de España, que anuncia la aparición de tormentas revolucionarias en otros países, el proletariado mundial siente que ha llegado el momento de anudar los primeros lazos internacionales de las fracciones de la izquierda comunista.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES!

¡Vuestra clase es invencible; significa el motor de la evolución histórica: la prueba la constituyen los acontecimientos de España, ya que es vuestra clase, únicamente, la que representa el centro neurálgico de una lucha que convulsiona el mundo entero!

¡No debe ser la derrota la que os descorazone: de esa derrota sacaréis las enseñanzas para vuestra victoria de mañana!

¡Apoyaos en vuestras bases de clase, reconstruid vuestra unidad de clase más allá de las fronteras, contra todas las mistificaciones del enemigo capitalista! ¡En pie para la lucha revolucionaria en todos los países!

¡Vivan los proletarios de Barcelona que han girado una nueva página sangrienta en el libro de la Revolución Mundial! ¡Adelante, para la construcción del Buró Internacional de las fracciones para la promoción de la formación de fracciones de izquierda en todos los países!

¡Levantemos el estandarte de la Revolución Comunista, que los verdugos fascistas y antifascistas no puedan impedir a los proletarios vencidos que los transmitan a sus herederos de clase!

¡Seamos dignos de nuestros compañeros caídos!

¡Viva la Revolución Comunista en el mundo entero!

LA FRACCIÓN BELGA E ITALIANA DE LA
IZQUIERDA COMUNISTA INTERNACIONAL

Mayo 1937

IV
LAS BARRICADAS DEBEN
SER RETIRADAS:
EL FASCISMO DE MOSCÚ
EN ESPAÑA

PAUL MATTICK

INTERNATIONAL

COUNCIL

CORRESPONDENCE

For Theory and Discussion

CONTENTS:

Much Ado About Nothing

The Future of the C. I. O.

“The Barricades Must Be Torn Down”

Moscow-Fascism in Spain

Control of Markets and World Capitalism

Racketeering - A Phase of Class Conflict

Vol. III

Nos. 7 & 8

AUGUST 1937

\$2.00 YEARLY

10c A COPY

PRESENTACIÓN

Paul Matick es el autor del artículo que reproducimos a continuación, publicado en agosto de 1937 en el número 7-8 de la revista *International Council Correspondence*. El autor fue militante del KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania) y de la AAU (Unión General de los Trabajadores de Alemania). Estas valiosas organizaciones, que se irán perfilando en el «trienio revolucionario» en Alemania (1918-1921) formaron parte de lo que se conoce como *Izquierda Comunista*, de la que ya hemos dicho algunas cosas en la presentación anterior.

Años más tarde, Mattick se convirtió en uno de los personajes más influyentes del consejismo. No es éste el lugar para extenderse sobre la ideología consejista, pero sí queremos apuntar meramente que consideramos que el consejismo lleva a las profundas e importantes rupturas y posiciones que consiguieron realizar diversas expresiones revolucionarias a dar marcha atrás, a apartarse del profundo contenido al que llegaron y subir a lo superficial. De ahí que la ideología consejista vea en las formas organizativas la cuestión primordial de la revolución. Al partido de Lenin opone el consejo obrero. Cada cual pontifica a su Dios y en ese juego formalista el contenido de la revolución se difumina. Claro que eso no impide valorar el aporte que supusieron muchas de esas expresiones a la lucha proletaria, ni tampoco implica desconocer que otros tantos grupos denominados consejistas no sucumbieron a ese límite formalista.

Pero por encima de todas estas consideraciones el texto de Mattick que presentamos tiene una importancia incuestionable. Realizado poco después de conocer los sucesos, el autor delimita muy bien, de forma breve e incisiva, los campos del capital y del proletariado revolucionario. Aunque a lo largo del texto abusa de la utilización del término «fascismo», no tiene ni el más mínimo

asomo de duda de que el antifascismo es un instrumento ideológico al servicio del Estado capitalista para hacer creer al proletariado que hay un capitalismo malo, «el fascista», y un capitalismo menos malo, «el demócrata», cuando en realidad son dos formas de materialización de la democracia social capitalista, igual de criminales y explotadoras. Lo mismo sucede con el capitalismo de la Unión Soviética que él llama «capitalismo de Estado», utilizando las propias palabras de Lenin, a la cual define sin vacilación como una potencia capitalista más.

Por consiguiente, Mattick comprende que los proletarios que luchan en la guerra de España nada tienen que esperar de ninguna de las diversas facciones capitalistas agrupadas bajo las banderas fascistas o antifascistas, excepto la metralla, el hambre y el látigo. Para él, el Frente Popular no es más que la materialización de una facción burguesa capitalista que bajo la ideología antifascista busca controlar y explotar a los proletarios y aniquilar a los revolucionarios.

Precisamente se detiene en desarrollar la crítica a la losa que representan las ideologías que encuadran al proletariado, que hacen ver el abandono de la revolución como una desviación provocada por las circunstancias y fomentan el nefasto sendero del apoyo crítico. Coloca a la CNT y su ideología antifascista y sindicalista como responsables en la promoción de la confusión del proletariado, como los que exigen —porque son los únicos capacitados— colaborar con la contrarrevolución, con sus verdugos.

Quizás el autor no define claramente a la CNT como parte del Estado y que como tal pretende defender su posición dentro de él. No se trata simplemente de que la CNT actúe de forma contrarrevolucionaria para sobrevivir como organización, sino que sobretodo es el resultado del programa contrarrevolucionario que se impone en esa organización. Mattick deja claro, al margen de la verdadera naturaleza de CNT, que el proletariado es desarma-

do ideológicamente, es derrotado totalmente y enviado hacia una masacre inútil, gracias a su injustificada fe en la CNT. Gracias a ella y las restantes fuerzas socialdemócratas, el capital logra imponer la polarización entre fascismo y antifascismo enterrando la verdadera polarización proletariado-burguesía. Precisamente, tal y como se afirma en el texto, esa verdadera polarización contraponía al proletariado tanto a los «demócratas», como a los «fascistas» y a los «leninistas». Las jornadas de mayo demostraron que en caso de que el proletariado afirme su autonomía contra todos, todos se unirán fraternalmente en la causa de destruirlo. No habría diferencias entre la Alemania nazi y la Inglaterra demócrata, entre el gobierno fascista italiano y el del Frente Popular francés, entre el capitalismo de estado soviético o el libre mercado capitalista norteamericano.

" THE BARRICADES MUST BE TORN DOWN "
Moscow-Fascism in Spain

On May 7, 1937, the CNT-FAI of Barcelona broadcast the following order: " The barricades must be torn down! The hours of crisis have passed. Calm must be established. But rumors are circulating throughout the city, contradicting the reports of a return to normality such as we are now issuing. The barricades are a contributing factor to this confusion. We don't need the barricades now that fighting has stopped. The barricades serve no purpose now, and their continued existence might give the impression that we wish to return to the previous state of affairs--and that is not true. Comrades, let us cooperate for the re-establishment of a completely normal civil life. Everything that hinders such a return must disappear."

And then began the normal life, that is, the terror of the Moscow-Fascists, Murder and imprisonment of revolutionary workers. The disarming of the revolutionary forces, the silencing of their papers, their radio stations, the elimination of all positions

LAS BARRICADAS DEBEN SER RETIRADAS: EL FASCISMO DE MOSCÚ EN ESPAÑA

El 7 de mayo de 1937 la CNT-FAI de Barcelona emitía la siguiente orden: ¡Las barricadas deben ser retiradas! Las horas de crisis han pasado. Hay que restablecer la calma. Pero están circulando rumores por la ciudad que contradicen los informes de una vuelta a la normalidad como la que ahora estamos ordenando. Las barricadas están contribuyendo a esa confusión. Ya no necesitamos las barricadas ahora que la lucha ha acabado. Las barricadas no tienen objeto ahora, y la continuación de su existencia puede dar la impresión de que deseamos volver al anterior estado de cosas —y eso no es verdad—. Camaradas, cooperemos en el total restablecimiento de la vida civil normal. Todo lo que la impide volver a la normalidad debe desaparecer.»

Y entonces comenzó la vida normal, es decir, el terror de los fascistas de Moscú. El asesinato y el apresamiento de los obreros revolucionarios. El desarme de las fuerzas revolucionarias, el silenciamiento de sus periódicos, emisoras, la eliminación de todos los puestos que habían alcanzado con anterioridad. La contrarrevolución triunfaba en Cataluña, donde, como aseguraban a menudo los líderes anarquistas y del POUM, se avanzaba hacia el Socialismo. Las fuerzas contrarrevolucionarias del Frente Popular fueron bien acogidas por los líderes anarquistas. Las víctimas aclamaban a sus verdugos. «Cuando hubo un intento de hallar una solución y restablecer el orden en Barcelona», leímos en un boletín de la CNT, «la CNT y la FAI fueron las primeras en ofrecer su colaboración, fueron las primeras en pedir el alto el fuego e intentar la pacificación de Barcelona. Cuando el Gobierno Central asumió el orden público, la CNT estuvo entre las primeras organizaciones que pusieron a disposición de los representantes del orden público todas las fuerzas bajo su control. Cuando el Gobierno Central decidió enviar fuerzas

armadas a Barcelona con el fin de controlar las fuerzas políticas que no obedecían a las autoridades públicas, la CNT fue una vez más la única en ordenar a todos los distritos facilitar el paso de aquellas fuerzas, para que pudieran llegar a Barcelona y restablecer el orden».

Sí, la CNT ha hecho todo lo posible para ayudar a la contrarrevolución del Gobierno de Valencia en Barcelona. Los obreros detenidos pueden agradecer a sus líderes anarquistas su apresamiento, que conduce a los pelotones de fusilamiento de los fascistas de Moscú. Los obreros muertos son apartados de en medio junto con las barricadas; son silenciados para que sus líderes puedan continuar hablando. ¡Qué excitación por parte de los neo-bolcheviques! «Moscú ha asesinado a trabajadores revolucionarios», gritaron. «Por primera vez en su historia, la Tercera Internacional está disparando desde el otro lado de las barricadas. Antes, solamente había traicionado la causa, pero ahora está combatiendo abiertamente contra el comunismo». ¿Y qué esperaban de la Rusia capitalista de Estado y de su Legión Extranjera estos airados vocingleros? ¿Ayuda para los trabajadores españoles? El capitalismo en todas sus formas tiene solamente una respuesta para los trabajadores que se oponen a la explotación: la muerte. Un frente unido con los socialistas o con los «comunistas» de partido es un frente unido con el capitalismo, que sólo puede ser un frente unido por el capitalismo. Es inútil regañar a Moscú, no tiene sentido criticar a los socialistas: ambos han de ser combatidos hasta el fin. Pero ahora, los trabajadores revolucionarios deben reconocer también que los líderes anarquistas, que también los «apparatchiks» de la CNT y FAI se oponen a los intereses de los trabajadores, pertenecen al bando enemigo. Unidos al capitalismo tenían que servir al capitalismo; y donde las frases no valían para nada, la traición se convirtió en el orden del día. Mañana pueden ser ellos quienes disparen contra los trabajadores rebeldes como disparan hoy los verdugos «comu-

nistas» del cuartel «Karl Marx». La contrarrevolución se extiende desde Franco a Santillán.

Una vez más, como tan a menudo antes, los decepcionados trabajadores revolucionarios denuncian la cobardía de sus líderes, y buscan nuevos y mejores líderes para una organización mejorada. Los «Amigos de Durruti» rompen con los líderes corruptos de la CNT y la FAI con el fin de restaurar el anarquismo original, para salvaguardar el ideal, para mantener la tradición revolucionaria. Han aprendido algo, pero no lo suficiente. Los obreros del POUM están profundamente decepcionados de Gorkin, Nin y compañía. Esos leninistas no fueron suficientemente leninistas, y los miembros del partido buscan mejores Lenines. Han aprendido, pero muy poco. La tradición del pasado pesa como una losa en torno a su cuello. Con un cambio de hombres y una revitalización de la organización no hay bastante. Una revolución comunista no la hacen los líderes y las organizaciones, sino los trabajadores, la clase. Una vez más los trabajadores esperan cambios en el Frente Popular que puedan llevar hacia un giro revolucionario. Largo Caballero, descartado por Moscú, puede volver a hombros de los miembros de la UGT que han aprendido y han visto la luz. Moscú, defraudada porque no encuentra la ayuda apropiada de las naciones democráticas, puede volverse otra vez radical. ¡Todo esto no tiene ningún sentido! Las fuerzas del «Frente Popular», Largo Caballero y Moscú, son incapaces, incluso aunque quisieran, de derrotar el capitalismo en España. Las fuerzas capitalistas no pueden tener una política socialista. El Frente Popular no es un mal menor para los trabajadores, es simplemente otra forma de la dictadura capitalista que se suma al fascismo. La lucha debe ser contra el capitalismo.

La actitud actual de la CNT no es nueva. Hace pocos meses el presidente catalán, Companys, dijo que la CNT: «no tiene la intención de perjudicar el régimen democrático en España, sino mantener la legalidad y el orden». Como las otras organizaciones anti-

fascistas españolas, la CNT, no obstante su fraseología radical, ha limitado su lucha a la guerra contra Franco. El programa de colectivizaciones, en parte realizado por las necesidades de la guerra, no perjudica los principios capitalistas o al capitalismo como tal.

En lo que alcanza el objetivo final declarado por la CNT, recuerda a alguna forma modificada de capitalismo de Estado en la que la burocracia sindical y sus filosóficos amigos anarquistas tendrían el poder. Pero incluso este objetivo era para un futuro lejano. No se dio ningún paso real en esa dirección, pues un paso real, incluso hacia un sistema de capitalismo de Estado habría significado el final del Frente Popular, habría significado las barricadas en Cataluña y una guerra civil en el seno de la guerra civil. La contradicción entre su «teoría» y su «práctica» la explicaban los anarquistas a la manera de los farsantes: «que la teoría es una cosa y la práctica otra, y que la segunda nunca es tan armónica como la primera». La CNT se dio cuenta de que no tenía un plan real de reconstrucción de la sociedad, se daba cuenta, además, de que no tenía a las masas españolas tras ella, sino solamente una parte de los trabajadores en una parte del país, se daba cuenta de su debilidad nacional e internacional, y sus frases radicales estaban destinadas a ocultar la total debilidad del movimiento en las condiciones creadas por la guerra civil.

Hay muchas excusas posibles para la posición adoptada por los anarquistas, pero no hay ninguna para su programa de falsificación que oscureció el movimiento obrero y favoreció a los fascistas de Moscú. Intentando hacer creer que el socialismo estaba funcionando en Cataluña y que ello era posible sin romper con el Gobierno del Frente Popular, demostraban hasta qué punto el fortalecimiento del Frente Popular era capaz de hacer cumplir sus dictados a los trabajadores anarquistas españoles. El anarquismo en España aceptaba una forma de fascismo, disfrazado como movimiento democrático, para ayudar a aplastar al fascismo franquista. No es

cierto, como los anarquistas actualmente intentan hacer creer a sus seguidores, que no había otra alternativa y que, por eso, cualquier crítica contra la CNT es injustificada. Los anarquistas, que habrían intentado, después del 19 de julio de 1936 establecer el poder de los trabajadores en Cataluña, también podían haber intentado aplastar las fuerzas del Gobierno en Barcelona en mayo de 1937. Podrían haber marchado tanto contra los fascistas franquistas, como contra los fascistas de Moscú. Muy probablemente habrían sido derrotados, posiblemente Franco habría vencido y habría destrozado a los anarquistas, así como a sus competidores del «Frente Popular». La abierta intervención de los capitalistas puede que se hubiera producido. Pero había también otra posibilidad, aunque mucho menos probable. Los obreros franceses podrían haber ido más allá de la simple declaración de huelga; su intervención podría haber llevado a una guerra en la que todas las potencias se hubieran visto involucradas. La lucha habría tomado, de una vez por todas, un claro cariz entre Capitalismo y Comunismo.

Cualesquiera que hubieran sido los acontecimientos, una cosa es segura: las caóticas condiciones del mundo capitalista se habrían vuelto aún más caóticas. Y sin catástrofes ningún cambio es posible en la sociedad. Cualquier ataque real contra el sistema capitalista podría haber acelerado una reacción, pero la reacción se producirá de todos modos, aunque con algún retraso. Este retraso costará más vidas obreras que cualquier otro intento prematuro para aplastar el sistema de explotación. Pero un ataque real contra el capitalismo podría haber creado unas condiciones más favorables para la acción internacional por parte de la clase obrera, o podría haber llevado a una situación en que habría agudizado todas las contradicciones capitalistas y, de ese modo, acelerar el desarrollo histórico hacia la quiebra del capitalismo. En el principio está la acción. Pero la CNT, se nos ha dicho, sintió demasiada responsabilidad por la vida de los trabajadores. Quiso evitar un baño de sangre innecesario. ¡Qué cinismo! Más de un millón de personas

han muerto ya en la guerra civil. Si de todos modos se ha de morir, mejor sería hacerlo por una causa que valga la pena.

La lucha contra el capitalismo, esa lucha que la CNT quería evitar, es inevitable. La revolución obrera debe ser radical desde el comienzo, o se perderá. Era necesaria la total expropiación de las clases propietarias, la eliminación de todo poder que no fuera el de los trabajadores armados, y la lucha contra los elementos opositores. Al no hacer eso, las jornadas de mayo de Barcelona y la eliminación de los elementos revolucionarios en España eran inevitables.

La CNT no se planteó nunca la cuestión de la revolución desde el punto de vista de la clase trabajadora, sino que su principal preocupación ha sido siempre la organización. Intervenía en favor de los trabajadores y con la ayuda de los trabajadores, pero no estaba interesada en la iniciativa autónoma y en la acción de los trabajadores independientes de intereses organizativos. Lo que contaba no era la revolución, sino la CNT. Y desde el punto de vista de los intereses de la CNT los anarquistas tenían que distinguir entre Fascismo y Capitalismo, entre la Guerra y la Paz. Desde ese punto de vista, se vio forzada a participar en políticas nacional-capitalistas y tuvo que pedir a los trabajadores que colaborasen con un enemigo con el fin de aplastar a otro, con el fin de ser más tarde aplastados por el primero. Las palabras radicales de los anarquistas no se pronunciaban para que fueran seguidas, simplemente servían como un instrumento para el control de los trabajadores por el aparato de la CNT; «sin la CNT», escribían orgullosos, «la España antifascista sería ingobernable». Querían participar en el gobierno y en la dominación de los trabajadores. Sólo pedían su parte del botín, una vez que reconocieron que no podían obtenerlo entero para ellos mismos. Al igual que los bolcheviques, identificaban sus propias necesidades organizativas con las necesidades e intereses de la clase trabajadora. Lo que decidían era lo correcto, no había necesidad de que los trabajadores pensaran y decidieran por sí

mismos, ya que eso sólo contribuiría a perturbar la lucha y a crear confusión; los trabajadores simplemente tenían que seguir a sus salvadores. No hubo ningún intento de organizar y consolidar el poder real de la clase obrera. La CNT hablaba en anarcosindicalista y obraba como bolchevique; es decir, como capitalista. Con el fin de dirigir, o de participar en la dirección, tenía que oponerse a cualquier iniciativa autónoma de los trabajadores y así tuvo que apoyar la legalidad, el orden y el Gobierno.

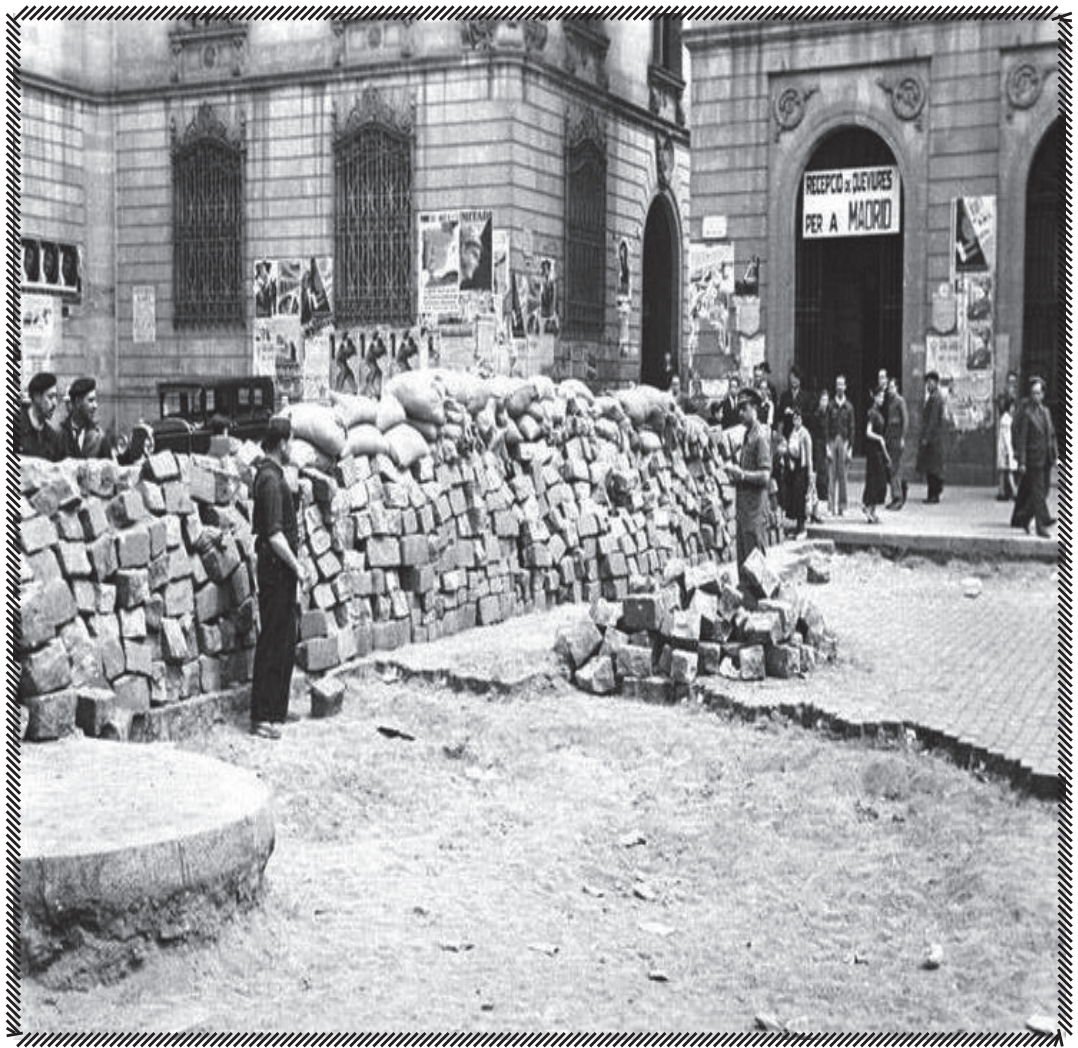
Pero hubo otras organizaciones en liza, y no hay identidad de intereses entre ellas. Cada una lucha por la supremacía contra las otras, por obtener el dominio exclusivo sobre los trabajadores. La cuota de poder que cada una obtenga no acaba con la lucha entre ellas. A veces todas las organizaciones se ven obligadas a colaborar, pero es sólo una manera de posponer el ajuste de cuentas final. Un grupo debe tener el control. Mientras los anarquistas iban de «éxito en éxito», su posición se iba socavando y debilitando. La afirmación de la CNT en el sentido de que no quería imponerse a las demás organizaciones, ni combatir las, era en realidad una excusa para no ser atacada por las otras, era el reconocimiento de su debilidad. Al estar comprometida en la política capitalista junto con sus aliados del Frente Popular, dejó a las grandes masas la posibilidad de escoger a sus representantes de entre los elementos burgueses. El que más ofreciera, era el que tenía mayores posibilidades. El fascismo de Moscú se puso de moda incluso en Cataluña. Las masas vieron en el apoyo de Moscú la fuerza necesaria para deshacerse de Franco y de la guerra. Moscú y su gobierno del Frente Popular significaban el apoyo del capitalismo internacional. Moscú se hizo más influyente, pues las grandes masas de España aún estaban a favor de mantener la sociedad de la explotación. Y se afirmaron en esta actitud porque los anarquistas no hicieron nada para aclarar la situación; es decir, mostrar que la ayuda de Moscú no significaba más que luchar por un capitalismo que complacía a algunas potencias imperialistas, aunque contrariaba a otras.

Los anarquistas se convirtieron en propagandistas de la versión del fascismo de Moscú, en servidores de esos intereses capitalistas que se oponen a los planes actuales de Franco en España. La revolución se convirtió en el terreno de juego de los rivales imperialistas. Las masas tenían que morir sin saber por quien o para qué. La situación dejó de ser un asunto de los trabajadores.

Y ahora, también ha dejado de ser un asunto de la CNT. La guerra puede finalizar en cualquier momento mediante un acuerdo entre las potencias imperialistas. Puede acabar con la victoria o la derrota de Franco. Éste puede abandonar a Italia y Alemania y volverse hacia Francia e Inglaterra. O aquellos países pueden perder su interés por apoyar a Franco. La situación en España se puede ver decisivamente modificada por la guerra que se incuba en el Extremo Oriente. Hay otras muchas probabilidades que se suman a la más probable: la victoria del fascismo de Franco. Pero ocurra lo que ocurra, a menos que los trabajadores no levanten nuevas barricadas también contra los Leales, a menos que no ataquen realmente al capitalismo, cualquiera que sea el resultado de la lucha en España, no tendrá una real significación para la clase obrera, que continuará explotada y oprimida. Un cambio en la situación militar en España podría forzar una vez más al fascismo de Moscú a ponerse el traje revolucionario. Pero desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores españoles, al igual que el de los trabajadores del mundo, no existe diferencia entre el fascismo de Franco y el de Moscú, por muchas que sean las diferencias existentes entre Franco y Moscú. Las barricadas, si se levantasen otra vez, no deberían ser retiradas. La consigna revolucionaria para España es: «Abajo los fascistas, y también los Leales». Por inútil que pueda resultar el intento de luchar por el comunismo, dada la situación mundial actual, sigue siendo el único camino para los trabajadores. «Más vale seguir un camino verdadero, aunque aparentemente inútil, que desgastar las energías en falsos caminos. Al menos, preservaremos nuestro sentido de la verdad, de la razón a toda costa, aunque sea a costa de su inutilidad».

V
LAS JORNADAS DE MAYO

G. MUNIS



Una de las muchas barricadas levantadas en mayo de 1937

PRESENTACIÓN

El texto que presentamos a continuación es un extracto del capítulo dedicado a las jornadas de mayo del 1937 del libro *Jalones de derrota, promesa de victoria*, escrito por G. Munis después de finalizada la guerra civil.

Munis fue protagonista directo del proceso revolucionario en España. Pese a que su agrupación, la Sección Bolchevique-Leninista de España, era la expresión del troskismo en la región, la misma fue la única junto con Los Amigos de Durruti que llamaron a continuar la lucha en las barricadas. En «Un revolucionario desconocido: Biografía de G. Munis», Agustín Guillamón sintetiza muy bien el papel de ese militante.

En mayo de 1937, sólo la Agrupación de Los Amigos de Durruti y los Bolchevique-Leninistas (BL) de la Sección Bolchevique-Leninista de España (SBLE) lanzaron octavillas, que propugnaban la continuación de la lucha y se oponían a un alto el fuego. Fueron las únicas organizaciones que intentaron presentar unos objetivos revolucionarios a la insurrección de los trabajadores. La represión estalinista, tras la caída del gobierno de Largo Caballero, consiguió la ilegalización y proceso del POUM, pero también de Los Amigos de Durruti y de la SBLE. Al asesinato de los anarquistas Berneri, Barbieri y tantos otros de menor fama, siguió el asesinato y desaparición de los poumistas Nin y Landau, pero también de los camaradas de «Munis»: el hebreo alemán Hans David Freund («Moulin»), el ex-secretario de Trotsky Erwin Wolf («N. Braun»), y su amigo personal Carrasco.

El propio «Munis», con la mayoría de los militantes de la SBLE, fue encarcelado en febrero de 1938. Fueron acusados de sabotaje y espionaje al servicio de Franco, de proyecto de asesinato de Negrín, «La Pasionaria», Díaz, Comorera, Prieto y un largo etcétera; así como de asesinato consumado en la persona del capitán polaco de las Brigadas Internacionales León Narwicz, agente del Servicio de Información Militar (SIM) infiltrado en el POUM. Fueron juzgados por un tribunal de Espionaje y Alta Traición, a puerta cerrada, e inicialmente sin defensa jurídica. Tras pasar un mes incomunicados y torturados en una

checa estalinista, dirigida por Julián Grimau el fiscal pidió pena de muerte para «Munis», Domenico Sedran («Carlini») y Jaime Fernández. Las presiones internacionales y la voluntad de las autoridades de que el juicio se celebrara con posterioridad al del incoado contra el POUM, aplazaron la vista hasta el 26 de enero de 1939!

Jaime Fernández, internado en el campo de trabajo estalinista de Omells de Na Gaia, y posteriormente movilizado, logró evadirse en octubre de 1938. «Munis», que tras una huelga de protesta de los presos revolucionarios, estaba encarcelado como castigo en el castillo de Montjuic, en el calabozo de los condenados a muerte, consiguió evadirse en el último momento. «Carlini», enfermo, vivió algunos meses escondido en la Barcelona franquista, y cuando consiguió pasar la frontera fue internado en un campo de concentración. «Munis» había alcanzado la frontera francesa con el grueso de la avalancha de refugiados republicanos, que huían ante el avance de las tropas franquistas, encuadrado en un grupo de presos políticos antifascistas, en su mayoría militantes del POUM. Años después, ya en el exilio, le confesaron la existencia de una orden para ejecutar a todos los presos revolucionarios antes de retirarse hacia la frontera.

La obra de Munis *Jalones de derrota, promesa de victoria* es una de las tentativas de balance más importantes de ese episodio histórico a pesar de algunas debilidades e ideologías que aún arrastra el autor en esa época. Efectivamente, pese a no haber roto con el troskismo (la obra está salpicada aquí y allá por concepciones e implicaciones de esta ideología —con la que romperá años más tarde, sin duda como proceso del balance— que, evidentemente, debilitan el análisis), esto no le impide extraer lecciones que serán vitales para nuestra clase. El capítulo que extractamos a continuación es un buen ejemplo de ello.

En el mismo, Munis señala cómo en esos momentos la barricada queda perfectamente delimitada, el proletariado por un lado y el resto de las fuerzas en frente:

(...) Los dirigentes de las organizaciones obreras quedaron desnudos en medio de la calle, los unos haciendo gala de su naturaleza reaccionaria, de sus taras pequeño burguesas los otros, de sus indecisiones

e incapacidades los de más allá, de su autoridad revolucionaria los menos. La línea divisoria entre capitalismo y socialismo, generalmente indistinta en momentos pacíficos, marcóse nítidamente entonces perforando las fronteras de los partidos hasta marcarlos indeleblemente como reaccionarios en las personas de sus dirigentes. Líderes obreros «comunistas» y «socialistas», algunos anarquistas también, se vieron obligados a gesticular con brazos y piernas, para hacer notar bien al capitalismo mundial que se encontraban del lado de la contrarrevolución. Durante las jornadas de mayo de 1937, todo el mundo quedó situado en su verdadero puesto. Este resultado sólo valía la lucha, porque hace prometedora la derrota. (...)

Aunque es una de las narraciones y análisis más claros de las jornadas de mayo, tenemos que anotar que las dos únicas organizaciones que Munis señala en el campo de la lucha revolucionaria, Los Amigos de Durruti y la Sección Bolchevique-Leninista, no serán capaces de impulsar una ruptura organizativa con las organizaciones «radicales» del Frente Popular, proponiendo por su contra una confusa Junta revolucionaria CNT-FAI-POUM. Como si estas últimas organizaciones no fueran tan responsables de la contrarrevolución como las otras que conformaban el Frente Popular. Sin duda alguna esta terrible debilidad de esas minorías revolucionarias no tiene toda la atención necesaria por parte del autor, cuando esta cuestión, no solo en el momento sino en su proyección histórica, conlleva a la no ruptura con la contrarrevolución, a la falta de autonomía del proletariado frente a las organizaciones de su enemigo; en definitiva, a obstaculizar la constitución del proletariado en clase. Precisamente por ello es necesario destacar esta debilidad, criticarla como producto de los límites que nuestra clase manifestó. De lo contrario, el balance sería incompleto.

Pese a todo tenemos que insistir en que la obra de Munis es parte de ese balance de nuestra clase.

LAS JORNADAS DE MAYO

Quienes hacen revoluciones a medias, cavan sus tumbas.

Saint-Just.

Desde que se hacen revoluciones en la historia, se las suprime invariablemente por la persecución, el asesinato, el exterminio de sus representantes, la calumnia, etc. La aplicación cuantitativa del método cambia según la intensidad de la revolución y las necesidades de la contrarrevolución; cualitativamente, es inalterable a través de los tiempos. Para el movimiento revolucionario moderno es ésta una verdad definitivamente adquirida.

Se trata únicamente de completarla en cada momento, reconociendo una a una todas las piezas de la contrarrevolución, a la que frecuentemente se agregan partidos antes revolucionarios. Las fuentes de la contrarrevolución se encuentran —no puede ser de otra forma— en el sistema capitalista, pero en los tiempos actuales la máquina contrarrevolucionaria echa mano, cada vez más frecuentemente, de las piezas incrustadas en el movimiento obrero mismo. Privado de ellas, el capitalismo habría sucumbido hace decenios. España es, sin duda, la más fehaciente de las pruebas. Las piezas auxiliares de la contrarrevolución en el movimiento obrero aparecieron durante la guerra civil visibles al ojo más miope, desempeñando ellas mismas la función principal.

Fue precisamente en mayo de 1937 cuando la contrarrevolución, cumplido su trabajo preparatorio, juzgó llegado el momento de pasar de la ofensiva verbal a la ofensiva armada, avalanzarse sobre la revolución, desarticularla, obligarla a retroceder, aniquilarla. En ese momento, todos los tapujos fueron arrancados por la violencia misma del choque. Los dirigentes y las organizaciones obreras

quedaron desnudos en medio de la calle, los unos haciendo gala de su naturaleza reaccionaria, de sus taras pequeño-burguesas los otros, de sus indecisiones e incapacidades los de más allá, de su autoridad revolucionaria los menos.

La línea divisoria entre capitalismo y socialismo, generalmente indistinta en momentos pacíficos, marcóse nítidamente entonces, perforando las fronteras de los partidos hasta marcarlos indeleblemente como reaccionarios en las personas de sus dirigentes. Líderes obreros «comunistas» y «socialistas», algunos anarquistas también, se vieron obligados a gesticular con brazos y piernas, para hacer notar bien al capitalismo mundial que se encontraban del lado de la contrarrevolución. Durante las jornadas de mayo de 1937, todo el mundo quedó situado en su verdadero puesto. Ese resultado sólo valía la lucha, porque hace prometedora la derrota.

En su segunda etapa, la dualidad de poderes habíase desenvuelto muy favorablemente al extremo capitalista, cuyo Estado, montado sobre fusiles y ametralladoras hechos en Rusia, penaba por reconstituir «el orden». Pero los elementos de poder dual obrero resistían, y no se resignaban a dejarse disolver pacíficamente, pese a las presiones ejercidas incluso desde la dirección de las organizaciones más radicales. La reacción stalino-capitalista buscaba continuamente ocasiones para atacar la revolución. A fines de abril, la consejería de Orden Público, queriendo poner en práctica el acuerdo de la Generalidad referido en el capítulo anterior, prohibió la circulación y el ejercicio de sus funciones a las Patrullas de Control. Los trabajadores armados que las constituían, se apostaron en puntos estratégicos y desarmaron 250 guardias mandados por la Generalidad a substituirles. Por la misma fecha, la Generalidad envió legiones de carabineros a la frontera, para reemplazar los Comités obreros que la controlaban desde julio. Fueron rechazados y desarmados la mayoría. La Generalidad envió nuevos refuerzos, y la lucha por el control de la frontera entre el poder capitalista y el

poder obrero se generalizó, desarrollándose con particular intensidad en Puigcerdá. Antón Martín, uno de los mejores militantes cenetistas de la comarca, enemigo de la colaboración, fue asesinado por las tropas del orden. La resistencia era obstinada y frecuentemente victoriosa para el proletariado, pero el poder capitalista tendía a imponerse, porque mientras los Comités obreros que controlaban la frontera pertenecían casi todos a la CNT, esta misma CNT colaboraba lealmente —es su propia expresión— con el poder capitalista. La victoria se transformaba así en derrota.

Otros muchos choques armados entre fuerzas capitalistas y obreras ocurrían en diversas poblaciones. Pero aunque en Cataluña, contrariamente al resto de España, todavía no existía la censura, la prensa cenetista los silenciaba o les quitaba significación, convirtiéndolos en «incidentes lamentables», cual si se tratara de errores gubernamentales u obreros. La prensa stalinista, no hay que decirlo, los interpretaba con toda la perfidia de sus designios reaccionarios, presentando como fascistas o bandidos a los obreros resistentes.

Antes de ser desarmado materialmente, el proletariado ya lo había sido ideológica y orgánicamente. Pero a un proletariado que un año antes había vencido y desbaratado al ejército español, no se le podían arrebatar todas sus posiciones sin una lucha seria. Los choques aislados entre revolución y contrarrevolución, si bien debilitaban paulatinamente a la primera, dejaban insatisfecha a la segunda, cada vez más ansiosa de imponer por completo su dominio. Se presentía un choque general y decisivo; la reacción stalino-capitalista lo quería, lo buscaba y lo provocaría.

En efecto, el día 3 de mayo de 1937, a las 2 horas y 45 minutos de la tarde, el comisario de Orden Público, Rodríguez Salas (stalinista), amparado por una orden del consejero de la Generalidad, Aiguadé (Esquerra Republicana), irrumpió con una banda de guardias en el edificio central de teléfonos. Funcionaba en perfectas condiciones,

desde julio, bajo la supervisión del comité elegido por los propios trabajadores. Pero la nueva reacción, ya bastante avanzada, no podía desenvolverse libremente sabiendo que los teléfonos estaban en manos del polo obrero del poder. Por otra parte, decidida a buscar la oportunidad de ametrallar las masas y humillarlas, daba deliberadamente a sus exigencias la forma más brutal posible. El stalinista Salas invadió la central telefónica con mayor despliegue de fuerzas que el necesario para tomar una posición avanzada del enemigo. Los obreros se negaron terminantemente a deponer la autoridad de su Comité, y contestaron a las armas con las armas. Sorprendidos en pleno trabajo, hubieron de replegarse a los pisos superiores del edificio, dejando la planta baja en poder de las dos compañías de guardias mandadas por Salas.

El ruido de los primeros disparos extendió por Barcelona un latigazo eléctrico: «¡Traición, traición!» —el pensamiento que desde meses atrás roía la mente y los nervios del proletariado, crispaba ahora las caras pálidas de ira, y los brazos en busca de armas—. El grito se propagó de esquina a esquina, hasta llegar a los barrios obreros y las fábricas, hasta las demás ciudades y pueblos catalanes. La huelga general se produjo inmediata, espontánea, sin otra aprobación, a lo sumo, que la de dirigentes inferiores y medios de la CNT. Barcelona se cubrió de barricadas con rapidez taumatúrgica, cual si, ocultas las barricadas bajo el pavimento desde el 19 de julio, un mecanismo secreto las hubiese sacado de golpe a la superficie. La ciudad quedó en seguida en poder de los insurrectos, salvo un pequeño sector del centro. Respuesta unánime del proletariado, acción vertiginosa y apasionada. La provocación stalinista se convertía en un triunfo más del proletariado, igual que la provocación de los militares, en julio del año anterior, se había convertido en un gran triunfo revolucionario. El dominio del proletariado no admitía la menor duda ni para los enemigos de la revolución. En los barrios obreros, las fuerzas gubernamentales se rendían sin resistencia o se adelantaban al emplazamiento entregando sus armas

a los hombres de las barricadas. Incluso en el centro, puestos de guardias civiles y carabineros se declararon prudentemente neutrales. El mismo hotel Colón, madriguera central stalinista, llegó a sacar bandera de neutralidad.

En poder del Gobierno no quedaba más que un pequeño triángulo teniendo por vértice el edificio de la Telefónica, en cuyos pisos superiores resistieron hasta el fin los trabajadores, y por base la línea comprendida entre la dirección de Seguridad y el palacio de la Generalidad. Fuera de esto no quedaban a la reacción stalinista-capitalista sino escasos focos de fácil reducción. Ni siquiera contaba, como en otras insurrecciones barcelonesas, con la artillería de Montjuich. Las baterías del castillo seguían en manos obreras, y a partir de los primeros tiros encañonaron precisamente la Generalidad, listas para hacer fuego a la primera orden de la CNT.

No faltó a los trabajadores insurrectos decisión para tomar el triángulo gubernamental, ni los detuvo tampoco el fuego del adversario; los detuvo la propia dirección de la CNT. A ella pertenecía la inmensa mayoría de los sublevados. Aunque en ellos había despertado ya muy serios recelos la conducta de la dirección anarquista, todavía tenían confianza en la CNT. Era su organización; con ella y por ella habían luchado durante muchos años. Era natural, era forzoso, dada la falta de otra organización con bastante fuerza para improvisar la dirección necesaria, que los obreros, formando un estrecho cerco de barricadas en torno a la zona de la Generalidad, esperaran la palabra de la CNT. ¿Quién de entre ellos no estaba persuadido de que la CNT se pondría a su cabeza con el objeto de desarmar definitivamente al enemigo e incapacitarlo para nuevas asechanzas reaccionarias?

La CNT habló; pero no como esperaban los obreros, para ponerse a su cabeza; habló desde la barricada y para la barricada comprendida en el triángulo Telefónica-dirección de Seguridad-Generalidad. Desde el día 3, los dirigentes de Barcelona se habían

esforzado en contener el torrente insurreccional. El día 4, García Oliver y Federica Montseny, ministros en el gobierno de Largo Caballero, llegaban en avión desde Valencia, junto con un representante de la UGT, Hernández Zancajo, con el objeto de emplear su influencia conjunta en levantar el cerco obrero a los poderes capitalistas. Inmediatamente se colgaron al micrófono de la radio, condenando la acción de los obreros y ordenando:

«¡Alto el fuego!». García Oliver en particular, exaltado por sus responsabilidades con el poder capitalista, enviaba por los aires besos a los guardias de asalto. Durante largo tiempo, la voz de García Oliver martilleó los oídos obreros en la barricadas: «¡Alto el fuego; besos a los guardias de asalto!».

El mismo día 4, se distribuía en las barricadas este manifiesto:

CNT-FAI

Deponed las armas; ¡abrazaos como hermanos! Tendremos la victoria si nos unimos: hallaremos la derrota si luchamos entre nosotros. Pensadlo bien. Pensadlo bien; os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. Que haya concordia entre nosotros.

Momentos después la CNT hacía radiar:

Que sea el gobierno de la Generalidad el que depure en su seno la mala labor que haya podido realizar quienquiera que sea, y por muy consejero que se diga.

Y seguía un nuevo llamamiento a deponer las armas.

Los obreros no daban crédito a sus oídos ni a sus ojos. ¡La CNT de la que esperaban todo, del otro lado de la barricada! En el momento de asaltar el cielo—como diría Marx—, el cielo se les venía encima. Sin duda, en ninguna revolución han recibido los insurrectos tan inesperada y brutal decepción. Se dilucidaba en aquel momento la suerte de la revolución y de la guerra, capitalismo o socialismo, esclavitud o libertad, triunfo de Franco por medio de los buenos oficios stalinianos y reformistas o triunfo del proletariado; se dilucidaba, incluso, si Europa sería irremediabilmente condenada a

la catástrofe de la guerra imperialista o sería salvada de ella por la revolución internacional. ¡Y la alta dirección de la CNT vino a calificar la lucha de fratricida y enviar besos a los sicarios del capitalismo!

No era la revolución, sino la contrarrevolución quien encontraba en ella a un aliado. Fue una devastadora prueba para la dirección anarquista, una de esas pruebas supremas dadas por las necesidades de la acción histórica, de las que una organización sale modificada, cualesquiera que sean sus tradiciones y méritos anteriores. Más de una vez, principalmente el 19 de julio, el anarquismo español había mostrado un canto oportunista, pero hasta las jornadas de mayo de 1937 estuvo a tiempo de corregirse a sí mismo. La espontánea y formidable insurrección proletaria sometió al contraste de lo vivo su capacidad para mover el proceso humano, pues las ideas han de ser hechos o se niegan como tales ideas. El anarquismo se negó a sí mismo en las jornadas de mayo.

Por si los servicios de García Oliver y compañía no bastaban para detener el ataque del proletariado a los partidos traidores, Largo Caballero envió a Barcelona 5.000 guardias de asalto y tres navíos de guerra. Traerían sin duda, para los García Oliver, 5.000 besos del agradecido Estado; para los obreros traían descargas. A medida que la columna gubernamental avanzaba, desbarataba Comités, suprimía locales obreros, desarmaba, encarcelaba, saqueaba, asesinaba, llevaba la desolación a los corazones revolucionarios, la alegría y la esperanza a los corazones reaccionarios y fascistas. Desde pueblos y ciudades, el proletariado, los Comités-gobierno aún vivos, ofrecían telefónicamente a los dirigentes anarquistas de Barcelona detener la columna gubernamental, armas en la mano. Pero no podían dar órdenes de hacerle frente quienes, semejantes a aquellos misioneros que los países imperialistas enviaban antaño delante de sus soldados a los territorios que se proponían reducir a colonias, venían ellos mismos como avanzada sentimental de las tropas gubernamentales. Con toda seguridad, la columna

pudo haber sido detenida y desbandada fácilmente. Muchos de sus miembros, recién salidos de las Milicias de combate o fugitivos de las provincias ocupadas por Franco, habrían pasado al proletariado al primer ataque enérgico. Desde Barcelona se pudieron haber destacado varios miles de obreros en socorro del proletariado del sur, más débil numéricamente y con menos armas que el de la capital.

Por sí sola, esta medida habría surtido rápidos y poderosos efectos en favor de la revolución, aún más allá de Cataluña, y contando con el triunfo absolutamente seguro de Barcelona, hubiese dado a la insurrección base para establecer directamente contacto con el resto del proletariado, hasta Madrid y Andalucía, para tratar de potencia a potencia con el gobierno capitalista de Valencia, o bien para atacarlo, según determinaran las circunstancias y la actitud de ese gobierno.

Nada semejante pasaba por la mente de la dirección anarquista, pues ya ejercitada en la colaboración sólo veía tinieblas fuera de ella. No ignoraba que el proletariado se batía en aquel momento por la revolución, y que la contrarrevolución, principalmente representada por el stalinismo, sería implacable caso de triunfar. Precisamente porque lo sabía, al stalinismo iban dirigidas aquellas palabras del manifiesto CNT-FAI «... os tendemos los brazos sin armas; haced lo mismo y todo terminará. Que haya concordia entre nosotros».

¿Qué habría sido de la gran revolución francesa, si cuando los prusianos y los emigrados franceses estaban a las puertas de París, los jacobinos hubiesen tendido los brazos sin armas a los girondinos, en lugar de expulsarlos del poder, desembarazándose enérgicamente, al mismo tiempo, de cuantos conspiraban contra la revolución? Indudablemente, Luis XVI habría sido repuesto en el trono. Así nuestros anarquistas, habiéndoles faltado la resolución de los jacobinos, salvaron a los girondinos españoles en el momento mis-

mo en que las masas se disponían a exterminarlos, y por conducto de ellos vino la restauración: Franco.

Todavía al entrar en Barcelona la columna gubernamental, no era tarde para la revolución. El prestigio de ésta y del proletariado había penetrado tanto en la conciencia social, que numerosos guardias, al pasar frente a los locales insurgentes, desde donde, tascando rabiosamente las órdenes de «alto el fuego», los obreros les apuntaban con fusiles y ametralladoras, gritaban: «¡Viva la CNT!» «¡Viva la revolución!», saludando con el puño en alto. En lugar de aprovechar la carencia de cohesión de las tropas gubernamentales, la dirección anarquista insistía hora tras hora en que las barricadas fuesen deshechas, en que se dejase entrar sin dispararle un tiro a la columna de Valencia y en que cesase la huelga. El proletariado había desoído las recomendaciones de su dirección, tanto, que en numerosas barricadas sólo se hablaba de fusilar a García Oliver y otros líderes. Pero la insurrección no podía encontrar una nueva dirección, ni mucho menos improvisar una. Hubiese sido preciso, cuando menos, tomar el palacio de San Jorge, residencia del gobierno catalán, lo que militarmente apenas presentaba dificultad para el proletariado. Pero en el palacio de San Jorge estaban, junto a los consejeros o ministros stalinistas y burgueses, los consejeros anarquistas, y frecuentemente toda la dirección ácrata tratando con el Gobierno. Mediante estos tratos, los dirigentes prometían obtener el castigo de los provocadores de la Telefónica y la vuelta a la dualidad de armamento y de poderes anterior a ese hecho. Puro embaimiento con el que no se engañaba a las masas ni se engañaban los propios líderes.

Pero debido a la imposibilidad de improvisar en medio del fuego una nueva dirección, todo eso sirvió para retener a los insurrectos ante el paso decisivo, cansarlos en las posiciones tomadas desde el primer día, desmoralizarlos y dejar actuar a las tropas de Valencia.

Finalmente, los obreros, sin saber qué hacer, abatidos, fueron retirándose uno a uno de las barricadas, militarmente victoriosos, vencidos, espantosamente vencidos políticamente. Tal es el balance estricto de los acontecimientos de mayo, sin entrar en el aspecto descriptivo, que ofrece un campo fértil y optimista, pues con esa acción el proletariado español ha dignificado la revolución, envilecida por el stalinismo y el reformismo, y ha dignificado la calidad humana.

Louzon, un honesto sindicalista francés que no puede ser sospechoso sino de parcialidad hacia la CNT, ha escrito en el folleto *La contrarrevolución en España*:

Por un lado, pues, la superioridad militar de la CNT se reveló de manera innegable en el curso de las jornadas y por el otro la CNT rehusó siempre emplear esa superioridad para garantizar la victoria.

Únicamente debe puntualizarse que la superioridad militar correspondió a las masas de la CNT, no a la CNT como organización, puesto que ésta no hizo absolutamente nada por desencadenar la lucha armada o por dirigirla una vez emprendida, cual esperaban ansiosamente los trabajadores. Tanto los líderes llegados de Valencia como los que siempre habían estado en Barcelona, más el propio órgano confederal, *Solidaridad Obrera*, se esforzaron en disminuir las proporciones de la lucha y en conciliar la revolución con la contrarrevolución, lo que, cuando menos, significaba impedir el triunfo inmediato de la primera, cuando más asegurar el de la segunda, lo que sucedió. Los trabajadores veían claro como el día que conciliación únicamente podía significar dominio de los elementos contrarrevolucionarios. En las barricadas, el capitulacionismo fraternal de *Solidaridad Obrera* recibía la mayoría de las veces el trato merecido: el periódico era quemado. Fue la acción militar más espontánea del proletariado, en manera alguna de la organización cenetista, la que estableció su superioridad desde el primer día hasta el último de la lucha. Ello muestra inmediatamente la importancia, para los intereses de la revolución, de realizar el ar-

mamento proletario. Mal que bien, el proletariado catalán disponía de armas; eso le permitió hacer frente a la contrarrevolución staliniano-capitalista, y si no le permitió triunfar, sentó un aleccionador precedente para el proletariado mundial y abrió horizontes frescos. Julio de 1936 fue la prolongación generalizada de octubre de 1934; en el próximo período revolucionario, el proletariado tenderá rápidamente a generalizar la experiencia de mayo de 1937. Sí, los enemigos «comunistas» o «socialistas» de la revolución ya fueron reconocidos una vez. En el futuro, el proletariado se dirigirá derechamente a anularlos. En mayo, las masas comprendieron que no bastaba estar armadas y haber expropiado a los burgueses para garantizar la revolución. Comprendieron que se necesita sistematizar armamento y economía obreras destruyendo de arriba abajo el Estado capitalista y organizando su propio sistema; comprendieron, sobre todo, que el Estado capitalista, en los momentos más álgidos de crisis, no son los capitalistas individuales ni los líderes de los partidos burgueses, sino las ideas representadas por los líderes stalinistas y reformistas. A costa de la derrota de mayo esa grandiosa experiencia ha sido adquirida. Con el despertar revolucionario aflorará a la conciencia proletaria y pugnará por realizarse.

No es posible pasar en silencio la actitud del POUM durante las jornadas de mayo. Fue la última prueba política de la que salió definitivamente marcado como partido centrista impotente, colocado como un travesaño inerte en el camino de las masas. Durante el infame proceso gepeista que el gobierno Negrín-Stalin siguió a los líderes del POUM, después de la derrota de mayo, descartadas por insostenibles las falsificadas acusaciones de espionaje, se les condenó por haber querido substituir «el Gobierno legalmente constituido» por otro revolucionario. Nada más lejos de la realidad. Como por entonces tuve ocasión de decir a algunos militantes poumistas, el tribunal staliniano-negrinista hizo al POUM la gracia de darle, elaborado, el programa revolucionario que le faltaba y de

atribuirle una actividad política durante las jornadas de mayo de la que careció por completo.

La actitud del POUM durante la lucha de barricadas fue un reflejo dócil de la de la CNT. Sus militantes, como los de esta última, empuñaron las armas y se comportaron valientemente. La organización como cuerpo político fue absolutamente inexistente... o existió peligrosamente inclinada hacia el triángulo Telefónica-dirección de Seguridad-Generalidad, desde donde hablaban de concordia los líderes anarquistas. Una vez desencadenada la lucha, el Comité Ejecutivo del POUM fue a entrevistarse con el Comité Regional de la CNT. Este, absolutamente decidido a obligar a los trabajadores a deponer las armas, envió al POUM a su domicilio asegurándole que se le llamaría en caso necesario. Mientras tanto, los apaciguadores, los «bomberos», empleando el término despectivo con que los designaban los trabajadores, seguían arrojando, desde la radio y desde *Solidaridad Obrera*, sus chorros de fraternidad. El significado efectivo de esta fraternidad se deduce de dos hechos entresacados de mil. El día 4, habiendo decretado la CNT una tregua en la lucha, mientras negociaba en la Generalidad con los jefes contrarrevolucionarios, fuerzas gubernamentales de la Guardia Civil aprovecharon la tregua «fraternal» para apoderarse de la estación de Francia. Al día siguiente, la CNT dio orden de retirarse de las barricadas, declarando: «Ni vencedores, ni vencidos; todo el mundo en paz». Pero fue el día de mayores bajas obreras. Sin embargo, tras las vacilaciones naturales al conocerse la orden, los obreros optaron por desobedecerla. Algunas barricadas abandonadas fueron recuperadas inmediatamente. El divorcio entre la dirección y la masa no podía ser más total.

¿Qué hizo el POUM con tan excelentes oportunidades? Sus líderes refieren haber hecho proposiciones muy combativas y revolucionarias en la entrevista con el Comité Regional. Creámosles sin más prueba. Pero una dirección revolucionaria no se distingue sólo

por sus proposiciones revolucionarias, sino ante todo por su actividad para llevarlas a la práctica cuando los demás dirigentes se oponen a ellas. La dirección del POUM se mantuvo constantemente a remolque de la dirección anarquista, temiendo separarse de ella cuando ella se negaba a marchar con las masas. El tercer día de lucha, al dar la CNT orden de abandonar las barricadas, la dirección poumista repitió la orden. Rectificó en seguida, una vez que, habiendo dado contraorden los «amigos de Durruti» y la Sección Bolchevique-Leninista de España (trotskistas), los trabajadores desobedecieron las instrucciones de la CNT. Finalmente, al desaparecer las últimas barricadas, *Solidaridad Obrera* anunciaba la terminación de la lucha como un triunfo para los trabajadores. Eco lúgubre, *La Batalla* repetía:

Habiendo sido aplastada la tentativa (de provocación) por la magnífica reacción de la clase obrera, la retirada se impone».

¿Qué valor político, qué idoneidad para dirigir la revolución pueden atribuir los trabajadores a un partido que pretendió hacer pasar por victoria la derrota que semanas después produciría su propia ilegalidad y el asesinato de su secretario general? Evidentemente, en ese momento el POUM se engañaba deliberadamente a sí mismo, y engañaba a las masas, para no verse obligado a renunciar a toda colaboración y a emprender una lucha a muerte contra los traidores. Así se redujo al triste papel de cómplice de los cómplices.

Únicamente los dos grupos nuevos ya mencionados, la Sección Bolchevique-Leninista de España y los «Amigos de Durruti», se colocaron íntegramente al lado del proletariado durante las jornadas de mayo. Ninguna de esas organizaciones había participado, ni poco ni mucho, en la iniciación del movimiento. Pero ambas lo apoyaron enérgicamente desde el primer instante, se esforzaron por cohesionarlo y por darle objetivos políticos. El primer día de la lucha, la organización trotskista imprimió el siguiente volante,

que alcanzó gran popularidad en las barricadas, donde los mismos obreros cenetistas lo distribuían:

¡VIVA LA OFENSIVA REVOLUCIONARIA!

Nada de compromisos. Desarme de la Guardia Nacional Republicana (guardia civil) y de la Guardia de Asalto reaccionarias. El momento es decisivo. La próxima vez será demasiado tarde. Huelga general en todas las industrias que no trabajen para la guerra. Sólo el poder proletario puede asegurar la victoria militar.

¡ARMAMENTO TOTAL DE LA CLASE OBRERA!

¡VIVA LA UNIDAD DE ACCIÓN CNT-FAI-POUM!

¡VIVA EL FRENTE REVOLUCIONARIO DEL PROLETARIADO!

¡EN LOS TALLERES, FÁBRICAS, BARRICADAS: COMITÉS DE DEFENSA REVOLUCIONARIA!

Sección Bolchevique-Leninista de España

(por la IV Internacional)

Un día después, los «Amigos de Durruti» distribuían otro volante con estos párrafos principales:

CNT-FAI

Grupo de los Amigos de Durruti

Trabajadores, exigid con nosotros:

Una dirección revolucionaria, el castigo de los culpables, el desarme de todos los cuerpos armados que participaron en la agresión;

La disolución de los partidos políticos que se han alzado contra la clase obrera.

No cedamos la calle; la revolución ante todo.

Un segundo volante de los «Amigos de Durruti», de cuyo texto completo carezco, avanzaba estas dos consignas: «Junta revolucionaria» y «Todo el poder al proletariado», correspondiendo enteramente, aunque no en la terminología, con otro volante trotskista del que tampoco conservo ejemplar.

Resultado de enorme importancia, dada la filiación orgánica anarquista de los «Amigos de Durruti». Ambas consignas eran en-

teramente justas, aunque la realización de la toma del poder no pudiese ser una consecución inmediata, tanto por la debilidad de las dos únicas organizaciones que apoyaban la insurrección de mayo, cuanto por la desconexión entre el proletariado catalán y el del resto del país. La derrota no quita importancia al hecho de que los «Amigos de Durruti» sacasen en claro de la experiencia la necesidad de que el proletariado tome en sus manos el poder político, por medio de sus órganos representativos. Esa conclusión netamente política y revolucionaria, volverá a tener gran importancia en el futuro de las masas confederales, aunque por el momento parezca perdida en el ventarrón de la derrota, que tantas hojas arrastra, las unas realmente podridas, por más que aparenten vida, las otras sanas y dispuestas a crecer vigorosamente en la primera ocasión, por más que se trate de destruirlas. Bien es verdad que en medio del tronar de los fusiles, *Solidaridad Obrera*, expresando el sentir de la gente del «¡Alto el fuego!», trató a los «Amigos de Durruti» de provocadores y agentes capitalistas. Pero no lo es menos que la inmensa mayoría de los militantes confederales simpatizaba con ellos y sabía dónde estaban los agentes capitalistas. En las dos direcciones que se marcaron en mayo y dentro de la CNT, la de besos a los guardias de asalto y al stalinismo, y la de toma del poder político por el proletariado, se librará en el futuro la batalla por hacer de esa central sindical un instrumento más del Estado reaccionario o salvarla para la revolución. Ni el trabajo de los «Amigos de Durruti» ni el de la Sección Bolchevique-Leninista será baldío.

Expuesta brevemente la lucha de mayo y la actitud de las organizaciones situadas a la izquierda del conglomerado contrarrevolucionario del Frente Popular, veamos su significado político y sus consecuencias. Poco después de los acontecimientos, *La Voz Leninista*, el periódico del trotskismo, ya en plena ilegalidad, escribía: «mayo es el resultado de la política del Frente Popular, practicada al unísono por todas las organizaciones y partidos después de julio de 1936. Sobre el marco de una sociedad no caben dos poderes

sino el tiempo indispensable para que uno de los dos domine al otro. En mayo, el poder burgués era ya lo suficientemente fuerte para eliminar el factor obrero del poder, y esto fue lo que intentó y logró en buena parte». En efecto, la provocación stalinista fue simplemente el accidente que desbordó la paciencia del proletariado. No habiendo logrado constituirse en poder único, el disperso poder proletario resultante de las jornadas de julio venía siendo paulatinamente destruido por el poder capitalista redivivo en los líderes obreros.

Paralelamente eran atacadas las libertades políticas de las masas y sus conquistas económicas, iniciándose la represión contra los hombres más revolucionarios. El proletariado comprendía inequívocamente que se le estaba arrebatando la revolución, que los gobiernos de Valencia y Barcelona habían tomado a su cargo la empresa de la sublevación militar-fascista. Estando parcialmente armado y pleno de combatividad, el choque entre él y la nueva reacción era inevitable, por más que la carencia de una organización indisolublemente ligada a los intereses de la revolución lo condenase de antemano a la derrota. Si la provocación de la Telefónica no hubiese desencadenado la lucha, otra cualquiera habría producido el mismo efecto. El stalinismo las prodigaba, azuzando contra las masas los gobiernos nacional y regional. Uno de los dos debía morir: o la revolución o la nueva reacción stalino-capitalista.

En documentos semioficiales, la dirección anarquista propaló que la provocación de mayo formaba parte de un amplio plan bien meditado y tramado por el stalinismo y Estat Catalá para aniquilar a la CNT. No es necesario estar al tanto de las cábalas contrarrevolucionarias para saber qué hay de cierto en realidad. El plan de los conspiradores reaccionarios, a quienes el stalinismo capitaneaba, iba dirigido en general contra la revolución, y de manera inmediata contra el armamento obrero y los restantes Comités-gobierno, sin anular los cuales la reacción no lograría pasar adelante. Pero

estando la mayoría del proletariado catalán afiliado a la CNT, para aniquilar la revolución era menester dar mate al proletariado cenetista. En ese sentido, es indudable que la cábala reaccionaria se propuso acabar con la CNT como peligro revolucionario. Pero la verdad completa es que fue auxiliada por la propia dirección cenetista. Auxilio doble, en el período preparatorio de reconstitución de las instituciones capitalistas, y directo durante los combates callejeros de mayo.

En los momentos más difíciles para el capitalismo, la contrarrevolución procura obtener la complicidad de los dirigentes que tienen ascendencia entre el proletariado.

Únicamente por medio de ellos se puede poner en condiciones de atacar frontalmente la revolución. Y en situaciones como la de España, cuando la ola revolucionaria ha destruido todo lo viejo, la reacción depende enteramente de los líderes obreros. Las ideas llanamente capitalistas de los unos (stalinismo y reformismo), la falta de ideas o incluso la deficiencia de las ideas revolucionarias de los otros (anarquismo y poumismo), se convierten respectivamente en la base principal de la reacción capitalista y en la condición de su éxito.

Si aquéllos atacaban descaradamente la revolución, éstos otros la desviaban de su cauce y la desorganizaban. Un Largo Caballero, un García Oliver, una Montseny e incluso un Andrés Nin al principio, eran indispensables para impedir a la ola revolucionaria culminar en la toma de todo el poder político. Los nombres no son aquí más que símbolos, se trata de la política de las organizaciones respectivas. Mediante el contacto, en el Estado capitalista, con dirigentes de la CNT y el POUM, la reacción palpó experimentalmente su grado de resistencia, convenciéndose de que podía intentarlo todo sin que aquéllos le hicieran cara.

Con toda certidumbre, al tramar la provocación de la Telefónica, la contrarrevolución stalino-capitalista contaba, tanto o más que

con sus guardias civiles y de asalto, con la actitud que adoptarían los dirigentes de la organización más fuerte, la CNT. Si los hubiese visto dispuestos a apelar al proletariado, o siquiera a secundar una acción callejera de éste, no se habría atrevido a tomar la iniciativa, porque en el terreno de la acción se encontraba en gran desventaja. De antemano sabía ella que habría dirigentes con prestigio de luchadores revolucionarios que ordenarían a los trabajadores suspender el fuego y retirarse a sus domicilios. Es absolutamente innegable, para quienquiera ejerza con rigor el análisis político, que los dirigentes anarquistas, cualesquiera intenciones los animaran, fueron una pieza importantísima en la conspiración reaccionaria contra la revolución en general y contra el proletariado cenetista en particular. Si la CNT se revelara incapaz de enjuiciar con toda la severidad necesaria la conducta de su propia dirección, su destino ulterior como central sindical revolucionaria será más que incierto.

El carácter reaccionario de la provocación que originó los sucesos de mayo no admite la menor duda. Estaba contenido de antemano en el programa del Frente Popular, cifra de traiciones. Para el Frente Popular, la victoria de las masas sobre los militares, la guerra civil misma, eran una contrariedad, un estorbo embarazoso. Había venido al mundo con la misión de conciliar, en beneficio de la contrarrevolución rusa y de los imperialismos democráticos, las clases antagónicas de la sociedad. A esa coincidencia de la diplomacia moscovita con la diplomacia inglesa, francesa y yanqui, substrato último del Frente Popular, se debe que los partidos socialistas de todo el mundo, cuyo radio visual no quiere ni puede ya traspasar los límites que el capitalismo le marca, lo acogieran con tan señaladas muestras de satisfacción. Pero la guerra civil era una rotunda negación del Frente Popular. Allí donde él decía conciliación, las masas pusieron guerra, y no con frases sino iniciando la guerra civil. Lo que el frente popular se proponía conciliar quedó dividido desde el 19 de julio por una infranqueable línea de fuego. Sus patrocinadores rabiaban de despecho. Eso no estaba en sus planes,

eso no cuadraba con sus intereses. El esquema de la conciliación les fracasaba. Los elementos e instituciones a conciliarse habían sido rechazados por el proletariado al otro lado de las trincheras. La contrariedad era gravísima, pero no todo estaba perdido, puesto que el proletariado no llegó a organizar su propio poder. Por encima de las trincheras, destruyendo la obra revolucionaria de las masas, los hombres del frente popular recomenzaron inmediatamente la obra de conciliación con la burguesía fascista.

Pero ahora, dada la dominación revolucionaria de las masas, el frente popular debía persuadir a la burguesía española y mundial, dándole ruidosas pruebas de su propia naturaleza reaccionaria. Puesto que el mundo capitalista había sido rechazado a la zona franquista por las armas obreras, en la zona roja el frente popular debía defender los intereses tradicionales del capitalismo. Únicamente por ese camino se vislumbraba una posibilidad de conciliación. La perfidia de los gobiernos y organizaciones del frente popular se explica por este hecho: un capitalista, un fascista, un general o un obispo de la zona franquista eran para él sujetos susceptibles de conciliación; un revolucionario era un enemigo irreconciliable, un forajido, un quintacolumnista.

La tendencia a la «reconciliación entre españoles», empleando el lenguaje staliniano, al «Abrazo de Vergara», según el popular lenguaje de repulsa empleado entonces en España, o la paz con los fascistas, empleando el lenguaje que todo el mundo entiende, tenía que manifestarse rápidamente en el seno del frente popular. Así ocurrió. Tan pronto como los Comités-gobierno fueron debilitados y el Estado capitalista se consideró a salvo, apareció netamente dibujada en el stalinismo, y en el socialismo por las tendencias Prieto y Besteiro. Las capitales de los imperialismos democráticos y el Kremlin, presionaban en ese sentido, viendo la doble ventaja de aniquilar la revolución y disputarle a Hitler la posesión estratégica representada por la Península.

La provocación de mayo fue una de las medidas preliminares consideradas indispensables por el frente popular para llegar a la paz con el campo fascista. Por una parte, aplastando al proletariado, pensaba vencer la obstinada repulsa de las masas a la sola palabra «paz»; por otra parte, daba un ejemplo de resonancia mundial, de su fidelidad al orden capitalista. Si a pesar de su triunfo y de sus esfuerzos posteriores, la reacción stalino-capitalista no consiguió dar el abrazo amoroso a los «buenos españoles» franquistas, se debió a otras razones. Pero nadie podrá acusarla de no haber sabido reprimir la revolución.

Desde el punto de vista revolucionario, las jornadas de mayo representan la más alta experiencia del proletariado español. En ellas culmina el proceso revolucionario abierto en abril de 1931. Para calibrar bien su enorme valor político, hay que contemplar panorámicamente todo el proceso, despojarlo de detalles y elementos accesorios, y verlo con la nítida sencillez de quien observa desde lejos el perfil de una cadena de montañas.

Entonces todo se esclarece. El proletariado español inicia su lucha revolucionaria con el triunfo de abril de 1931, que instaaura la república. Despierta apenas a la actividad política, la cuestión del régimen social se le presenta muy indistinta y parece no tener más enemigo que la extrema derecha monárquica. La ilusión no dura más que un instante. La «república democrático-burguesa» —en realidad burguesa y pseudodemocrática— no es más que el terreno donde los antagonismos fundamentales de la sociedad se revelan en toda su amplitud y se polarizan. A medida que la república vive y se afirma, el proletariado se siente más extraño a ella; la república burguesa aparece frente a él, y él frente a la república. A partir de entonces, lo que yacía en el fondo de la crisis política, la necesidad de la transformación socialista del sistema, emerge a la conciencia del proletariado y pugna por realizarse, a despecho de los obstáculos que encuentra en las propias organizaciones obreras.

Gradualmente, el proletariado va identificando a todos sus enemigos, juzgándolos, no por la etiqueta política que ostentan, sino por la posición que toman frente a la revolución socialista. En octubre de 1934 el ataque obrero va dirigido ya contra el capitalismo, englobando en él desde los partidos fascistas y monárquicos hasta la derecha republicana, al paso que mira con desconfianza manifiesta a los republicanos de izquierda, que se mantienen dispuestos a correr en ayuda de Gil Robles-Lerroux. En Febrero de 1936, el fraude político del frente popular no consigue impedir que las masas respeten los límites impuestos por la república democrático-burguesa y tienen lugar las primeras expropiaciones. Cuanto aparecía como izquierda democrática se desplaza a la derecha, huyendo del ya irreprimible curso revolucionario del proletariado. La falta de organizaciones revolucionarias que guíen conscientemente la actividad del proletariado contra la prisión de la república democrático-burguesa, no impide al proceso revolucionario culminar. El desplazamiento a derecha de las organizaciones de izquierda, tanto republicanas como obreras, se acentúa a medida que el proletariado se aproxima a la etapa superior de su lucha. En julio de 1936 toda la estructura y la superestructura de la república capitalista sucumben ante el ataque de las masas. La derrota militar-fascista se convierte automáticamente en una derrota del frente popular, más particularmente de las organizaciones obreras comprometidas a mantener, frente a la revolución, la república capitalista. Pero la combinación de factores que produjo el 19 de julio velaba todavía la profunda oposición entre partidos obreros y revolución. Esa oposición no apareció en toda su espantosa realidad sino después del 19 de julio, cuando, frente a la obra revolucionaria de las masas, los partidos obreros se presentaban, desveladamente ya, como depositarios directos de las instituciones capitalistas en la zona roja. Una vez que lo hubo comprobado de mil maneras, el proletariado se sublevó contra ellos. Eran el Partido Comunista (stalinismo) y el Partido Socialista (reformismo).

Tal es el significado de las jornadas de mayo catalanas. En ellas culmina la crisis revolucionaria española, en ellas se condensa y precisa la experiencia de diez años de combates. En su lucha obstinada por dar una solución socialista a la crisis de la sociedad contemporánea, el proletariado español, habiendo empezado por atacar únicamente a los monárquicos, hubo de terminar atacando a los stalinistas y a los reformistas. Sublevándose contra la traición de esos partidos, el proletariado español señaló el paso decisivo al proletariado mundial. Repitiendo las palabras de un manifiesto de la Sección Bolchevique-Leninista poco después de la lucha armada, «el mito obrerista del frente popular cayó acribillado a balazos por millares de fusiles proletarios. Contrarrevolución y frente popular se escribieron conjuntamente con la sangre de los obreros caídos». Si el proletariado resultó vencido, gracias al nuevo colaboracionismo practicado por la dirección de la CNT, no por ello las jornadas de mayo pierden su espléndida ejemplaridad. Tanto en España como en el resto del mundo, el logro de la revolución requerirá frecuentemente jornadas de mayo victoriosas.

En relación con la provocación stalinista que de manera inmediata originó las jornadas de mayo, es imposible dejar de hablar del papel desempeñado por la representación diplomática rusa. No por secreto era ignorado. Detrás del stalinismo, llevándolo de la brida en su política general, trasmitiéndole constantemente sus principales consignas, induciéndolo a actos concretos, se mantenían los representantes diplomáticos rusos. La pista del golpe de mano organizado por Aiguadé y Salas, como, por otra parte, infinidad de actos menos conocidos de la conspiración reaccionaria, conducía al consulado ruso en Barcelona. Eso no altera lo más mínimo la significación política ni el alcance histórico de las jornadas de mayo. Al contrario, subraya por primera vez la naturaleza contrarrevolucionaria de la política exterior del Kremlin, claro avance de la que alcanzaría su apogeo en Europa oriental, mostrando a Moscú unido a Londres y Washington—los futuros Tres Grandes—

en una empresa común dirigida contra las masas. Pero únicamente cuando el proletariado ponga la mano encima a los archivos rusos podrán conocerse todos los detalles de la intervención reaccionaria de la diplomacia rusa. Añadamos que Moscú, pese a su triunfo, pareció descontento del resultado de las jornadas de mayo, pues el entonces cónsul en Barcelona, Antonof Ovseenko, fue llamado poco después a Moscú y desapareció para siempre de entre los vivos. Sin duda, porque la intervención del consulado era conocida de todo el mundo, por más que no se pudiese probar, y porque el Kremlin esperaba un control todavía más absoluto del que impuso.

Del hecho que la insurrección no obedeciese a un plan ofensivo y consciente, sino que fuera una violenta sacudida, un instintivo y desorganizado reflejo del ataque stalinista a la gestión obrera del servicio de teléfonos, las organizaciones que estaban en condiciones de llevarla al triunfo han sacado argumentos justificativos de su capitulación. La insurrección de mayo —han dicho— estaba necesariamente condenada al fracaso. Nada más lejos de la verdad. Desde la huelga revolucionaria de 1909, el proletariado español ha producido sus más admirables jornadas de lucha como consecuencia de graves intentonas reaccionarias. La insurrección de Asturias en 1934 fue una respuesta a la deliberada provocación de Gil Robles-Lerroux. La gran victoria de julio de 1936 comenzó también como una batalla defensiva y desorganizada, en respuesta a la provocación militar-fascista.

El empuje de las masas la convirtió en una formidable ofensiva socialista.

De la misma manera, y con no menos probabilidades de éxito, la provocación stalinista de mayo pudo haber sido cambiada en el triunfo decisivo del proletariado. Hubo oportunidad de aplastar a los provocadores de manera tan decisiva que jamás volvieran a levantar la cabeza. En realidad, los provocadores creyeron tener más fuerza de la que tenían, y atribuyeron al proletariado mucha

menos de la que le quedaba. Cometieron el mismo error que los militares en julio. Pero en julio, las masas insurrectas obligaron a los partidos del frente popular a situarse junto a ellas, porque los partidos mismos, habiendo fracasado los últimos intentos de entendimiento con los militares, no tenían otro camino de salvación que sonreír a las masas. Pero imagínense cuál hubiese sido el resultado de las jornadas de julio, si al lanzarse las masas contra las tropas y los fascistas, los dirigentes de las grandes organizaciones obreras se hubiesen puesto a gritar, ¡Alto el fuego! y ¡Besos a los militares! Toda la superioridad numérica y combativa del proletariado no habría impedido que los militares y los fascistas salieran políticamente triunfantes.

Eso es precisamente lo que ocurrió en mayo de 1937. El centro de la provocación reaccionaria se había desplazado al stalinismo y al reformismo. Las masas respondieron con más energía, más unanimidad y más consciencia que en julio; tenían posiciones fortísimas, y el triunfo habría sido esa vez inapelable. De hecho, tras las primeras veinticuatro horas de insurrección, el triunfo de las armas obreras era completo. Las masas no podían ser vencidas por las armas. Fueron paralizadas, lanzadas atrás y derrotadas por sus propios dirigentes, los únicos que estaban en condiciones de hacerlo. Los vencedores resultaron vencidos; el triunfo en las barricadas se convirtió en derrota política; el camino quedó expédito a la contrarrevolución. No; el catastrófico resultado de las jornadas de mayo no debe ser atribuido a la perfidia del stalinismo, ni al gobierno de Valencia y sus guardias de asalto, ni al de Cataluña y sus temblorosos escamots, ni al cónsul o embajador ruso. Todos ellos estaban en sus puestos, obraban como era de esperarse dadas sus ideas e intereses; la derrota de mayo se debe únicamente a la actitud adoptada por los dirigentes de la CNT, y en menor grado por los dirigentes del POUM. Las masas anarquistas contaban con su dirección, pero su dirección sólo apareció desde la barricada ene-

miga. Habrían podido ser organizadas por el POUM, pero el POUM se sometía a las decisiones de la dirección cenetista.

Los señores «anarquistas» —dos comillas me parecen pocas— se han justificado muy a la ventura, pescando razones aquí y allí, a medida que se les ocurrían *post factum*. El pretexto es tanto más obligado cuanto que la situación admite menos pretextos. Nadie podrá tacharme de parcialidad o tergiversación resumiendo sus justificaciones en estas tres:

1. Los intereses de la victoria militar sobre el campo franquista exigían concordia entre todos los partidos que había en el campo antifranquista.

2. La discordia en nuestra zona beneficiaba a Franco.

3. Las potencias democráticas habrían intervenido abiertamente contra nosotros, caso de haber resultado triunfantes los trabajadores. Y como refuerzo de este argumento se ha hablado de barcos de guerra británicos y franceses llegados al puerto de Barcelona apenas iniciados los combates callejeros.

Ninguno de esos argumentos resiste la crítica. Los tres se deducen de concepciones reformistas, no de concepciones revolucionarias. Pero hay que ser pacientes para refutarlos, porque los pretextos, eternamente renovados y eternamente embusteros, son el pan cotidiano con que los dirigentes oficiales del movimiento obrero calman la impaciencia de las masas, y aplazan la revolución hasta las calendas griegas.

La guerra civil no caía de las nubes, no tenía un carácter militar abstracto, puramente técnico. Era la continuación armada de la irreductible oposición de clases característica de la sociedad mundial contemporánea. La guerra venía a decidir lo que no había encontrado solución por los medios normales de la lucha de clases. Dicho de otra manera, la técnica militar no era más que un recurso supremo de la política. Se ejercía para satisfacer necesida-

des determinadas. Para las clases reaccionarias cuya representación armada expresaban los militantes antifranquistas, se trataba de salvar a cañonazos el sistema capitalista y su superestructura política. Para el proletariado y los campesinos que tan vigorosamente repelieron la intentona militar, se trataba exactamente de lo contrario: de aniquilar el sistema capitalista y cada una de sus instituciones, abriendo a la sociedad los horizontes infinitos del socialismo. Deduciéndola de sus finalidades, a cada campo le era propia, por consecuencia, una manera correspondiente de hacer la guerra. Tanto para sus fines estrictamente nacionales como para ganar la simpatía y el apoyo activo del capitalismo mundial, Franco tenía que adaptar su retaguardia, su ejército y sus medidas políticas, a los intereses esenciales del sistema. En consecuencia, defensa de los sagrados intereses de la propiedad contra la «barbarie» socialista, sujeción de las masas, orden jerárquico, religión, patria, familia, cuantas añagazas constituyen la metafísica de una sociedad de explotación¹.

Por el contrario, siendo la guerra civil producto del conflicto entre revolución y contrarrevolución, la eficiencia militar de nuestra zona exigía la adaptación de toda ella a los intereses de la revolución: organización socialista de la economía, poder revolucionario basado en la democracia de los Comités-gobierno, armamento proletario, ejército basado en la confianza de los milicianos hacia los mandos. Todo eso, que había sido emprendido el 19 de julio, constituía el motivo principal de lucha de las masas. Arrebatándose a las masas, la contrarrevolución stalino-capitalista sabotaba prácticamente la lucha militar contra Franco y los actos de solidaridad del proletariado mundial. Los enemigos de la revolución lo

1. Desde los primeros días de la guerra civil, la peseta ficticia de Franco, totalmente carente de respaldo metálico, se cotizó en el mercado mundial mucho más alta que la peseta «republicana», respaldada por todo el oro del Banco de España. Indudablemente, la metafísica reaccionaria tiene para el capitalismo mundial un valor más constante que el oro con que pueda contar la revolución.

eran también de la guerra civil. La concordia con ellos sólo podía lograrse a expensas de la revolución y en perjuicio de la lucha militar. Hablando desde su barricada, los dirigentes anarquistas asesaron a las masas un golpe más grave que todas las maquinaciones stalinistas, que el aparato militar de Franco o la ayuda de Hitler y Mussolini.

El ¡Alto el fuego! hundió en terrible postración no sólo al proletariado catalán, sino al de todo el país².

De una «concordia» que destruía la energía revolucionaria de las masas se beneficiaba directamente Franco. Lo que, por oposición a ella, calificaron de discordia los dirigentes anarquistas durante los acontecimientos de mayo, no es otra cosa que la lucha de clases. Su argumento justificativo se convierte pues en este absurdo: que practicar consecuentemente la lucha de clases era perjudicial a la guerra, ella misma expresión armada de la lucha de clases. Así, indirectamente, la justificación de los líderes anarquistas da la razón al stalinismo, quien sostenía que nuestra guerra nada tenía que ver con la lucha por la Revolución. Por otra parte, el objetivo general de Franco era la concordia entre españoles, es decir, la prohibición de oponer proletariado a burguesía, socialismo a capitalismo, impidiendo, por la dictadura, las manifestaciones políticas de la lucha de clases. La «discordia» del proletariado con los traidores a la revolución, lejos de favorecer a Franco, era un arma de incalculables efectos contra él y contra cuanto él representaba nacional e internacionalmente, a condición, claro está, de triunfar sobre los traidores. Impidiendo el triunfo, los dirigentes anarquistas

2. En las semanas siguientes a la derrota de mayo, he visto, en la zona de Puigcerdá, centenares de viejos militantes cenetistas llorar de ira y de dolor por la traición de que habían sido víctimas. Todas sus conquistas les habían sido arrebatadas, y el terror staliniano-gubernamental había caído sobre ellos, testimoniando el verdadero significado de la concordia. No era tan grave la derrota como la decepción de una dirección en la que habían depositado su confianza. Después de lo visto en mayo, ¿en qué creer y por qué luchar?—tal era la reflexión corrosiva que abatía los entusiasmos—.

dieron libre curso a la dictadura staliniano-capitalista, precursora de la de Franco. Ciertamente, la victoria proletaria en mayo, que habría aniquilado a los últimos representantes del capitalismo en la zona roja, hubiese significado un golpe tremendo para el éxito de las armas franquistas. Quienquiera sea incapaz de comprender la eficiencia militar de una política revolucionaria, ignora la esencia misma de toda guerra civil.

El tercero de los argumentos citados es todavía más endeble que los otros dos. Muy probablemente, los buques extranjeros llegados a Barcelona no tenía otra misión que embarcar sus nacionales y sus representaciones diplomáticas, caso de necesidad. En cuanto a la intervención, formal o informal, de las potencias imperialistas contra el proletariado triunfante, si bien entraba dentro de lo posible y hasta dentro de lo lógico, no era parte a justificar la capitulación del proletariado ante los contrarrevolucionarios. Sin forjarse ninguna ilusión —a menos que se tenga por tal la convicción de la madurez de Europa para el socialismo y de la voluntad proletaria para ayudar a la revolución española— se podía tener por cierto que el proletariado español habría disfrutado de una solidaridad internacional mucho más extensa y activa que aquella que, antaño, impidió la intervención extranjera en gran escala contra la revolución rusa. Francia se hallaba al borde de la guerra civil, Mussolini se tambaleaba, en Inglaterra renacía la ofensiva obrera, Hitler mismo resentía el efecto de la esperanza mundial despertada por la revolución española, y Stalin habría sido definitivamente desenmascarado. No, la revolución española no estaba sola; a la intervención de las potencias imperialistas o del Kremlin, hubiera podido responder sublevando contra sus respectivos gobiernos las masas de los países intervencionistas.

Sin duda, esta solución les parecerá utópica a quienes en mayo capitularon. ¿Qué tiene de asombroso si la revolución española misma, después de hecha por las masas, les pareció una utopía?

La revolución no conseguirá jamás evitar el ataque de la reacción internacional sino por el contraataque del proletariado internacional. Lo utópico es esperar, para hacer la revolución, a que lo consienta el capitalismo mundial o permanezca neutral. Una revolución no es algo que se inicia o se frena a placer, en espera de seguridades contra la intervención exterior. Fenómeno social en el cual convergen infinidad de factores lentamente producidos por el proceso histórico, al hacer irrupción en la escena política rehúsa terminantemente toda dilación o modificación. Lleva en sí una imperativa dinámica que la obliga a desenvolverse, cualesquiera que sean las condiciones internacionales, buenas o malas. Pero ella misma, precisamente por ser un fenómeno extraordinario lentamente preparado por la evolución humana, encierra una inmensa capacidad modificadora de las condiciones internacionales, pues la mayoría de la humanidad anhela su llegada. Habiendo tenido en sus manos esa palanca capaz de mover mundos, los dirigentes anarquistas, no sabiendo reconocerla o temerosos de emplearla, la depositaron, hecha pedazos, a los pies de las condiciones internacionales.

En último análisis, rechazar o simplemente frenar la revolución para evitar la intervención de sus enemigos exteriores, es una táctica tan sensata como la de suicidarse para evitar ser asesinado.

Se ha recurrido además, teniendo en cuenta ya los catastróficos resultados del ¡Alto el fuego!, a otra justificación que pretende ser estratégica, puramente interior y determinada por los intereses de la revolución. Se han servido de ella alternativamente los dirigentes de la CNT y del POUM. Cataluña —han dicho— estaba aislada. El proletariado del resto de nuestra zona, falsamente informado por el Gobierno, stalinismo y reformismo, quienes presentaban como fascista la insurrección catalana, no la apoyaba. En el supuesto de que se hubiese tomado el poder, Cataluña habría entrado en con-

flicto con el resto de nuestra zona. La retirada era obligada para no desequilibrar la marcha entre uno y otro proletariado.

Seguir adelante en Cataluña no sólo habría sido aventurismo y ultraizquierdismo. Era necesario esperar que el proletariado en general se pusiese a compás del proletariado catalán.

Tal parece que quienes esgrimen este argumento hubieran cavilado diariamente de sol a sol sobre la manera de tomar el poder. El argumento se convierte en risible recordando que la CNT y el POUM nunca hablaron, ni antes ni después de mayo, de que el proletariado y los campesinos se adueñasen del gobierno. Fue un problema inexistente para esas organizaciones, cual si jamás se hubiese hecho mención de él en el movimiento obrero mundial. Pero debemos olvidarlo momentáneamente para refutar el argumento como si fuera auténtico.

En primer lugar, la información que de los hechos de mayo recibiera el proletariado no catalán dependía de quien saliera victorioso. Hasta hoy, la historia la han escrito los vencedores, y los vencedores, siempre que han representado intereses reaccionarios, la han falsificado. Cuando el ¡Alto el fuego! hubo vencido a los trabajadores, la censura fue impuesta en Cataluña, única región todavía a salvo de ella. El stalinismo y sus auxiliares reformistas y burgueses quedaron en libertad de propalar su calumniosa versión de los acontecimientos. Tanto, que hoy mismo parte del proletariado español no conoce más que la versión contrarrevolucionaria. En segundo lugar, la CNT tenía medios más que sobrados para informar verídicamente al proletariado español, pasando por encima de la censura, desde que sonaron los primeros disparos. Se abstuvo de hacerlo únicamente por no obstaculizar la obediencia a la orden de ¡Alto el fuego!, en manera alguna por razones de estrategia revolucionaria. ¿Qué impidió a la CNT radiar la verdad de lo ocurrido, denunciar la gravedad de la provocación staliniano-capitalista y pedir auxilio a las masas obreras y campesinas de todo el país,

en lugar de radiar sus mensajes de fraternidad a stalinistas y guardias? La verdad es que ni la CNT con sus poderosos recursos, ni el POUM con los suyos más reducidos, quisieron dar una información verídica a la totalidad del proletariado. No pensaban más que en la extinción del conflicto, por reconciliación con los contrarrevolucionarios, lo más pronto posible, antes de que el proletariado del resto de nuestra zona pudiese imitar al catalán. Mal podía hacerse así la junción entre uno y otro proletariado.

El hecho que nadie puede negar es que la victoria, militarmente, correspondió al proletariado. A partir de ese momento, no había otro camino, desde el punto de vista de la revolución, que consolidarla políticamente y aprovecharla a fondo. Antes de que estallaran los acontecimientos de mayo sí se debió retener al proletariado catalán, no para hacerle desistir del ataque, sino para preparar, conjuntamente con todo el proletariado, el ataque decisivo a la contrarrevolución stalino-capitalista. Una vez la lucha iniciada, el desnivel tenía que cubrirse poniendo todo el proletariado, o al menos el de las ciudades principales, al nivel del catalán. El retroceso de éste significa forzosamente una derrota tremenda y general, que no permitiría hablar más de ataque. Si bien la revolución debe procurar siempre escoger el momento y las condiciones más ventajosas de lucha, tiene ella un proceso propio de desarrollo que no le permite esperar indefinidamente la maduración de todas las condiciones necesarias a su triunfo. Pero ella misma es, por su sola presencia, la más poderosa palanca transformadora de las condiciones que conozca la historia. No son más que mediocres revolucionarios, de aquellos aptos para cavar su tumba, quienes se revelan incapaces de manejar esa palanca. El indiscutible triunfo militar del proletariado catalán, afirmado en triunfo político, lo que se hubiera conseguido con cinco palabras de la CNT: «Tómese por asalto la Generalidad», habría transformado radicalmente el panorama de las condiciones en el resto de la zona roja. En Castilla, Valencia, Andalucía, Asturias y Vasconia, la irritación del proleta-

riado contra la reaccionaria política gubernamental no era inferior que en Cataluña.

Era mayor la impotencia debido a varios factores: menor densidad demográfica del proletariado, proximidad de los frentes de guerra y, sobre todo, mayor control de los aparatos orgánicos de los partidos «Comunista» y «Socialista». La conciencia contrarrevolucionaria de estos aparatos, ausente en el de la CNT, que al día siguiente del 19 de julio permitió a la revolución ir más lejos en Cataluña que en el resto del país, establecía la misma separación en mayo, dejando expectante al proletariado no catalán. En aquellos meses, el Estado capitalista estaba prendido únicamente al aparato «comunista» en primer término, «socialista» en segundo; así y todo muy mal, con hilvanes y parches. Un triunfo indiscutible del proletariado catalán habría roto los débiles hilos que mantenían al proletariado del resto del país atado a los aparatos «comunista» y «socialista», provocando instantáneamente la junción con Cataluña. El polo capitalista del poder, trabajosa y malamente rehecho, no podía considerarse firme hasta no haber vencido y desarmado al proletariado catalán. Por el contrario, la victoria del proletariado catalán significaba la desaparición de aquél. Era tan débil y ficticia la reconstitución del Estado capitalista, que su propia representación máxima, el gobierno de Largo Caballero, no se habría atrevido a hostilizar al proletariado catalán triunfante. En todas partes se hubiese planteado inmediatamente y con las mayores probabilidades de victoria, la cuestión de cuestiones: todo el poder al proletariado. Lejos de faltar condiciones para la victoria en mayo, una vez segura la victoria militar, las condiciones restantes estaban dadas por consecuencia, sin otro esfuerzo que afirmarlas políticamente y hacer llamamiento al resto del proletariado.

Transformando por su intervención capituladora, la victoria militar en derrota política, la alta dirección de la CNT dio el aliento que

les faltaba a los aparatos stalinista y reformista, sustento único del reaccionario, viejo Estado.

Uno a uno, los argumentos empleados por los capituladores en su descargo rebotan en la realidad y van a gritarles en las narices: no hubo ningún momento más propicio y más seguro para el triunfo de la revolución, no lo habrá tampoco en el porvenir; habéis hecho la victoria muchísimo más difícil y costosa. En efecto, el gran mérito de las jornadas de mayo es haber derrotado militarmente al stalinismo, que por primera vez desempeñaba el cometido de vanguardia ideológica y fuerza de choque de la contrarrevolución. De haberse transformado la realidad de la calle en la toma del poder, el papel del stalinismo en el movimiento obrero habría quedado definitiva y mundialmente esclarecido, ahorrando al proletariado europeo las nuevas traiciones de que el stalinismo le ha hecho objeto durante y después de la guerra imperialista. Muy probablemente, ni siquiera hubiese tenido la oportunidad de traicionar, porque la revolución española habría impedido la guerra imperialista y puesto en el orden de las posibilidades inmediatas la revolución europea.

El costo de la derrota política de mayo, que todavía está pagándose bajo Franco, empezó a pagarse inmediatamente que los obreros se retiraron de las barricadas.

Centenares de militantes —de los mejores militantes— fueron asesinados en checas stalinistas, comisarías, y en las afueras de la ciudad. Todo un equipo de dirigentes de las Juventudes Libertarias, veintitantos hombres, de los cuales el más conocido era Martínez, fueron encontrados muertos junto a una carretera. Sin citar más que los nombres conocidos, fueron asesinados Camilo Berneri, y Barbieri, anarquistas, y poco después Andrés Nin (POUM) y los trotskistas Wolf y Freund («Moulin») y tantos otros cuyos nombres es imposible recordar, sin hablar de los millares de encarcelados. El número de militantes asesinados en el transcurso de la domi-

nación stalino-negrinista se eleva a varios millares. La mayoría de los casos sólo podrán conocerse el día que el proletariado haga la revolución. Para caracterizar la intensidad y la calidad del terror gubernamental, nada más apropiado que las palabras de Irujo, representante de los católicos vascos en el gobierno Negrín. Sus palabras tienen aún mayor valor por haber sido dichas en el proceso seguido más tarde contra el POUM, cuando se ejercía toda la coacción y el terror gubernamental para impedir testimonios favorables a los acusados. En estas condiciones, y dado el acuerdo general del declarante con la política stalinista, las palabras de Irujo deben ser consideradas como una verdad atenuada: tras las jornadas de mayo —dijo— «los revolucionarios amanecían asesinados en las cunetas de las carreteras, en mayor cantidad que en la zona franquista».

El precio político de la derrota no se hizo esperar. La Sección Bolchevique-Leninista y los «Amigos de Durruti», las únicas organizaciones que habían apoyado decididamente la insurrección obrera, fueron lanzadas a la ilegalidad por la violencia misma de la represión.

Semanas después, todas las oficinas del POUM eran clausuradas, prohibido su periódico, incautada su imprenta. El orden público y la dirección militar del frente aragonés pasaron a manos del gobierno central, a ruego de los mismos stalinianos y pequeño-burgueses que hacían gala de su catalanismo. Mientras Barcelona era atiborrada de guardias de asalto, civiles y de carabineros, pertrechados con las mejores armas, el Gobierno consideraba fascistas a los obreros que guardaban en su poder un fusil o una pistola. Nuestra retaguardia tomó el aspecto que tuvieron todas las ciudades españolas bajo el gobierno Lerroux-Gil Robles. Millares de guardias, fusil al hombro, cartucho cortado, deambulaban por las calles, vigilaban las fábricas y los barrios obreros, protegían los bancos, las oficinas gubernamentales y las residencias de los diri-

gentes traidores. La infame campaña de «todas las armas al frente» había triunfado.

La victoria de la contrarrevolución tenía que cuajar en un nuevo Gobierno. Todavía no terminaba el mes de mayo cuando el partido stalinista, siempre a la cabeza de la iniciativa reaccionaria, provocaba la dimisión del gobierno de Largo Caballero, quien por su parte se dejó echar sin resistencia, no obstante que habría podido recibir, en cuanto lo solicitara, todo el apoyo de las masas contra el stalinismo. Se constituyó el conocidísimo gobierno Negrín, del que debo decir algo aquí, antes de dedicarle, al final de esta obra, el capítulo que se merece.

Si bien es verdad que en el Partido Socialista, sin que fuera excepción entre los partidos españoles, las cabezas no se distinguían por su luminosidad, la de Negrín, médico con veleidades políticas a la rebusca de algo, era una de las más opacas. Eso hizo su suerte, permitiéndole ser durante cerca de dos años jefe del Gobierno, adquirir renombre y envilecerse. Pero para la piel de un Negrín el renombre es una satisfacción, aunque sea el renombre del torsionario. Había llegado la hora del festín para todas las tendencias reaccionarias pro abrazo de Vergara. Las principales eran el stalinismo y la derecha socialista representada por Prieto.

Pero si estaban de acuerdo en los lineamientos principales de la política a seguir —abatir enteramente la revolución, meter en cintura al proletariado, hacer la paz con la pandilla franquista— divergían en cuanto al patronato internacional que habría de dominar en España. El stalinismo representaba a la contrarrevolución rusa, ya en busca de sitios donde meter la mano; el reformismo representaba al imperialismo inglés y francés, al yanki también aunque éste siguiera de lejos los acontecimientos de España. La oposición de estos factores, convergentes en la misma labor reaccionaria, dio su oportunidad a la opacidad de Negrín. Las tendencias convinieron en él como presidente del Gobierno, por su falta de personali-

dad y porque cada una pensaba dominarlo. Prieto creyó salir ganando, pues Negrín había formado hasta entonces entre la gente de su clientela. Pero el stalinismo, ducho en la manipulación de hombres no sobrados de honradez y enteramente desprovistos de convicciones, se metió en seguida a Negrín en el bolsillo.

Una de las primeras declaraciones de Negrín, ya presidente del Gobierno, fue para anunciar al mundo en general, y a la zona franquista en particular, su propósito contrarrevolucionario y de capitulación ante el enemigo: «Todavía es prematuro para hablar de paz; ya llegará el momento oportuno. No podemos hablar de paz antes de haber asegurado la tranquilidad absoluta en la retaguardia». ¿Qué tranquilidad era turbada en la retaguardia y quién la turbaba? Lo hemos visto en las páginas y capítulos anteriores. La tranquilidad de quienes suprimían las libertades y conquistas obreras, destruían las colectividades agrícolas, expropiaban la industria al proletariado mediante la nacionalización o la devolución a los antiguos propietarios, desarmaban al proletariado, reponían en vigor, en el ejercicio, el código militar de Carlos IV; perseguían, fusilaban, asesinaban y calumniaban a los revolucionarios; era la tranquilidad de la dictadura policíaca que Negrín se iba a encargar de establecer, bien aconsejado y secundado por la GPU. Esa tranquilidad la turbaba únicamente el proletariado, al que Negrín se proponía inmovilizar por completo antes de tender la mano a Franco. Los fascistas y viejos reaccionarios existentes en nuestra zona, estaban todos detrás de Negrín y el stalinismo, unos activamente y otros pasivamente. Pero en efecto, todavía era prematuro para hablar de paz. Al proletariado le quedaba suficiente fuerza para impedirlo, pese la derrota de mayo. La avalancha de indignación y protestas que provocaron las declaraciones de Negrín, incluso en el Partido Socialista, le obligaron, junto con sus flamantes consejeros stalinistas, a atemperar sus ardores por abrazar a los fascistoides franquistas. Y cuando la dictadura policíaca llegó a ser suficientemente fuerte para impedir toda protesta proletaria, ya

era tarde para que Franco aceptara pactar con miserables traidores que, al hacer el propio trabajo represivo de Franco, le daban la victoria. Del triunfo sobre el proletariado en mayo, a la fraternidad con el enemigo fascista. Tal fue el resultado del ¡Alto el fuego!

El órgano del imperialismo financiero británico, *The Times* (8 octubre 1937), regocijándose por la obra de Negrín, indicaba expresamente que iba dirigida a ganar la voluntad del generalato franquista: «Al establecer la ley, el Gobierno hace un llamamiento a algo más que la simple confianza popular. Este llamamiento bien podría ser capaz de atravesar la frontera de las trincheras». Esta flemática sinceridad de la revista de la City —información diplomática— nos ahorra tener que insistir sobre el carácter contrarrevolucionario, traidor militarmente, del gobierno stalinista presidido por Negrín.

Recordemos únicamente el proceso general: «todas las armas al frente», «menos comités y más pan», «todo el poder para el Gobierno», «ejército popular», «quienes colectivizan y hablan de revolución social son ladrones», «trotskistas agentes de Franco», «anarco-trotskistas», etc. El todo, se transformó, mediante la orden de «¡Alto el fuego!», en un Gobierno dominado por el stalinismo que aspiraba a hacerse escuchar del generalato franquista, dándole pruebas terminantes de su capacidad para reprimir la revolución. Así se aniquiló un movimiento que, triunfante, habría cambiado todo el curso de la historia europea y mundial.

El gobierno stalinista de Negrín va a liquidar enteramente la revolución y dar una muestra de lo que en Rusia es el gobierno del «padre de los pueblos». Pero, sin adelantarme a lo que ha de ser dicho en el capítulo correspondiente, sería injusto terminar éste sin decir que la obra del gobierno Negrín tenía su génesis en la obra previa del gobierno Largo Caballero. Este, gracias al apoyo de la CNT y del POUM, inició la destrucción o la sumisión de los Comités-gobierno, el desarme de las masas, la expropiación del proletariado

mediante la nacionalización, la reconstitución de los cuerpos coercitivos y de los tribunales capitalistas, la reconstitución del viejo ejército. Todas y cada una de las medidas que al final del gobierno Negrín materializan ya la contrarrevolución, arrancan del gobierno Largo Caballero. Una sombra sólo de poder capitalista, bastó para rehacerlo todo en carne y hueso. Capitalismo y socialismo son inconjugables.

VI
DE JULIO DEL 36
A MAYO DEL 37

AGUSTÍN GUILLAMÓN



Proletarios armados dispuestos a ir a por el todo

PRESENTACIÓN

Agustín Guillamón lleva publicando desde hace varios años materiales sobre la lucha de clases en los años treinta, a través de la revista *Balance*, así como múltiples libros donde profundiza en las enseñanzas que nos deja ese periodo de luchas como *Barricadas en Barcelona*, *Los Comités de defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*, *La revolución de los comités* y un largo etcétera¹.

Con especial interés trata la formación de ciertas minorías proletarias, como Los Amigos de Durruti por su progresiva y determinante ruptura, aunque incompleta, con la ideología socialdemócrata del anarcosindicalismo. Al mismo tiempo que señala acertadamente algunas de las debilidades de esta agupación, como la falta de decisión a la hora de la ruptura organizativa con la CNT².

Según sus análisis, los hechos de mayo de 1937 son la materialización de un enfrentamiento irresuelto y cada vez más enquistado entre el proletariado que aplastó el golpe de julio de 1936 y la burguesía republicana que está decidida a reconstruir el Estado burgués a cualquier precio. Se trata de una guerra de clases dentro del llamado bando republicano, en la que la burguesía gana terreno gracias a la actitud colaboracionista de la CNT. Guillamón llega a una conclusión fundamental: que la CNT abraza un programa de unidad antifascista y que es este programa el que le lleva a la colaboración burguesa. En consecuencia, la CNT era incapaz de concebir la revolución social aunque la estuviera viendo, e impidió que esa enorme fuerza social que obtuvo en julio de 1936 destruyera el

1. Recientemente, la editorial Descontrol ha publicado el libro de Agustín Guillamón *Insurrección, Las sangrientas jornadas del 3 al 7 de mayo del 1937* en el que se profundizan y desarrollan aspectos desconocidos de la revuelta.

2. Al respecto recomendamos su libro *Los Amigos de Durruti. Historia y antología de textos*, editado por Descontrol.

Estado, lo que permitió que la burguesía se reorganizara y recuperara el control. Ese proceso es lo que está detrás de los sucesos de mayo de 1937.

En cuanto a las posiciones de Agustín Guillamón cabe destacar aspectos que no compartimos en su planteamiento sobre las causas de la derrota proletaria. Como considerar de algún modo que la participación «democrática» en los comités o consejos evitaría la infiltración de las concepciones burguesas del poder y facilitaría la hegemonía de las posiciones revolucionarias, cuando históricamente las asambleas o consejos no han sido sinónimo de la imposición de las posiciones revolucionarias. Por falta de perspectiva claramente revolucionaria, la mayor parte de dichos órganos apoyaron las medidas más reformistas o claramente contrarrevolucionarias y represivas. Así fue en el proceso revolucionario en Rusia en 1917 o en el de Alemania de 1918 a 1921. Por encima de dichas formas está el contenido que no puede garantizarse por mecanismos formales de decisión.

En cuanto a su percepción de la guerra de clases y la guerra interburguesa en España de julio de 1936 a 1939, su posición no es tan categórica como en el texto de *Bilan* y hasta cierto punto es ambigua. Considera con acierto que el frente antifascista y la guerra de posiciones es una forma de debilitar y masacrar al proletariado, de aniquilar la revolución, pero al mismo tiempo no denuncia el apoyo crítico que realizan ciertas expresiones que como Durruti se someten al colaboracionismo de la CNT y del POUM y, por lo tanto, al frente antifascista. En esos casos parece olvidarse que esos militantes y expresiones fueron subsumidos en la política del Frente Popular de primero la guerra contra el fascismo, y luego la revolución. Una secuencia ficticia pues en esa supuesta guerra contra el fascismo se aplastó al proletariado y su revolución por medio de los frentes.

Al mismo tiempo, da una importancia a pequeños actos de rebelión e indisciplina emanados de esos militantes que para nosotros están sobrevalorados. Más importante que las potencialidades son los hechos, y los hechos dicen que colaboraron con su propio exterminio a través del frente. A pesar de los puntos de ruptura de esos militantes y expresiones, sus debilidades neutralizaron sus posiciones revolucionarias arrastrándolos a servir al frente y al antifascismo, a la derrota de la revolución.

Evidentemente, como en las demás presentaciones, estas breves críticas que hacemos a las posiciones de Guillamón deben de ser entendidas como un aporte crítico al balance de nuestra clase. Estas críticas compañeras son totalmente coherentes con la afirmación de que, tanto en este texto, como en el extensísimo material que ha ido publicando, el compañero Guillamón hace aportes fundamentales al balance de la lucha de clases en España en los años treinta del siglo xx. Su extensa obra es fundamental para entender cuál es el campo burgués y cuál el proletario; delimitando el campo social: la defensa práctica de la sociedad de clases por un lado y la lucha contra ella por el otro. Su trabajo es un esfuerzo indispensable para la afirmación del programa de la revolución social.

DE JULIO DEL 36

A MAYO DEL 37

El poeta surrealista francés Benjamin Péret, que estuvo en Cataluña desde agosto de 1936 hasta abril de 1937, en sus reflexiones sobre la Guerra civil, se planteó estas preguntas: «¿Cuál es la naturaleza de la revolución del 19 de julio de 1936? ¿Burguesa, antifascista, proletaria? ¿Existía una dualidad de poderes el 20 de julio de 1936? ¿En beneficio de quién evolucionó? ¿Qué fuerzas presidieron su liquidación? ¿Los trabajadores habían tomado el aparato de producción? ¿La nacionalización de la producción ha consagrado una situación de hecho o ha creado las bases materiales de un capitalismo de Estado? ¿Las organizaciones obreras (partidos, sindicatos, etcétera) intentaron organizar un poder obrero? ¿Dónde y en qué condiciones? ¿Por qué no ha llegado a la liquidación del poder burgués? ¿Por qué la revolución española acabó en desastre?»

En treinta y dos horas el pueblo de Barcelona había vencido al ejército. Contabilizados ambos bandos, el saldo fue de unos cuatrocientos cincuenta muertos (en su mayoría cenetistas) y miles de heridos. Casi todas las iglesias y conventos, algunas ya desde la mañana del 19 de julio de 1936, volvieron a arder. El proletariado barcelonés estaba armado con los treinta mil fusiles de San Andrés. Escofet dimitió a finales de julio de su cargo de comisario de orden público, porque ya no podía garantizarlo. (La guardia de asalto y la guardia civil eran sin duda, desde un punto de vista militar, más eficientes y disciplinadas que los comités de defensa, o los distintos grupos de obreros armados, pero sin la multitudinaria participación popular en la calle, esas compañías de guardias civiles o de asalto, políticamente conservadores o fascistas, se hubieran pasado con armas y bagajes del lado de las tropas sublevadas: no eran ni los vencidos ni los vencedores de la jornada).

La sublevación militar y fascista, que contaba con la complicidad de la Iglesia, fracasó en casi toda España, creando como reacción una situación revolucionaria. La derrota del ejército por el proletariado en la «zona roja» había dinamitado el monopolio estatal de la violencia, brotando de la explosión una gran variedad de poderes locales, directamente asociados al ejercicio local de la violencia. Violencia y poder estuvieron íntimamente relacionados. Esa situación revolucionaria común fue la que hizo surgir juntas revolucionarias de ámbito regional o comarcal en Málaga, Barcelona, Aragón, Valencia, Gijón, Madrid, Santander, Sama de Langreo, Lérida, Castellón, Cartagena, Alicante, Almería, entre las más destacadas, en todos los lugares de España donde la sublevación fascista había sido derrotada. El ejercicio de la violencia era en sí misma la manifestación del nuevo poder obrero: por todas partes surgían comités, barricadas y patrullas de control, milicias populares y de retaguardia, coches y camiones incautados con siglas pintadas en las carrocerías, pases emitidos por los comités de defensa. En todas partes se producía la quema de las iglesias y conventos, saqueo de las casas de la burguesía; persecución, encarcelamiento o asesinatos «in situ» de fascistas, militares sublevados, patronos y clero; incautación de fábricas, cuarteles y locales de todo tipo; comités de control obrero y un largo etcétera, consecuencia del armamento del proletariado.

Más que dualidad de poderes lo que existía era una atomización del poder. Aunque las instituciones estatales seguían en pie, la CNT-FAI decidió que era necesario aplastar primero al fascismo allí donde había triunfado, y aceptó crear al margen de la Generalidad, cuya existencia no era cuestionada, un Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña (CCMA), que prolongaba la colaboración del comité de enlace militar, existente durante el combate contra los sublevados, entre la Generalidad, los militares leales, el Comité de Defensa confederal y los otros partidos y organizaciones obreras y republicanas.

El mismo día 20, por la tarde, Companys, como presidente de la Generalidad, que aún existía, llamó a palacio a los líderes de las distintas organizaciones, entre ellos los anarquistas. Se sometió a discusión de un pleno de militantes, reunido en la Casa CNT-FAI, si debían acudir a la cita propuesta por el presidente de la Generalidad, y tras un somero análisis sobre la situación existente en la calle, se decidió enviar al Comité de Enlace con la Generalidad a que parlamentara con Companys. Acudieron al encuentro armados, sucios por el combate y somnolientos: Buenaventura Durruti, Juan García Oliver, «Abad de Santillán», José Asens y Aurelio Fernández (que sustituía al fallecido Ascaso). Reunidos con los delegados de las distintas organizaciones políticas y sindicales en el Patio de los Naranjos, esto es, de Andreu Nin, Joan Comorera, Josep Coll, Josep Rovira, entre otros, comentaban entre sí los acontecimientos vividos, pasando todos animadamente de un corrillo a otro, hasta que se presentó Companys, acompañado por Pérez Farrás. Los distintos grupos se fusionaron en uno solo, compacto y alargado, en respetuoso silencio. Companys los miró a todos, uno a uno, satisfecho, sereno y sonriente. Fijando su mirada en la delegación cenetista les felicitó

Habéis ganado. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los guardias de asalto y de los mossos d'esquadra.

Prosiguió meditativo:

Pero la verdad es que perseguidos duramente hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares y fascistas.

Tras reconocer a todos los allí presentes, en pie, formados en corro junto a él, como los dueños de la calle, preguntó «¿y ahora qué hemos de hacer?». Mirando a los cenetistas les dijo: «¡algo hay que hacer ante la nueva situación!». Prosiguió alertándoles que, aunque se había vencido en Barcelona, la lucha no había finaliza-

do, «no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España»» luego subrayó su posición y el papel que él podía jugar en su cargo:

[...] por mi parte, yo represento a la Generalidad, un estado de opinión real pero difuso y un reconocimiento internacional. Se equivocarían quienes considerasen todo esto como algo inútil.

para terminar afirmando que si era necesario formar un nuevo gobierno de la Generalidad «estoy a vuestra disposición para hablar». García Oliver respondió:

Puede continuar siendo Presidente. A nosotros no nos interesa nada referente a la presidencia ni al gobierno.

Como si hubiera interpretado que Companys renunciaba a su cargo. Tras este primer contacto, informal y apresurado, de los diversos delegados, de pie y en torno a Companys, éste les invitó a entrar en un salón del palacio para, cómodamente sentados, coordinar la unidad y colaboración de todas las fuerzas antifascistas, mediante la formación de un comité de milicias, que controlara el desorden de la calle y organizara las columnas de milicianos, que debían partir ya hacia Zaragoza.

El Comité Regional ampliado de la CNT, informado por la delegación cenetista de la entrevista palaciega, acordó tras una rápida deliberación comunicar telefónicamente a Companys que se aceptaba en principio la constitución de un Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), en espera de la resolución definitiva que se adoptara en el Pleno de Locales y Comarcales, que había de reunirse el día 21. Esa misma noche Companys mandaba imprimir en el Boletín Oficial de la Generalidad un decreto de creación de esas Milicias ciudadanas.

El martes 21 de julio, en la Casa CNT-FAI, se sometió a la aprobación formal de un Pleno Regional de Locales y Comarcales de Sindicatos, convocado por el Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, la propuesta de Companys de que la CNT participara en un CCMA. Tras el informe inaugural de «Marianet»,

José Xena, en representación de la Comarcal del Baix Llobregat, propuso la retirada de los delegados cenetistas del CCMA y marchar adelante con la revolución para implantar el comunismo libertario. Juan García Oliver planteó acto seguido el debate y la decisión a tomar como una elección entre una «absurda» dictadura anarquista o la colaboración con las demás fuerzas antifascistas en el Comité Central de Milicias para continuar la lucha contra el fascismo. De este modo García Oliver, conscientemente o no, hacía inviable ante el pleno la confusa y ambigua opción de «ir a por el todo». Frente a lo de una intransigente «dictadura anarquista» apareció más lógica, equilibrada y razonable la defensa que hizo Federica Montseny de los principios ácratas contra toda dictadura, apoyada por los argumentos de «Abad de Santillán» de peligro de aislamiento y de intervención extranjera. Surgió una tercera posición, que proponía usar el gobierno de la Generalidad para socializar la economía, hasta que llegase el momento de echarlo a patadas cuando dejara de ser útil, mientras se consolidaba una organización armada y autónoma de la CNT, fundamentada en los comités de defensa y en la coordinación de los anarcosindicalistas con cargos de orden público, puesta pragmáticamente en marcha por Manuel Escorza desde el comité de investigación de la CNT-FAI.

El Pleno se mostró, pues, favorable a la colaboración de la CNT con el resto de fuerzas antifascistas en el Comité Central de Milicias, con el voto en contra de la Comarcal del Baix Llobregat. La mayoría de asistentes al Pleno, entre los que se contaban Durruti y Ortiz, permanecieron callados, porque pensaban como tantos otros que la revolución debía aplazarse hasta la toma de Zaragoza, y la derrota del fascismo. Se pasaba, sin más consideraciones ni filosofías, a consolidar e institucionalizar el Comité de Enlace entre CNT y Generalidad, anterior al 19 de julio, transformado, profundizado y ampliado en ese CCMA que, mediante la unidad antifascista de todos los partidos y sindicatos, debía imponer el orden en la reta-

guardia y organizar y aprovisionar las milicias que debían enfrentarse en Aragón con los fascistas.

En la primera reunión del Comité Central de Milicias, celebrada la noche del día 21, los representantes cenetistas hicieron patente a republicanos y catalanistas su fuerza e indocilidad, editando un bando que daba al Comité Central muchas más atribuciones y competencias, militares y de orden público, que las dispuestas inicialmente por el decreto de la Generalidad. No en vano a la pregunta, surgida en esta primera sesión del CCMA, de quién había vencido al ejército, Aurelio Fernández respondió que «los de siempre: los piojosos», esto es, los parados, los emigrantes recientes y la población marginal y miserable de los barrios de barracas o de las «casas baratas» de La Torrassa, Can Tunis, Somorrostro, Santa Coloma y San Andrés, o el maltratado proletariado industrial que, en condiciones de vida durísimas, azotados por el paro masivo, con largas jornadas laborales, jornales de hambre y trabajos precarios pagados al destajo, se hacinaba en los barrios obreros de Pueblo Nuevo, Sants, la Barceloneta, el Chino, Hostafrancs o Pueblo Seco, arrendando o subarrendando cuchitriles, habitaciones o pisos mínimos con alquileres inasequibles, que había que compartir.

Mientras tanto, Companys había autorizado a Martín Barrera, consejero de Trabajo, a que diera por radio noticia de las disposiciones acordadas sobre disminución de horas laborales, aumento de salarios, disminución de alquileres y nuevas bases de regulación del trabajo, que antes deberían pactarse con los representantes de las asociaciones patronales, como Fomento del Trabajo, Cámaras de Industria y de la Propiedad, etcétera, a quienes se expuso la necesidad de encarrilar el ímpetu revolucionario de las masas, como ya había hecho el director de las minas de potasa de Suria, que prefería tener pérdidas a volver a ser retenido por sus mineros. Durante el transcurso de la reunión varios representantes de la patronal recibieron llamadas de aviso para que no volvieran a sus

casas, porque patrullas de hombres armados habían ido en su busca. La reunión acabó con el convencimiento de que los empresarios allí reunidos ya no representaban a nadie. Pero el mensaje se radió igual, algunos días después, como medio para encauzar ánimos y reivindicaciones.

El jueves 23 de julio, en la Casa CNT-FAI, se sometió a discusión de un Pleno conjunto de la CNT y de la FAI, es decir, de un pleno de notables, la entrada de los anarcosindicalistas en el CCMA y cómo vencer la importante resistencia que se manifestaba entre la militancia a aceptarlo. Se acordó la necesidad de constituir un «comité de comités» que agilizara la toma de decisiones importantes, y conseguir su asimilación por la militancia de base, dotando a la organización de una coherencia que el funcionamiento federalista tradicional hacía imposible. El primer problema a resolver fue el Pleno del día 26, que debía conseguir, mediante la unanimidad, la firmeza necesaria para imponer a toda la militancia, sin excepciones, ni disidencias de ningún tipo, la política de colaboración con todas las organizaciones antifascistas y con el gobierno de la Generalidad, en el CCMA.

Ese mismo día, al anochecer, los miembros del grupo «Nosotros» se reunieron en casa de Gregorio Jover, para analizar la situación y como despedida, ante la salida al día siguiente de las columnas de milicianos dirigidas por Buenaventura Durruti, que salió por la mañana desde el Cinco de Oros, y la de Antonio Ortiz, que salió en ferrocarril por la tarde del mismo día 24³.

3. Como en otros textos ha señalado Guillamón, en esa reunión ocurre algo importante que no puede ignorarse. Garcia Oliver, contraponiéndose a la decisión del pleno, expone al grupo un plan de toma de puntos neurálgicos de la ciudad y de ataque a la Generalidad aprovechando la concentración de las columnas de milicianos. Su plan será rechazado y Garcia Oliver desestimaré definitivamente otra alternativa que el colaboracionismo. Es más, se convertirá en su principal defensor contra la revolución. [Nota de la editorial]

A las nueve y media de la mañana del día 24, Durruti, en nombre del CCMA, hizo una alocución radiofónica en la que advirtió a los cenetistas de la necesidad imperiosa de mantenerse vigilantes ante intentonas contrarrevolucionarias y a no abandonar lo conquistado en Barcelona. Durruti parecía consciente del peligro de una retaguardia insegura, en la que el enemigo de clase no había sido anulado. Todo quedaba aplazado hasta después de la toma de Zaragoza.

El domingo 26 de julio, en la Casa CNT-FAI, se sometió de nuevo a la aprobación formal de un Pleno Regional de Locales y Comarcas de Sindicatos, convocado por el Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, la colaboración de la CNT en el Comité Central de Milicias Antifascistas, en el que los representantes cenetistas ya estaban participando. Se trataba de que las decisiones tomadas por el Comité Regional Ampliado, de colaborar con el gobierno de la Generalidad y el resto de partidos, que ya eran una realidad irreversible, fueran ratificadas de nuevo en otro Pleno Regional de Sindicatos. Era una política de hechos consumados, en la que el Pleno del día 26 actuaba como simple altavoz de los acuerdos ya tomados. El acuerdo final no dejaba lugar a dudas sobre la dureza de la oposición que había encontrado la aceptación de la posición colaboracionista de los comités superiores de la CNT-FAI, aunque desconocemos los debates, si es que los hubo. El análisis de la situación revolucionaria existente se cerraba mediante una posición que había alcanzado la «unanimidad absoluta». Curiosamente la posición alcanzada en ese Pleno era definida como la «misma posición», esto es, la que ya había aceptado provisionalmente la delegación cenetista que había parlamentado con Companys, la ya aprobada por el Pleno Regional del día 21, la del Pleno conjunto CNT-FAI del día 23.

¿Qué posición?: «no hay más enemigo para el pueblo que el fascismo sublevado», y, por lo tanto, ni el gobierno burgués de la

Generalidad ni el republicano eran un enemigo a batir, sino un aliado. La renuncia revolucionaria era ya absoluta: «Que nadie vaya más allá. Que nadie tergiversar la actuación a seguir». Se apelaba a la obligación moral de aceptar las decisiones generales y se hacía una profesión de fe antifascista: «Hoy por hoy, contra el fascismo, sólo contra el fascismo que domina media España». El comunicado final del Pleno Regional terminaba con una orden tajante e indiscutible de aceptación y sumisión al CCMA: «hay un **comité de milicias antifascistas** y un **apéndice suyo denominado comisión de abastos**. Todos tenemos el deber de acatar sus consignas, forma de regular las cosas en todos los órdenes.». El 28 de julio la Federación Local de Sindicatos Únicos de Barcelona ordenaba el fin de la huelga general.

El poder de los comités

Violencia y poder iban juntos. Una vez destruido el monopolio estatal de la violencia, porque se había derrotado al ejército en la calle, y armado el proletariado, se abría una situación revolucionaria que imponía su violencia, su poder y su orden. El poder de una clase obrera en armas.

Los comités revolucionarios: de defensa, de fábrica, de barrio o de localidad, de control obrero, de abastos, de alistamiento a las milicias, etcétera, fueron el embrión de los órganos de poder de la clase obrera. Iniciaron una metódica expropiación de las propiedades de la burguesía, pusieron en marcha la colectivización industrial y campesina, organizaron las milicias populares que definieron los frentes militares en los primeros días, organizaron patrullas de control y milicias de retaguardia que impusieron el «nuevo orden revolucionario» mediante la represión violenta de la Iglesia, patronos, fascistas y antiguos sindicalistas y pistoleros del Libre, pues durante una semana el paqueo (tiroteo de francotira-

dores) en la ciudad fue constante. Pero fueron incapaces de coordinarse entre sí y crear un poder obrero centralizado. Los comités revolucionarios desbordaron con sus iniciativas y sus acciones a los dirigentes de las distintas organizaciones tradicionales del movimiento obrero, incluida la CNT y la FAI, o un POUM que aún pedía aumento de salarios y reivindicaciones menores, ya superadas.

No existió ningún partido, sindicato o vanguardia que propugnara la destrucción del Estado burgués y la vía revolucionaria de potenciación, coordinación y centralización de los órganos de poder surgidos en julio de 1936: los comités obreros. A partir del 20 de julio el proletariado en Barcelona ejerció una especie de dictadura «por abajo» en las calles y en las fábricas, ajena e indiferente a «sus» organizaciones políticas y sindicales, que no sólo respetaban el aparato estatal de la burguesía, en lugar de destruirlo, sino que además lo fortalecían. En ausencia de una vanguardia revolucionaria, capaz de plantear el combate por el programa de la revolución proletaria, la guerra contra el enemigo fascista impuso la ideología de la unidad antifascista y el combate por el programa de la burguesía democrática. La guerra no se planteaba como una guerra de clases, sino como una guerra antifascista entre el Estado de la burguesía fascista y el Estado de la burguesía democrática. Y esa elección entre dos opciones burguesas (la democrática y la fascista) suponía ya la derrota de la alternativa revolucionaria. Para el movimiento obrero y revolucionario el antifascismo fue la peor consecuencia del fascismo. La ideología de unidad antifascista fue el peor enemigo de la revolución, y el mejor aliado de la burguesía.

Las necesidades de esta guerra, entre dos opciones burguesas, ahogaron toda alternativa revolucionaria y los métodos de lucha de clases que permitieron la victoria de la insurrección obrera del 19 de julio. Era necesario renunciar a las conquistas revolucionarias en aras de ganar la guerra a los fascistas: «renunciamos a todo menos a la victoria».

Las alternativas planteadas eran falsas: no se trataba de ganar primero la guerra y luego la revolución (propuesta estalinista), o bien de hacer la guerra y la revolución al mismo tiempo (tesis poumista y libertaria), sino de abandonar, o no, los métodos y objetivos del proletariado. Las Milicias Populares del 21-25 de julio eran auténticas Milicias proletarias; las Milicias, militarizadas o no, de octubre del 36 eran ya un ejército de obreros en una guerra dirigida por la burguesía (fuera fascista o republicana) al servicio de la burguesía (fuera democrática o fascista).

El CCMA no fue nunca un órgano de poder obrero. No existió nunca una situación de **doble poder**. En todo caso se dio una **duplicidad de poderes** entre el CCMA y algunas consejerías de la Generalidad, y sobre todo un trabajo complementario de ambos contra los comités revolucionarios.

En Barcelona, durante la semana del 21 al 28 de julio de 1936, mientras el CCMA era aún provisional, aparecieron los comités de barrio, como expresión del poder obtenido por los comités de defensa, que se coordinaron en una auténtica federación urbana que, en las calles y fábricas, ejercía todo el poder, en todos los ámbitos, en ausencia de un poder efectivo del Ayuntamiento, Gobernación y Generalidad. Las decenas de barricadas levantadas en Barcelona permanecían aún activas en octubre, controlando el paso de los vehículos y exigiendo la documentación y el preceptivo pase, extendido por los distintos comités, como medio de imposición, defensa y control de la nueva situación revolucionaria, y sobre todo como señal de identidad del nuevo poder de los comités.

La posición de los comités superiores de la CNT-FAI era incoherente, insostenible y contradictoria. Sus principios ideológicos les impedían entrar en el gobierno de la Generalidad, pero tampoco querían que ese gobierno amenazara al CCMA, sino que se mantuviera sumiso a un organismo que no era, ni quería ser, un gobierno revolucionario y alternativo al de la Generalidad. El CCMA ni gober-

naba del todo, ni quería dejar gobernar del todo a los demás. Los dirigentes anarcosindicalistas querían congelar la situación revolucionaria existente. Si a esto se le llama dualidad de poderes es porque no se entiende que la dualidad comporta una lucha feroz y sin cuartel, entre dos polos opuestos, por destruir al poder rival. En el caso de Cataluña era más adecuado hablar de una duplicidad y complementariedad de poderes entre algunas consejerías del gobierno de la Generalidad y el CCMA, en ocasiones molesta, ineficaz e irritante para todos. La amenaza de García Oliver contra la formación del gobierno Casanovas no deseaba otra cosa que el mantenimiento de esa duplicidad. La participación anarcosindicalista en las tareas de gobierno a través del CCMA resultaba insatisfactoria. Pero nadie se atrevía a plantear aún, a una militancia libertaria armada, la entrada directa en el gobierno. Cuando la realidad choca con los principios, éstos suelen quebrar.

¿Cuál fue el balance real dejado por el CCMA en sus nueve semanas de existencia? El paso de unos comités locales revolucionarios, que ejercían todo el poder en la calle y las fábricas, a su disolución en beneficio exclusivo del pleno restablecimiento del poder de la Generalidad. Del mismo modo, los decretos firmados el 24 de octubre sobre militarización de las Milicias a partir del 1 de noviembre y de promulgación del decreto de Colectivizaciones completaban el desastroso balance del CCMA, esto es, el paso de unas Milicias obreras de voluntarios revolucionarios a un ejército burgués de corte clásico, sometido al código de justicia militar monárquico, dirigido por la Generalidad; el paso de las expropiaciones y el control obrero de las fábricas a una economía centralizada, controlada y dirigida por la Generalidad.

La fuerte resistencia de la base anarcosindicalista a la militarización de las milicias, al control de la economía y de las empresas colectivizadas por la Generalidad, al desarme de la retaguardia y a la disolución de los comités locales se manifestó en un retraso

de varios meses al cumplimiento real de los decretos del gobierno de la Generalidad sobre todos estos temas. Resistencia que, en la primavera de 1937, cristalizó en un gran malestar, al que se sumó el descontento por la marcha de la guerra, la inflación y la penuria de productos de primera necesidad, para desembocar entonces en una crítica generalizada de la militancia cenetista de base a la participación de los comités superiores de la CNT-FAI en el gobierno, y a la política antifascista y colaboracionista de sus dirigentes, a quienes se acusaba de la pérdida de «las conquistas revolucionarias del 19 de julio».

Ese descontento es el que explicaba el surgimiento y la fuerza de la Agrupación de Los Amigos de Durruti, que ya a finales de abril de 1937 había planteado la necesidad de imponer una Junta Revolucionaria en sustitución de la Generalidad.

Después de mayo, la Agrupación supo expresar ese malestar confederal en un análisis en el que se afirmaba que en julio del 36 no se hizo la revolución y que el CCMA fue un organismo de colaboración de clases, además de elaborar un programa que concluía que las revoluciones son totalitarias o son derrotadas. La diferencia de Los Amigos de Durruti con otros muchos grupos encolerizados de cenetistas y anarquistas, radicaba precisamente en que los primeros oponían un programa, mientras los otros apelaban a unos principios abstractos, ineficaces, que además compartían los comités superiores a los que se criticaba.

Desde enero hasta julio de 1937, en Barcelona, los obreros industriales convocaron numerosas asambleas en las fábricas, con frecuencia amenazadas por un fuerte dispositivo policial en el exterior, en las que se planteaba con mayor o menor claridad y efectividad el enfrentamiento entre la socialización y la colectivización, además de la gravísima problemática presentada por la pérdida de poder adquisitivo de los salarios y las dificultades de aprovisionamiento de alimentos y productos básicos. La colectivización

suponía que la propiedad de las pequeñas y medianas empresas y talleres había pasado de los antiguos amos a los propios trabajadores, insolidarios respecto a los asalariados de otras empresas menos productivas o con mayores dificultades. Se trataba, pues, de una propiedad colectiva, de los trabajadores de cada empresa, aunque sometidos a un férreo dirigismo estatal, ya que la dirección global de la economía era planificada por el gobierno de la Generalidad, que no sólo tenía el control financiero y, por lo tanto, la posibilidad de ahogar a las empresas díscolas, sino su dirección efectiva a través del interventor, que de hecho se convertía en el director y nuevo amo, delegado por el gobierno. La colectivización se había convertido, pues, en realidad, en un capitalismo colectivo, de gestión sindical, con planificación y dirección estatal. La socialización suponía la organización de los trabajadores en Federaciones o Sindicatos de Industria, que reorganizaran y racionalizaran la producción de toda una rama industrial, dirigida y planificada por los sindicatos, y en la que los beneficios repercutían solidariamente a toda la sociedad, y no sólo a los trabajadores de cada empresa. El conjunto de todas esas Federaciones de Industria ejercerían, pues, la dirección y planificación de la economía en toda Cataluña; no el gobierno burgués de la Generalidad. Además de una lucha ideológica, que lo era, se trataba sobre todo de un combate por la mera supervivencia de las industrias gestionadas por los obreros, ya que si Companys y Comorera podían imponer a las empresas tarifas y condiciones de trabajo, así como impedir el acceso a la financiación o las materias primas, tenían en sus manos la dirección real de cualquier empresa, a través del interventor que imponían, y con su generalización la implantación de un capitalismo estatal, dirigido por la Generalidad.

Esta lucha se concretaba ideológicamente en la consigna dada por la Agrupación de Los Amigos de Durruti, en abril y mayo de 1937, de dar «todo el poder a los sindicatos». Recordemos que las jornadas de mayo se iniciaron precisamente por el rechazo de los

trabajadores al nombramiento de un interventor de la Generalidad en Telefónica.

Los Hechos de Mayo

El lunes, 3 de mayo de 1937, hacia las tres menos cuarto de la tarde, tres camiones de guardias de asalto, fuertemente armados, se detuvieron ante la sede de la Telefónica en la plaza de Cataluña. Estaban dirigidos por Rodríguez Salas, militante de la UGT y estalinista convencido, responsable oficial de la comisaría de orden público.

El edificio de Telefónica había sido incautado por la CNT desde el 19 de julio. La supervisión de las comunicaciones telefónicas, la vigilancia de las fronteras y las patrullas de control eran el caballo de batalla, que desde enero había provocado diversos incidentes entre el gobierno republicano de la Generalidad y la masa confederal. Era una lucha inevitable entre el aparato estatal republicano, que reclamaba el dominio absoluto sobre todas las competencias que le eran «propias», y la defensa de las «conquistas» del 19 de julio por parte de los cenetistas. Rodríguez Salas pretendió tomar posesión del edificio de la Telefónica. Los militantes cenetistas de los pisos inferiores, tomados por sorpresa, se dejaron desarmar, pero en los pisos superiores se organizó una dura resistencia, gracias a una ametralladora instalada estratégicamente. La noticia se propagó rápidamente. De forma inmediata se levantaron barricadas en toda la ciudad.

Que no existiera una orden de los comités superiores de la CNT, o de cualquier otra organización, para movilizarse levantando barricadas en toda la ciudad, no significa que éstas fueran puramente espontáneas, sino que fueron resultado de las consignas lanzadas

por los comités de defensa⁴. Manuel Escorza había intervenido en la asamblea de la CNT-FAI del 21 de julio de 1936 defendiendo una tercera vía, frente a la «dictadura anarquista» defendida por Xena y García Oliver, y la ampliamente mayoritaria de «Abad de Santillán» y Federica Montseny de colaborar lealmente con el gobierno de la Generalidad. Escorza propugnaba el uso del gobierno de la Generalidad como un instrumento para socializar la economía, y deshacerse de ella en cuanto dejara de ser útil a la CNT. Fue el máximo responsable de los Servicios de Investigación de la CNT-FAI, que desde julio de 1936 ejecutaron todo tipo de tareas represivas, así como de espionaje e información. Estos Servicios de Investigación habían mantenido una estructura organizativa propia, autónoma e independiente tanto del gobierno de la Generalidad como, en su momento, del CCMA. Dependían directamente de los comités superiores de la CNT-FAI (Comité Regional de la CNT y de la FAI), a la vez que ejercían un papel de coordinación de los comités de defensa de los barrios y los militantes cenetistas que ejercían funciones y cargos públicos en la comisaría de orden público y patrullas de control: José Asens, Dionisio Eroles, Aurelio Fernández, «Portela», etcétera. En abril de 1937, Pedro Herrera, «conseller» (ministro) de Sanidad del segundo gobierno Tarradellas, y Manuel Escorza, fueron los responsables cenetistas que negociaron con Lluís Companys (presidente de la Generalidad) una salida a la crisis gubernamental abierta a principios de marzo de 1937, a causa de la dimisión del «conseller» de Defensa, el cenetista Isgleas. Companys

4. Afirma Gorkin: «En realidad el movimiento fue totalmente espontáneo. Por supuesto esta espontaneidad, muy relativa, debe explicarse: desde el 19 de julio habían sido creados, un poco por todas partes, en Barcelona y en Cataluña unos Comités de Defensa, organizados sobre todo por elementos de base de la CNT y de la FAI. La existencia de esos Comités fue poco activa durante algún tiempo, pero sin embargo puede decirse que el 3 de mayo fueron ellos quienes movilizaron a la clase obrera. Fueron los grupos de acción del movimiento. Sabemos que no se dio ninguna orden de huelga general por parte de ninguna de las dos centrales sindicales.» Cfr. Gorkin, Julian, *Réunion du sous-secrétariat international du POUM, 14 mai 1937*.

decidió abandonar la táctica de Tarradellas, que no imaginaba un gobierno de la Generalidad que no fuera de unidad antifascista, y en el que no participara la CNT, para adoptar la propugnada por Comorera, secretario del PSUC, que consistía en imponer por la fuerza un gobierno «fuerte», que no tolerase ya una CNT incapaz de meter en cintura a sus propios militantes, calificados como «incontrolados». Companys estaba decidido a romper una política, cada vez más difícil, de pactos con la CNT y creyó que había llegado la hora, gracias al apoyo del PSUC y los soviéticos, de imponer por la fuerza la autoridad y decisiones de un gobierno de la Generalidad que, como los hechos demostraron, aún no era lo bastante poderosa como para dejar de negociar con la CNT. El fracaso de las conversaciones de Companys con Escorza y Herrera, al no hallar solución política alguna en dos meses de conversaciones, y pese al efímero nuevo gobierno del 16 de abril⁵, desembocó directamente en los enfrentamientos armados de mayo de 1937 en Barcelona, cuando Companys, sin avisar a Tarradellas (ni por supuesto a Escorza y Herrera) dio la orden a Artemi Aguadé, «conseller» de Interior, de ocupar la Telefónica, que fue ejecutada por Rodríguez Salas, comisario de Orden Público, hacia las tres menos cuarto de la tarde del 3 de mayo de 1937. La orden de huelga general no fue fruto de un «espontáneo instinto de clase». La toma de la Telefónica era la brutal respuesta a las exigencias cenetistas y un desprecio a las negociaciones que durante el mes de abril habían mantenido Manuel Escorza y Pedro Herrera, en representación de la CNT, directamente con Companys, que había excluido expresamente a Tarradellas. Escorza tenía el motivo y la capacidad para responder inmediatamente a la provocación de Companys desde el Comité de Investigación de la CNT-FAI, organización autónoma que coordinaba a los comités de defensa y a los responsables cenetistas en los

5. En este gobierno (del 16 de abril al 4 de mayo) los consejeros de la CNT eran Isgleas (Defensa), Capdevila (Servicios Públicos) y Aurelio Fernández (Sanidad y Asistencia Pública).

distintos departamentos de orden público. Ese fue verosímilmente el inicio de los enfrentamientos armados de las jornadas de mayo, y el terreno propicio para la acción que se presentó a Los Amigos de Durruti.

La política estalinista coincidía con los objetivos de Companys: la debilitación y anulación de las fuerzas revolucionarias, esto es, del POUM y de la CNT, era un objetivo de los soviéticos, que sólo podía pasar por el fortalecimiento del gobierno burgués de la Generalidad. La larga crisis abierta en el gobierno de la Generalidad, tras la no aceptación por la CNT de la marcha al frente de Madrid de la división Carlos Marx (del PSUC) y del decreto del 4 de marzo sobre la disolución de las Patrullas de Control y desarme de la retaguardia, tuvo su inevitable solución violenta tras varios episodios de enfrentamientos armados en Vinalesa, La Fatarella, Cullera (Valencia), Bellver, entierro de Cortada, etcétera, en el asalto a la Telefónica y las sangrientas jornadas de mayo en Barcelona. La estúpida ceguera, la fidelidad inquebrantable a la unidad antifascista, el elevado grado de colaboración con el gobierno republicano de los principales dirigentes anarcosindicalistas (desde Peiró hasta Federica Montseny, de «Abad de Santillán» a García Oliver, de «Marianet a Valerio Mas) no eran un dato irrelevante, ni desconocido, para el gobierno de la Generalidad y los agentes soviéticos. Se podía contar con su cretina santidad, como demostraron colmadamente durante las jornadas de mayo.

Pero Companys no contó con la rápida y contundente respuesta armada de Escorza, desde los comités de defensa, y luego se desesperó ante la negativa del gobierno de Valencia a que Díaz Sandino (que mandaba la aviación) se pusiera a sus órdenes para bombardear los cuarteles y edificios de la CNT. Companys acabó perdiendo todas las atribuciones de la Generalidad en Defensa y Orden Público, que jamás habían sido tan amplias.

Finalizados los combates, las barricadas de mayo molestaban a todos: las tropas llegadas de Valencia rompían los carnés de la CNT y obligaban a los pacíficos transeúntes a deshacer las barricadas, al tiempo que el Comité Regional de la CNT llamaba a la rápida desaparición de las barricadas como señal de normalidad. A los pocos días sólo permanecían en pie aquellas barricadas que el PSUC quería conservar como muestra y señal de su victoria. El saldo de víctimas fue de unos quinientos muertos y unos mil heridos.

Conclusiones

¿Por qué los líderes anarquistas y/o el movimiento libertario renunciaron a la revolución en julio del 36 y en mayo del 37? La respuesta que dieron Los Amigos de Durruti: «la traición de los dirigentes», no era más que un insulto que no explicaba nada. Desde el primer momento, el movimiento libertario apoyó la unidad antifascista. Se trataba de unirse con socialistas, estalinistas, poumistas, republicanos y catalanistas para derrotar al fascismo. El antifascismo fue en los años treinta el peor veneno y la mayor victoria del fascismo. La unión sagrada de todos los antifascistas para derrotar al fascismo y defender la democracia suponía para el movimiento libertario renunciar a los propios principios, a un programa revolucionario propio, a las conquistas revolucionarias, a todo... es decir, el famoso eslogan falsamente atribuido a Durruti: «renunciamos a todo menos a la victoria», para someterse al programa e intereses de la burguesía democrática. Fue ese programa de unidad antifascista, de colaboración plena y leal con todas las fuerzas antifascistas, el que condujo a la CNT-FAI a la colaboración gubernamental con el objetivo único de ganar la guerra al fascismo.

Fue esa adhesión al programa antifascista (esto es, de defensa de la democracia capitalista) la que explica por qué y cómo los mismos líderes revolucionarios de ayer se convirtieron algunos meses

después en ministros, bomberos, burócratas y contrarrevolucionarios. Era la CNT quien producía ministros, y esos ministros no traicionaban a nada ni a nadie; se limitaban a ejercer lealmente sus funciones lo mejor que sabían.

La diferencia entre las insurrecciones de julio de 1936 y mayo de 1937 radica en que los revolucionarios, en julio, estaban desarmados, pero tenían un objetivo político preciso: la derrota del levantamiento militar y del fascismo; mientras que en mayo, pese a un armamento superior que en julio, estaban desarmados políticamente. Los obreros cenetistas iniciaron una insurrección contra el estalinismo y el gobierno burgués de la Generalidad, pese a sus organizaciones y sin sus dirigentes, pero fueron incapaces de proseguir el combate hasta el final sin sus organizaciones y contra sus dirigentes. En mayo de 1937, igual que en julio de 1936, faltó una vanguardia revolucionaria, que el proletariado no había conseguido formar en los años treinta. Ni el POUM ni la CNT-FAI eran, ni podían ser, esa guía revolucionaria; sino, por el contrario, el mayor obstáculo a su surgimiento. La incapacidad de los dirigentes anarcosindicalistas y la ausencia de toda teoría revolucionaria no dejaron en pie más horizonte que la unidad antifascista y el programa democrático de la burguesía republicana. Ya habían desaparecido de escena los métodos y objetivos del proletariado. El CCMA no sólo no potenció los comités revolucionarios, sino que colaboró con el gobierno de la Generalidad para debilitarlos y suprimirlos.

Mayo del 37, desde esta perspectiva, aunque fue sin duda consecuencia del creciente descontento ante el aumento de precios, la carencia de abastecimientos, la lucha en el seno de las empresas por la socialización de la economía y el control obrero, la escalada de la Generalidad por desarmar la retaguardia y hacerse con el control del orden público, etcétera, etcétera, fue sobre todo la necesaria derrota armada del proletariado, que necesitaba la contra-

revolución para sellar definitivamente toda amenaza revolucionaria sobre las instituciones burguesas y republicanas.

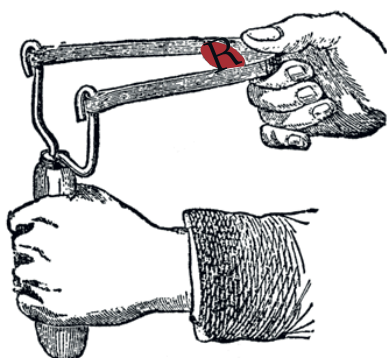
En 1938 los revolucionarios estaban bajo tierra, en la cárcel o en la clandestinidad.

En las cárceles se contaban quince mil presos antifascistas. El hambre, los bombardeos y la represión estalinista eran amos y señores de Barcelona. Las milicias y el trabajo habían sido militarizados. El orden reinaba ya en toda España, tanto en la franquista como en la republicana. La revolución no fue aplastada por Franco en enero de 1939, ya lo había hecho la República muchos meses antes.

En mayo de 1937 el proletariado levantó barricadas en Barcelona y en diversas localidades de Cataluña manifestando su antagonismo frente al Estado republicano y todos sus representantes. La revolución se jugaba su última carta en esa contienda y fue derrotada. La contrarrevolución triunfó asestando el golpe definitivo a un proletariado indomable.

Pero la lucha no fue en vano. Aporta enseñanzas imprescindibles para el presente y el futuro. Precisamente, si esta experiencia, esta parte de nuestra historia, ha sido tan ocultada, enterrada y manipulada por la historia oficial, es por la importancia que cobra ese episodio para entender la complejidad del enemigo al que nos enfrentamos. Las lecciones que nos aporta ese episodio de nuestra lucha contra el capitalismo no pueden caer en el olvido.

La selección de textos que hemos reunido en esta obra, ayudan a comprender y profundizar en los sucesos ocurridos en las jornadas de mayo de 1937. Todos ellos se sitúan sin duda alguna en la barricada de la revolución.



ISBN 978-84-948884-0-3



Reapropiación
EDICIONES